



UN
Vagüero
difícil

ERINA ALCALÁ



UN VAQUERO DIFÍCIL
Erina Alcalá



Primera edición en *ebook*: octubre, 2020

Título Original: Un vaquero difícil

© Erina Alcalá

© Editorial Romantic Ediciones

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons – Oindiedesign

ISBN: 978-84-17474-88-1

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Yo, siempre te quiero,
hasta cuando finges no quererme,
hasta cuando no te dejas querer.

CAPÍTULO UNO

Por fin acababa sus estudios. Ese era el último día y no podía ser más feliz. Emma llevaba a casa las notas de su máster en Derecho Financiero. Y ya por fin, tras cinco años de estudio a conciencia intensivos, estaba preparada para encontrar trabajo y adentrarse en el mundo laboral.

Aunque quizá, se tomara julio y agosto de vacaciones en la casa que tenían en Torremolinos, al lado de la playa y donde vivía con su padre desde que tenía tres años. Los dos solos. Toda la vida. Ahora tenía veinticuatro años.

Si su padre se tomaba un mes de vacaciones iban a disfrutar los dos juntos. Y en septiembre empezaría a enviar *currículums*. No hacía falta que fueran de viaje lejos, ni fuera de España, ella ya había ido a Londres y a Irlanda todos los veranos y sabía inglés a la perfección.

Ya no necesitaba ir de nuevo, pero si su padre quería ir a algún lugar, irían, y si quería ir solo, se quedaría en casa, bañándose en la playa y paseando por la arena. Descansando, porque estaba agotada de esos años de estudios intensivos.

Su padre, Juan Carlos Sánchez, era un neurocirujano de prestigio. Trabajaba en una clínica particular que era suya y en la que tenía acciones con otro socio.

Era un hombre alto y atractivo. Lo había sido más en su juventud, educado y con clase, tenía los ojos verdes como ella y el pelo castaño oscuro. Llevaba gafas y era un hombre tranquilo y paciente.

La clínica en la que trabajaba y de la que era socio, era grande e importante en el centro de Málaga y trabajaba más horas de la cuenta.

Emma estaba deseando llegar a casa y esperar a que su padre terminara su jornada laboral y contarle que había sacado un sobresaliente en el máster.

Cuando llegó, tomó algo que la chica que tenían para limpiar la casa había hecho, y se echó una siesta. Estaba cansada. Bajaría a la playa más tarde.

La señora de la limpieza se fue a su casa y ella se quedó tumbada en el sofá con las cortinas echadas, dejando el salón en penumbra.

La casa a oscuras y en silencio. Y pensó en su padre. Tenía sesenta y dos años. A ella la tuvo con treinta y ocho años y era hija única. Provenía de una familia adinerada y tenía mucha clase. Era todo un señor. Y Emma estaba muy orgullosa de él.

No entendía cómo no había encontrado a otra mujer ni había querido vivir con ella. Suponía que había tenido relaciones, pero imaginaba que, para su padre, ella era lo más importante y nunca quiso traer a casa a ninguna mujer.

Su padre era todo su mundo, su vida, y lo quería más que a nadie en la vida. Cuando sus abuelos murieron, al ser hijo único, se quedaron solos, sin más familia, pero había procurado que nada le faltase a su hija.

Era un hombre risueño y amable, tranquilo y cariñoso con ella y no recordaba que su padre le riñera nunca.

Su padre conoció a su madre, Marina, una noche en que ambos salieron por las discotecas de Marbella, por primera vez. Su padre era diez años mayor que su madre, tenía treinta y siete años y su madre veintisiete, y se acostaron juntos. Su madre quedó embarazada y se casaron a los tres meses, sin apenas conocerse. Solo por el hecho de estar embarazada, o sea, por ella.

Su padre, por lo que le contaba, sí que le gustaba su madre, pero para ella solo había sido una noche loca.

Y cuando ella cumplió tres años, conoció a un americano y los abandonó a los dos, dejando a

su padre sumido en el dolor de verse solo, con una niña pequeña. Pero había hecho un buen trabajo.

Nunca se hablaba de su madre en casa. Solo Emma le preguntó por su madre cuando estaba en el instituto y su padre le dijo la verdad. Y hasta ahí.

Habían sido muy felices durante esos años. Su padre compró la casa en la playa y allí vivieron años tranquilos, y metió a una mujer para cuidar a su hija, la casa, y ahora le tocaba a ella buscar trabajo.

Cuando despertó de la siesta, se tomó un refresco y bajó un rato a la playa. Solo tenía que cruzar una pequeña carretera y estaba en el mar. Su casa estaba en primera línea de playa y era maravillosa. Por las noches, en verano y en invierno, podía oír el mar, el arrullo de las olas y disfrutar de los sonidos del baile del agua.

Tenía cinco escalones que subían a una terraza o porche a la entrada de la casa, bastante amplia. En la terraza, tenían su padre y ella largas conversaciones, sobre todo en verano. Sacaban los balancines y una mesa, y allí se contaban de todo, cenaban, leían.

La casa tenía dos despachos, un gran salón y comedor, una gran cocina y un patio amplio con todo, incluso una piscina mediana.

Y en la parte alta de las dos plantas que tenía, cuatro dormitorios amplios y dos baños.

Era preciosa y tenía acceso al bus para ir a Málaga, aunque ella ya no lo necesitaba. Se sacó el carné el año que terminó el instituto y su padre le compró un coche para ir a la Universidad. Tenían dos plazas de garaje, una para su padre y otra para ella.

Cuando subió de la playa, estaba tan contenta... Se dio unos largos en la piscina y se duchó, esperando que vinera su padre a cenar.

Su padre vino a las ocho de la tarde. Serio y taciturno.

—¿Qué pasa, papá? Hoy tengo muy buenas noticias. He sacado sobresaliente en el máster. Ya he terminado por fin. —Y lo abrazó.

—Me alegro tanto por ti, pequeña... —lo dijo con cierta tristeza, abrazándola.

—¿Papá, qué pasa?

—Voy a ducharme y hablamos, hija.

—¿Es algo serio?

—Ahora hablamos.

Y se quedó preocupada. Su padre siempre se alegraba tanto de sus logros... Seguro que alguna operación había ido mal. ¡Pobrecillo!

Cuando bajó de ducharse, ella estaba impaciente y se sentaron en el salón.

—Hija, ya eres una mujer, tienes veinticuatro años, has terminado los estudios que elegiste. Creo que he hecho un buen trabajo contigo. Eres una hija maravillosa que nunca me has dado problemas, ni siquiera te he visto salir con chicos, solo has estudiado.

—Lo sé, papá. Y tú eres el mejor padre.

—Ya no volveré a trabajar. Hoy es el último día. He estado arreglando documentos esta semana. Llevo días haciéndolo.

—Pero, papá, ¿te jubilas?

—Forzosamente, hija, sabes que mi pasión es la neurocirugía.

—¿Entonces? Eres joven. Tienes sesenta y dos años.

—Lo sé. Tú ya estás preparada para estar sola y vivir tu vida.

—A ver, cuéntame de verdad, ¿qué pasa?

—Tengo un tumor inoperable en el cerebro. Yo mejor que nadie lo sé.

Emma se echó a llorar desesperada y lo abrazó.

—Papá, pero hay neurocirujanos como tú, radioterapia y quimioterapia.

—No voy a hacer eso, es demasiado tarde para mí. No me he notado nada hasta que ha sido demasiado tarde. Me quedan apenas tres meses de vida y no pienso pasarlas en el hospital, el tumor se ha extendido, tengo metástasis en varios órganos importantes, no te voy a dar los detalles, porque quiero pasar ese tiempo contigo. Tengo planes para ti.

Emma no dejaba de llorar.

—No llores, hija. De todas formas, tú tienes que hacer tu vida. Dios me ha dado el tiempo suficiente para dejarte preparada.

Y estuvo más de una hora llorando. El padre tenía que consolarla.

—Vamos, hija, eres una mujer. Tenemos que hablar en serio. Debemos dejar muchas cosas solucionadas.

—Papá, ¿qué voy a hacer sin ti?

—Vivir, hija, vivir cada día como si fuese el último.

Cuando pasaron unos días, ella se calmó un poco y pasaban todo el tiempo juntos. Iban a desayunar juntos, a la playa, hablaban de todo y del futuro. Su padre le dijo que quería morir en casa y que solo debería ponerle morfina los últimos días que estuviese en casa, ya estaba al tanto su socio en la clínica y se lo proporcionaría.

Le contó que tenía un seguro de vida de cuatrocientos mil euros desde hacía tiempo, y uno de decesos. Quería que lo incineraran y esparcieran las cenizas al mar frente a la casa, una noche, cuando ella quisiera.

Emma, a veces, no podía soportar la tranquilidad que su padre tenía y no había momento que no llorara cuando no la veía.

Le dijo que había vendido la clínica a su socio. Y le dijo el dinero que tenía, aparte de la casa, y que pusieron a nombre de los dos.

Le aconsejó que no vendiera la casa de momento, porque tenía planes para ella. Entre el seguro, lo ahorrado y la mitad de la clínica, su padre tenía más de cincuenta millones de euros.

—Papá, esa es una gran cantidad de dinero.

—Por eso no quiero que vendas la casa, cuando te vayas, si no te va bien, siempre tienes un lugar donde volver y si estás bien, siempre puedes venderla.

—¿Dónde voy a ir, papá?

—Con tu madre a Estados Unidos. He hablado con ella.

—Pero, papá, si no la conozco. No he hablado con ella ni una sola vez.

—No quiero que estés sola, te quiere allí. Siempre te ha querido. Toma. —Y le dio unas cartas.

—Van dirigidas a mí, le ha dado vergüenza escribirte a ti, pero nunca te ha olvidado. Me escribía cada mes durante todos estos años.

—Pero, papá, no quiero ir a Estados Unidos.

—Quiero que vayas, allí tienes una familia; si no te gusta, te vuelves. Tienes dinero para no trabajar en la vida, pero sé que quieres hacerlo, porque has estudiado para eso, podrás montar tu bufete allí y tendrás a tu madre. Cuando nos divorciamos, se casó con Donald Jones, un ranchero de Montana. Vive en un rancho allí, en Montana.

—¿En un rancho en Montana?, ¿y qué voy a hacer allí?

—Hay un pueblo grande cerca. Donald, con el hombre con el que vive, es un buen hombre y te acepta allí en el rancho. Ya he hablado con ellos, tenía un hijo antes de conocer a tu madre. Su mujer murió. El hijo, es unos años mayor que tú. Tendrás otra familia.

- Mi familia eres tú, papá.
- Pero yo no estaré, cariño.
- Está bien, iré, pero si no me gusta, me vengo a casa.
- Muy bien. Ya lo tenemos todo solucionado.

Los siguientes días, semanas y meses, hicieron solo lo que su padre quería, que era dar paseos por la playa y hablar con ella, darle consejos, recordar los tiempos pasados, mirar fotos de cuando ella era pequeña, de sus viajes, leer las cartas de su madre...

A veces, lo dejaba solo mirando al mar por la noche, cogidos de la mano en silencio y respiraban el anochecer.

El tiempo se le iba a Juan Carlos, su padre, irremediadamente, y pasó julio y agosto bastante bien, pero en septiembre entró en fase terminal y el médico de cuidados paliativos pasaba todas las semanas; a ella le daba indicaciones de suministrarle la morfina, y cuando a mediados de septiembre su padre estaba siempre dormido, ella no se separaba para nada de su lado, ni de día ni de noche, llorando como una niña.

Murió el veinticinco de septiembre, pero murió en su casa y en su cama.

Todo se hizo como él quiso, fue incinerado y al tanatorio acudieron todos sus compañeros de la clínica, amigos, algunos pacientes; y a ella le daban ánimos.

A los dos días, Emma echó sus cenizas al mar por la noche y entró en la casa vacía, sin su padre, para siempre.

Al cabo de dos semanas, cuando se recuperó un poco, empezó a hacer las gestiones económicas, cobró el seguro de vida, y lo ingresó en su cuenta, esa que su padre había preparado para ella. Vendió los dos coches y con eso tendría para el viaje a Montana.

Despidió a la mujer que habían tenido toda la vida. Se abrazaron llorando.

Su padre ya le había dado una buena indemnización con anterioridad.

Vació la piscina, la señora se llevó todo lo que había en la cocina y la dejó limpia, también le regaló las plantas y recogió algunas sábanas y las puso encima de los muebles.

Sacó un billete para Nueva York y otro para Helena, en primera. Allí pensaba comprar un coche para ir conduciendo al rancho.

Comprobó cómo estaba el tiempo y en Helena se compraría alguna ropa de invierno para el rancho porque seguro que allí haría frío. Reservó un hotel en el centro para dos días. Descansar y comprar. Llegaría por sorpresa al rancho.

Ya estaba todo listo. Había quemado una etapa de su vida.

Solo llevaba una maleta grande y un maletín con su pc y sus títulos, junto a su bolso de mano. El resto, lo dejó en su casa, y en el bolso de mano todos los carnés y documentos y las llaves de la casa, las tarjetas, el pasaporte...

Con su padre abrió dos cuentas. Una que no tocaría con cuarenta y nueve millones ochocientos mil euros.

Y una con tarjeta para gastos con ciento noventa mil euros. Y diez mil euros sueltos.

Una semana antes había ido al banco a cambiarlos a dólares.

En total llevaba, cuando miró sus cuentas, casi cincuenta y seis millones de dólares en la de ahorro y en la de gastos, doscientos catorce mil dólares.

En el aeropuerto cambió el resto que le sobró de los diez mil euros, porque ya no le harían

falta en euros, y que destinaría a comer, pagar el hotel y gasolina para el coche, taxis, etc.

El uno de octubre iba camino de Nueva York, inquieta y delgada.

Emma siempre había sido delgada, pero ahora tenía una talla treinta y seis, claro, que no pasaba el metro sesenta, unos ojos verdes como su padre, que habían perdido vida.

Durante el vuelo en primera, iba dormitando casi todo el vuelo. Cierto que en primera iba cómoda y se estaba bien, aunque el viaje se le hizo largo.

Cuando llegó a Nueva York, facturó de nuevo la maleta, pero debía esperar dos horas, que dedicó a comprar alguna revista, refrescarse un poco y comer.

El viaje a Helena se le hizo más corto. Hacía un frío que pelaba y debía comprarse ropa de invierno ya, y un coche al día siguiente.

Tomó un taxi que la llevó al hotel, pidió cena, se dio una buena ducha y se acostó hasta el día siguiente. Aunque eran las cinco de la tarde, estuvo durmiendo hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Se puso lo más abrigado que llevaba y salió a desayunar y de compras. Le indicaron un centro comercial no muy lejos del hotel y allí desayunó y se compró otras dos maletas con ropa de invierno, botas, un buen abrigo, otro más tipo rancho, jerséis de lana, calcetines y pijamas, pantalones calentitos de pana y vaqueros, bufanda, guantes... se gastó en ropa casi mil dólares. No le faltaba de nada de ropa de invierno.

Los llevó al hotel y preguntó si podía meter un coche en el *parking* y le dijeron que sí.

Y fue a mirar coches... Era una delicia conducir un coche sin marchas. Eligió un Ford Kuga.

Le encantó, porque era coche y todoterreno, pero fino, elegante y era grande. Lo eligió en color gris oscuro y pagó su primera gran pasta con su tarjeta, veinticinco mil dólares con todos los extras.

Se fue encantada con un seguro que le regalaron por un año, aunque no sabía si iba a estar allí un año.

De nuevo se fue al hotel y allí comió y cenó. Miró en internet donde estaba situado Stevensville, en el condado de Ravalli y encontrar el rancho Jones.

Así que miró planos en internet. Casi cuatro horas de viaje, pero pondría en el coche el navegador y no tendría problemas.

Al siguiente día, se levantó temprano se duchó, terminó de hacer las maletas, su maletín y bolso, y se marchó a pagar. Bajó todo en el ascensor al *parking* y metió en el maletero todo, menos su bolso. Puso el navegador y salió hacia su destino.

Cuando llevaba una hora conduciendo tras salir de Helena, paró en una cafetería de carretera a desayunar y llenar el depósito de gasolina, ya que cuando compró el coche, tenía gasolina suficiente para un par de horas.

El paisaje era maravilloso, pero fuera hacía frío, menos mal que se vistió para soportarlo. No quería saber el frío que haría en pleno invierno.

Cuando por fin llegó al pueblo Stevensville, le encantó, con casas de madera a ambos lados de la carretera y casas en las afueras con un cierto encanto que había visto al entrar.

Paró en una cafetería del centro y tomó otro café y allí preguntó por el rancho de Donald Jones, su padrastro.

Debía seguir la misma dirección, salir del pueblo y como a cinco kilómetros girar a la derecha y a otros dos kilómetros más o menos vería el cartel del rancho. Le dio las gracias a la camarera y continuó.

Conforme avanzaba, veía más vegetación y se acercaba a una zona que le dejaba ver a lo lejos, montañas de pinos en la lejanía.

Por fin entró al rancho, estaba cansada y aún tuvo que conducir otros cuatrocientos metros por una carretera rodeada de árboles a ambos lados, preciosa, antes de llegar a la gran explanada que tenía el rancho.

Una gran casa de madera enorme y lo que le extrañó era que había más de treinta coches aparcados a ambos lados de la casa, había gente en la puerta con copas bebiendo y habría más dentro. Quizá estaban celebrando algún evento o alguna fiesta.

Se colocó el abrigo, tomó el bolso y de momento dejaría las maletas dentro del coche.

Saludó a las personas que había fuera y que se le quedaron mirando, y cuchichean tras ella y entró en la gran casa. Avanzó entre la gente que hablaban y comían de platos y bebían de copas que había repartidas por las mesas y muebles.

Divisó a una mujer con un delantal blanco que entraba en lo que parecía la cocina y fue tras ella.

—¡Hola!

—¡Hola, querida!, y ¿tú quién eres?

—Soy Emma, la hija de Marina, quizá me he equivocado, pero con tanta gente no la encuentro, además, hace años que no la veo.

—Por Dios, mi niña. Ven, siéntate. —Y le hizo sentarse en una de las sillas que había en la cocina, mientras daba instrucciones a otras dos chicas jóvenes para que llevaran más comida a la sala.

—¿No te has enterado de nada?

—¿De qué debo enterarme? Llevo casi cuatro días de viaje desde España.

—Siento ser yo quien te dé la mala noticia, pero tu madre y el señor Donald tuvieron un accidente hace tres días y han muerto. Se han enterrado arriba en el cementerio esta mañana.

Y ella murió de nuevo de repente. No había nadie con más mala suerte que ella con la familia, sus padres habían muerto con menos de un mes de diferencia. Y estaba a miles de kilómetros de su casa.

—¿Cómo? Pero...

—Sí, hija, te esperábamos antes, no después de la muerte de tu madre. Fue un accidente horrible.

—Lo siento, tuve que arreglar muchos documentos con la muerte de mi padre el mes pasado.

—Hija. Lo siento. En cuanto termine el sepelio y se vaya toda esta gente, te preparo tu habitación. Soy Nani y cuido la casa, toda la vida llevaba con tu madre y el señor Jones.

—¿Y su hijo? Tenía uno, ¿también ha muerto en el accidente?

—No, cariño, menos mal, se quedó en el rancho. Nunca se llevó bien con su padre. Cuando cumplió dieciocho años y terminó el instituto, se fue a trabajar a otro rancho a cien kilómetros de aquí. Hace tres meses, su padre lo llamó incesantemente e hicieron las paces y lleva tres meses trabajando en el rancho como capataz, tu padrastro se ocupaba de las cuentas y dejó el trabajo duro a su hijo Chris. Aún las cosas entre ellos no estaban bien del todo. Tenían distintas formas de trabajar. Después te lo presento. ¿Tienes hambre?

—Un poco, la verdad.

—Pues sal al salón y comes algo mientras esto termina. Luego sacamos tus maletas y te llevo a tu habitación, está preparada.

—Puedo irme al pueblo y volver a España. Ya no es necesario que me quede.

—No, cariño, tienes que quedarte hasta la lectura del testamento.

—¿Qué testamento?, si no tengo nada, nunca he estado aquí.

—Pero eres hija de Marina.

—Está bien, me vendrá bien descansar en un lugar así unos días antes de irme. No estaba unida a mi madre desde que me abandonó, esto lo hice por mi padre, pero si le soy sincera, Nani, me hubiera gustado conocerla al final.

—Era una mujer preciosa y maravillosa, encantadora. Una señora. Pero venga, ya tendremos más tiempo de hablar. ¡Emma, sal y come algo y conoce a algunas personas!

Y Emma salió al salón y tomó un par de copas, más de cinco canapés y otros tantos bocadillos con apetito, sin ser consciente de que un hombre alto con ojos negros y pelo más negro aún, la observaba desde uno de los rincones de la sala, mientras hablaba con un par de hombres.

—Vamos, Chris —le decía el notario—. El rancho era de tu padre y ella ya está avisada. No sé por qué no ha llegado ya. Marina la esperaba la semana pasada. Va a ser todo un golpe para su hija. La semana que viene vengo y abrimos el testamento. Estará aquí para entonces. O eso espero.

—No pienso darle un trozo de mi rancho. No va a venir una niñata busca fortunas a quedarse con lo que me pertenece. El rancho era de mi padre antes de que se trajera a Marina de España. Ella vino sin nada y ha sido la señora de la casa sin trabajar.

—Se hará la voluntad de tu padre, Chris. Además, tu padre no quiso que trabajara. Te cuidó de pequeño, no seas ingrato. Fue una madre para ti. Dejó a su hija y se preocupó de ti porque se enamoró de tu padre, y siempre te trató como a un hijo.

—¡Maldita sea!

—Venga, cálmate, hijo.

Chris se separó del notario y siguió el rastro de esa pequeña morena con una cola alta, vaqueros y botas altas y un jersey negro. Era guapa, parecía despistada porque no hablaba con nadie, quizá era hija de alguno de los presentes.

Se acercó a ella.

—¡Hola!, ¿aburrída?

Y Emma miró atrás y hacia arriba. Era un hombre guapísimo, con el pelo negro al igual que sus ojos e intimidaba su altura.

—No me gustan las fiestas en los funerales —dijo con cierto acento extranjero y él adivinó quién era.

—¿Eres Emma, la hija de Marina?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Por el acento.

—¿Y tú quién eres?

—El hijo de Donald, tu padrastro.

—Encantada, siento lo de tu padre.

—Y yo lo de tu madre. Y no te quiero aquí en mi casa ni en mi rancho —le dijo acercándose a ella—. Si piensas que vas a quedarte con un trozo de mi tierra, vas lista. —Y se alejó de ella.

—¡Será estúpido! —dijo despacio.

Lo que tenía de guapo, *sexy* y atractivo, lo tenía de imbécil, pero no iba a irse hasta que se leyera el testamento, para fastidiarle la bienvenida que le había dado.

Según Nani, el notario quería que estuviera presente e iba a estar. A ella, nadie la ninguneaba. Claro que no quería nada de ese rancho, pero lo fastidiaría unos días.

Vio a Nani hablar con el notario, un tipo alto y delgado de unos cincuenta años y se acercó a ella con una sonrisa.

—¿Eres Emma, la hija de Marina?

—Sí señor.

—Soy Fergus, el notario, eres tan guapa como tu madre. No puedes irte hasta el jueves que

venga y abramos el testamento. Estás en él desde hace muchos años.

—¿En serio?

—Sí, la verdad.

—Gracias, pero no quiero nada. Nada de esto me pertenece. Me lo ha dejado bien claro el hijo del señor Jones.

—Ese muchacho, Chris, es un chico difícil, siempre estuvo enfadado con su padre por la forma de llevar el rancho. Tuvieron sus discrepancias acerca de cómo dirigirlo y se fue. Ha vuelto hace tres meses tan solo. Ya veremos. No te preocupes. Siempre está enfadado. No sé por qué, porque con los muchachos se lleva bien y chicas no le faltan.

—Ya lo veo...

Y el notario rio ante el comentario de Emma.

—Bueno, bonita. Ya es hora de que me vaya. El jueves os espero a las once de la mañana.

—Está bien, me quedaré hasta entonces.

—Tienes que quedarte, no se puede abrir sin ti.

—Hasta el jueves, señor Fergus.

—Adiós, adiós.

En una hora y media todo el mundo había desaparecido, las chicas terminaban de limpiar y Nani le dijo que sacara sus maletas que la acompañaría a su habitación. Estaba cansada y Chris se ve que había desaparecido.

Subió las maletas y su maletín, y ocupó un dormitorio precioso y amplio. Con colores suaves, una cama enorme, televisión, música, una gran cómoda alta y dos mesitas de noche. Un escritorio y sillón frente a la ventana y en un rincón, un balancín con una mesa alta y pequeña y una lámpara de lectura.

El dormitorio tenía un vestidor amplio a la izquierda en un pasillo y un gran baño a la derecha que daba a la explanada, como la ventana y el escritorio.

El baño era maravilloso, tenía ducha y una bañera de patas, un estante para las toallas y lavabo tipo *spa*, con distintas canastitas para colocar el maquillaje y los enseres de aseo. En un lado tenía el lavabo y en el otro un gran espacio y un espejo que ocupaba todo el lavabo.

Maravilloso. Imaginaba a su madre preparándole esa habitación y se emocionó por todo lo que le había ocurrido ese último mes y en los anteriores.

Y con un poco de fortaleza, deshizo las maletas, colocó todo, planchó la ropa arrugada, con una plancha que había en el vestidor, se dio una ducha, se puso un chándal y unos calcetines, y miró un rato por la ventana.

Lo que vio del rancho era una preciosidad. Nunca había visto uno, pero se veía enorme, los caballos a lo lejos libres y salvajes, preciosos.

Se secó el pelo y se acostó en esa hermosa cama. Necesitaba dormir y descansar.

CAPÍTULO DOS

Cuando Emma despertó, eran las seis y media de la tarde. Había dormido casi cinco horas. La verdad es que estaba muerta. Se lavó la cara y se recogió el pelo, se echó colonia fresca de baño y bajó a la planta baja. Estaba anocheciendo.

La luz del salón estaba encendida y Chris estaba echado en uno de los grandes sofás que tenía el salón rodeando una chimenea de luz.

Tenía los ojos cerrados, el pelo revuelto y parecía un chico joven. Sin embargo, rondaría los treinta. Su padre le dijo que le llevaba unos cuantos años más que ella y ella tenía veinticuatro.

Cuando se acercó al otro sofá, de los tres que tenía, él le dijo con los ojos aún cerrados:

—¡Vaya, la bella durmiente se ha despertado sin necesidad de beso!

—Sí, estaba muy cansada. El viaje ha sido agotador.

—Pobrecita... —Y ella no hizo caso al comentario desagradable de ese tonto.

—¿Sabes dónde está Nani?

—En su casa cenando, supongo. Ella no vive aquí en esta casa, tiene la suya propia. Un poco más alejada.

—¿No vive aquí?

—No, solo vivimos tú y yo, ahora mismo. Solo los señores.

—Voy a cenar. Espero no molestarte demasiado. Y si me quedo es porque debo hacerlo, pero no por ganas. Me iré en cuanto se lea el testamento. No te preocupes, así no tendrás que verme y mejorará tu humor.

—¿No te quedarás? ¿Y si te dejan medio rancho?

—Te lo regalo, es tuyo. No lo necesito. Quizá me vaya de vuelta o me decida a poner un negocio en el pueblo.

Y él se rio con ganas.

—¿Un negocio de qué?

—Un bufete de Derecho Laboral. Podría combinar llevar las contabilidades de algunos ranchos o empresas del condado, con subvenciones y litigios.

—¿Eres abogada?

—Sí. ¿Y tú qué eres?, aparte de maleducado.

Y él, que nunca había estudiado, pero que tonto no era, se sintió inferior a esa pequeña molestia, se levantó de un golpe del sofá, se acercó a ella, bajó a su altura y le dijo al oído:

—Soy un hombre que puede hacerte ver las estrellas y que tengas el mejor orgasmo de tu vida.

Emma se puso nerviosa, pero no iba a echarse atrás.

—Vaya, además, vanidoso.

—Porque puedo.

—No serás de esos que se corren nada más entrar y luego dicen: «perdona, es la primera vez que me pasa esto» —le dijo, mirando sus ojos negros y profundos, con las manos en las caderas sin achantarse ante ese hombre insoportable. Y Chris se rio a carcajadas.

—Ay, nena, qué graciosa eres, quizá seas tú la que lo digas algún día.

—Sueña, hermanito.

—Yo también tengo hambre, ¿cenamos juntos? ¿En la cocina?

—Me da igual, portento.

—¿Eres graciosa, eh?

—Sí, eso me dicen. Hay pollo en el horno y los canapés de la fiesta del entierro.

- Pues nos lo comemos. —Y abriendo el gran frigorífico, le dijo:
—¿Quieres una cerveza, nena?
—Sin alcohol, querido.
—¿No bebes alcohol, cielo? —le siguió el juego, porque le divertía.
—No. Me gusta estar serena, por si acaso me cae algo.
—Aquí no te va a caer nada.
—Vaya, qué mala suerte, con lo bueno que estás... Al final me voy a quedar para vestir santos.
—Y Chris se echó de nuevo a reír.
Comieron en silencio, y se tomaron un café. Emma recogió la cocina.
—No hace falta que recojas. Es el trabajo de Nani.
—No me importa. No voy a dejar esto así.
—No eres como tu madre.
—No la conocí, me dejó por tu padre. Y me quedé con el mío.
—Era una gran señora. Educada, amable...
—Ya me lo ha dicho Nani. ¿Por qué no te has quedado en el rancho estos años?
—Las noticias vuelan. He vuelto hace tres meses. Me fui con dieciocho años, pero he vuelto a verlos a menudo. Estaba cerca.
—¿Y por qué vuelves ahora?
—Porque el rancho en el que estaba, el hijo volvió de la Universidad y yo no quería ser un vaquero solamente.
—Entonces, ¿qué eres?, aparte de difícil.
—Me gusta ser el capataz y llevar el rancho a mi manera. Sé hacerlo y lo hago bien.
—¿También la parte contable y financiera?
—¿Quieres trabajo?
—No te pregunto por eso. Prefiero mi propio negocio.
—Metería un contable. Te contrataría para mi rancho si eres buena.
—Hombre, gracias. Bueno, me voy a dormir.
—¿Tan pronto?
—¿No madrugas?
—Sí, a las cinco, pero hoy no tengo sueño.
—¿No tienes novia?
—No, tengo veintinueve años, nunca tendré una novia, ni hijos, ni me casaré.
—Un hombre con las cosas claras. ¿Te has hecho ya la vasectomía? Mira que hay muchos fallos.
—Sé protegerme, graciosa —le dijo sonriendo—. ¿Tú tienes novio?
—No, no estaría aquí si lo tuviese. Pero lo tendré, quiero novio, hijos y casarme, claro que dentro de un tiempo.
—¿Qué edad tienes?
—Veinticuatro.
—Eres joven aún.
—Es cierto, pero soy una mujer familiar.
—Cada vez me convenzo más de que estás en el sitio equivocado.
—Si tú lo dices... Buenas noches.

Y mientras subía las escaleras, pensó en lo guapo que era y esa sonrisa tan bonita; le partiría la cara, ganas le daban, pero también de hacer otra cosa con Chris. En realidad, de muchas.

A pesar de lo irritante que era, era puro fuego, cuando se acercaba a ella, se encendía. Nunca le

había pasado con ningún hombre y si fuese más amable... Pero no quería ni verla. Debía estar loca, si le gustaba ese vaquero.

Esa pequeña morena era una bomba de relojería. No era en modo alguno como su madre, pensó Chris. Era irónica y no se callaba ni por asomo, y no le tenía miedo ninguno, ni le hacía efecto sexualmente, y estaba acostumbrado a que las chicas se le acercaran como moscas a la miel y nunca le habían faltado. Pero, cómo le gustaría taparle la boca a esa chiquita...

Los días pasaban, y ella recorría el rancho por las mañanas abrigada y ese rancho era precioso. Veía los caballos a lo lejos y a los vaqueros.

Era un gran rancho, o eso le pareció, pero Nani le dijo que sí, que era grande, que no se veía el final desde ningún sitio, que se tardaban cuatro días en recorrerlo entero. Lo cruzaban dos arroyos para que los caballos bebieran y Chris tenía más de veinte hombres a su cargo.

Luego estaba ella que llevaba la casa y su marido, que también era cocinero, en el barracón de los chicos. Vivían en una casita aparte que le hicieron para ellos.

Todo estaba nuevo, era un rancho próspero. Según le contó esos días Nani, hacía un par de años que se reformó entero todo, porque el padre de Chris quería que volviese.

El señor Jones se quedó con ganas de hacerle una gran cabaña para que viviera independiente, pero ella no supo por qué no se hizo.

Nani decía que creía que se le acabó el dinero para reformas y obras.

En esos días también pasó por el pueblo, y se pasó por una gestoría para que le asesoraran y montar su negocio, si era viable en ese pueblo tan pequeño, aunque podía moverse por otros cuatro pueblos del condado, que había alrededor, los ranchos y las empresas que hubiera.

Y el gestor, Tom, un chico trajeado y joven, serio e inteligente, que había salido hacía dos años de la Universidad, quedó en hacerle un estudio y un presupuesto por si el negocio era viable, claro, y lo que le costaría montarlo.

Tampoco quería ganar un sueldo enorme, ni bajo, que cubriera gastos y al menos le diera de cinco a siete mil dólares netos al mes, para vivir bien ella sola, descontando gastos.

Se alquilaría una casa en el pueblo o la compraría, lo más seguro; y el local, una secretaria, quizá un ayudante si la cosa iba bien y el mobiliario.

Y quedó en pasar en tres días, pagaría por su trabajo y comentarían el negocio que quería emprender.

Con Chris, hablaba por la noche en la cena, al mediodía comía algo en el barracón con los vaqueros. Sus conversaciones se suavizaron y se quedó más tranquilo porque ella le dijo que no quería nada del rancho ni de él, que estaba viendo y gestionando su negocio.

Sin embargo, después del primer día hablaba poco y estaba siempre serio, y cuanto menos hablaran, mejor para ella.

Impuso un silencio y si Emma sacaba conversación, le contestaba con monosílabos. Bien, así estaban las cosas.

Sentía rabia, porque era muy extrovertida y le gustaba hablar con todo el mundo, pero él se lo ponía muy difícil. Tampoco quería ahondar más en sus problemas, no era cosa suya.

Sin embargo, cuando llegaba y se duchaba olía tan bien, y estaba tan bueno...

El fin de semana le preguntó si no salía y le respondió con un simple no. Quizá no estaba bien visto salir tan pronto, después de la muerte de sus padres.

Así que ella se ponía a leer un rato en el sofá, al lado de una mesa baja con una lamparita y Chris veía la televisión. Sentía sobre ella su mirada de vez en cuando. Pero nada más.

El fin de semana pasó y el martes debía ir a la gestoría.

Se sentó frente a Tom y este le dijo que la empresa era viable, si conseguía unos cuantos ranchos que le proporcionó en una lista y otra de cinco empresas, más su rancho y una de las cafeterías que tenía el pueblo; sabía que necesitaban un buen contable que supiera de finanzas e inversiones. Y ya podía hacer publicidad y tener más clientes.

Podía montar ese negocio. Incluso había un local mediano en el centro, no muy caro, y que, si lo arreglaba, le vendría muy bien. Para vivir, podría ir a la inmobiliaria y que le enseñaran casas; que él supiera, había algunas vacías.

Le pagó al gestor, se llevó su estudio y su presupuesto y pasó a ver el local. Era céntrico y estaba al lado de la cafetería que podría llevar como cliente.

Llevaba hasta una lista de la inmobiliaria, de los profesionales que podían pintarle el local y la obra, dónde comprar lo necesario y el de una buena secretaria.

Se iría al rancho y el jueves, después de la lectura del testamento, lo habría pensado bien, crearía su negocio o se iba a España. Tenía que sopesarlo muy bien.

El presupuesto que le dio, salía con impuestos y demás por casi ochenta mil dólares. Podía permitírselo, incluso sin tocar sus ahorros. Si perdía, tampoco iba a morir con más de casi cincuenta y seis millones de dólares que tenía en el banco. Lo tendría pensado para el jueves, después de la lectura del testamento.

El jueves, Chris fue temprano con el ganado, pero a las once, se había duchado y se había puesto unos vaqueros negros, camisa blanca que le sentaban como un guante. Cada día le gustaba más y aumentaba esa distancia y ese silencio que había impuesto entre ellos. Quería castigarla, o no lo entendía. No sabía qué pensaba ese hombre, salvo que la quería fuera del rancho cuando ella no le había hecho nada, ni molestarlo siquiera.

—Bueno chicos, ¿nos sentamos? —dijo el señor Fergus—. Ha llegado la hora. Quería daros buenas noticias, pero mi secretaria ha estado revisando bien el último testamento. Lo modificó hace un par de años y ese es el que prevalece. No son buenas noticias. —Y Chris la miró con odio, porque pensaba que le había dejado la mitad del rancho o algo así—. Tu padre, Chris, gestionó muy mal el rancho en los últimos años. —Emma sintió cómo aplastaba el mentón enfurecido—. Si a eso añadimos que hizo una gran reforma de todo el rancho y el ritmo de vida que llevaban, de viajes, joyas para Marina y demás... Tuvo que hipotecar el rancho.

—¿Cómo? —dijo Chris, levantándose de un salto. ¿Hipotecó el rancho?

—Sí, no por mucho dinero, pero son cinco millones de dólares.

—No me lo puedo creer. Yo no tengo ese dinero. Cómo ha podido...

—Hay algo peor, sé de buena tinta que hay un ranchero que va a pedir un préstamo para quitar la hipoteca, porque tu padre ha dejado seis meses sin pagar.

—¡Maldita sea!

—Muchacho, si no tienes los cinco millones, perderás el rancho.

—¿Me lo había dejado a mí?

—El ochenta por ciento, el veinte por ciento a Emma y poder vivir en la casa, más las joyas de su madre.

—Me cago en... ¡joder!... No tengo el dinero ni de los meses que debe. Es una barbaridad.

—Bueno, cálmate, Chris —le dijo ella—. Yo no quiero el veinte por ciento de tu rancho, renuncio a ello.

—¿Cómo quieres que me calme? Voy a perder el rancho, quieras o no quieras tu parte. Si me hubiese hecho caso... Tendremos que salir de aquí en una semana si ese hombre levanta la hipoteca y se quedará con este rancho por cinco millones de dólares, vale diez veces más...

—Eso es lo que hay, lo siento, chicos. No hay más. Ni dinero en las cuentas. Nada. Están cerradas. Os dejo. Lo siento mucho.

Cuando el notario se fue, Chris salió dando un portazo y ella se quedó pensando un rato y supo qué hacer.

Entró en la habitación que había sido de su madre y tomó el joyero, buscó, pero todas las joyas estaban allí y en una caja fuerte que había en la habitación. Tomó un bolso de su madre y metió todas las joyas. Cogió su cuenta, la de ahorro y el presupuesto del negocio. Se subió en su coche y salió camino del pueblo.

Primero llegaría al banco, nadie iba a adelantarse por más préstamos que pidiera.

Habló con el director y levantó la hipoteca. Ahora era dueña de ese rancho por cinco millones más los meses que no había pagado su padrastra. Abrió una cuenta para el rancho, metió dos millones para que tuviese un remanente para pagos. Con eso, el rancho debería seguir adelante y pagar las nóminas y demás.

Además, iba a ir a la joyería a vender todas las joyas, pero para ello fue a una ciudad más grande que estaba a dos horas y vendió todas las joyas de su madre. Le dieron un cheque de trescientos veinticinco mil dólares, aunque ella sabía que costaban más, pero no era hora de pensar en ello ni discutir. Directamente se fue al banco e ingresó en la cuenta del rancho, dos millones trescientos veinticinco mil dólares.

Le quedaban aún cuarenta y tres millones ochocientos mil dólares de ahorro y en el del rancho, dos millones trescientos veinticinco mil dólares. Aparte, tenía los ciento ochenta y ocho mil dólares para su negocio. Había comprado ropa y el coche. Y era lo que le quedaba.

La cosa iba bien, llevaba sus escrituras del rancho, nadie les podía quitar ya ese rancho, pero no se lo iba a regalar a Chris bajo ningún concepto, así, sin más.

Y mientras conducía de vuelta a Stevensville, una sonrisa afloró a su boca y unos pensamientos que haría que Chris se enfadara. Y eso a ella le encantaba, porque le gustaba ese vaquero y quería conocerlo, y nada mejor que obligarlo a casarse con ella. Lo deseaba. Era la única condición que iba a ponerle. No quería familia, ni novia ni hijos, pues iba a tener una mujer.

O eso, o se tendría que ir de su rancho. No había trabajado allí siquiera, salvo de jovencito. O sea, que eso era lo que había. Si no le gustaba, ya se buscaría un buen vaquero que fuese buen capataz. Pero el rancho era suyo, si quería compartirlo, bien, pero no iba a ponerlo a su nombre, solo dejar que lo llevara a su manera como si fuese suyo, y ella se encargaría de la contabilidad.

Y ahora, a comer. Por la tarde tenía que montar un negocio propio y tenía que alquilar un local y buscar un contratista.

Cuando llegó al rancho era de noche. Había conseguido alquilar su local y avisar al contratista que el asesor le indicó. Había estado mirando con este el local y lo que necesitaba, y empezaría el lunes, porque el contratista tenía que terminar otro trabajo. Pasó por la asesoría para que le preparara los documentos necesarios para abrir el negocio y ya solo hasta que el asesor le avisara y el contratista empezara las pocas obras que ella quería poner en su local. Y la lista de lo que necesitaba. Había sido un día completo. Y tenía ganas de darse una ducha y comer.

La puerta de la casa del rancho estaba abierta y Chris estaba tumbado en el sofá con los ojos cerrados y los dedos sobre la frente, como si le doliera la cabeza.

—¡Hola, Chris!, ¿te duele la cabeza?

—Un poco. Te has perdido todo el día.

—¿Has comido?

—Aún no, te esperaba.

—Pues vamos, luego te tomas una aspirina, tenemos que hablar.

—¿Como los matrimonios?

—Nunca mejor dicho.

Se quitó el abrigo y dejó el bolso en la percha y fueron a la cocina.

—Hay pollo caliente y ensalada.

—No tengo mucha hambre.

—Vamos, tómate una cerveza. —Y Chris la miró.

—¿Qué me miras?

—¿Qué pasa?, sé que has hecho algo, así que suelta. Has estado fuera todo el día. Le he preguntado a Nani. ¿Has sacado ya los billetes de vuelta?

—Nada de eso, me quedo en mi rancho y además, el lunes empiezan las obras de mi negocio. Llevaré la contabilidad de este rancho también y pienso cambiarme al cuarto principal. En cuanto lo pinte y cambie todos los muebles. Mañana llamo al pintor y me voy de compras. Y espero que las empresas de las listas que me ha dado el gestor acerca de los negocios le interese mi trabajo. Cobraré por horas.

Él la miraba anonadado.

—Espera, espera. ¿Has dicho tu rancho?

—Sí, señor, mi rancho. He levantado la hipoteca. Ahora es mío.

—¿Cómo?

—Que no se va a quedar nadie con este rancho familiar nuestro.

—Pero ¿cómo?

—Tengo el dinero, no soy ninguna caza fortuna. Tengo la herencia de mi padre.

—¿Tanto dinero?

—Sí. También he vendido las joyas de mi madre para tener dinero para los pagos. Hasta que haya beneficios, porque habrá que comprar y pagar nóminas. Y he puesto dinero también para los pagos. En total, dos millones trescientos veinticinco mil dólares, joyas incluidas.

—Has hecho eso... ¿no quieres joyas?

—Ninguna, no sabría llevarlas. No soy una señora, soy una mujer trabajadora y emprendedora.

—¿Y yo qué? ¿Me echas a la calle?, me lo merezco, por tratarte como te he tratado —dijo, bajando la cabeza.

—No, no pensaba echarte. Pensaba casarme contigo.

—¿Qué? —Se levantó de un salto y ella esperaba esa reacción o peor—. ¡Estás loca, mujer!... La respuesta es no —soltó, atragantándose.

—Bueno, no soy tan fea y esa respuesta la esperaba. Pero cuando me hayas oído lo pensarás mejor.

Hizo un silencio, comió y lo miró, mientras Chris se desesperaba.

—Siéntate. No voy a poner el rancho a tu nombre, pensaba casarme con separación de bienes, pero si nos casamos, yo llevaré la contabilidad y tú te ocuparás de todo el rancho, como si fuera tuyo, harás lo que creas conveniente y se comprará lo que se pueda, claro, pero tendrás carta blanca a la hora de dirigirlo, contratar o despedir. Tú tendrás tu sueldo y yo el mío, todos los gastos saldrán del rancho, con tu sueldo y todo, y podrás dormir en la casa grande. Puedes hacer con tu sueldo lo que quieras y yo con el mío. Al final de cada año, retiraré parte de los beneficios que dividiremos entre los dos. ¿Por qué? Porque tendrás que comprarme el rancho en el plazo de diez años. Me debes siete millones, trescientos veinticinco mil dólares y cincuenta mil con los gastos, y será tuyo, sin intereses y con beneficios y sueldo entero. Si me pagas antes, me iré antes y nos divorciaremos. No me quedaré a vivir aquí, no te pediré mi 20 %. Todo tuyo. En caso contrario, que no quieras casarte ni serme fiel, te contrataré como un vaquero normal, dormirás en

el barracón y cobrarás el sueldo de un vaquero, no serás capataz, contrataré a uno. También tienes la opción de irte, si quieres irte... Tú mismo. Es la única condición, que te cases conmigo. Y nada de infidelidades. Quiero un marido trabajador, fiel, amable y que lleve mi rancho como es debido, como si fuera suyo. Si lo haces y me pagas lo que he invertido. Dentro de diez años, será tuyo también, o antes, depende cuando tengas tu dinero, y me iré y podremos divorciarnos. Si tenemos hijos, me los llevaré. Me gustas, Chris, a pesar de toda esa máscara, creo que podemos hacer un buen trabajo aquí y llevarnos bien.

—¡Estás loca, mujer! No pienso hacer eso. Y tener hijos contigo mucho menos, ni lo sueñes.

—Creía que era una buena idea y te alegrarías. Piénsalo, no tengo otra proposición mejor que hacerte. Algo tengo que pedirte a cambio. Me gustas y me encanta el rancho.

—Te vas a arrepentir...

—No me amenes. Te echaría a patadas de mi propiedad. Esto lo he hecho también por ti. A mí el rancho nunca me ha importado, no lo conocía y sería fácil para mí irme y dejarte en la estacada para ser un vaquero cualquiera en cualquier rancho. Te ofrezco ser el dueño por diez años y para toda la vida. Y luego para siempre sin mí. Podría gastar mi dinero en lo que quisiera, así que te tranquilizas. Mañana quiero una respuesta. Estoy cansada. —Y salió de la cocina.

—Pero...

Dios, esa mujer estaba loca, si pensó que era una caza fortuna, se había equivocado. Ser propietario, le importaba, pero si le daba la oportunidad de llevar ese rancho como siempre quiso...

Joder, pero no quería casarse, y menos con ella. El precio era muy alto. Emma no le gustaba nada, bueno, le gustaba, pero era demasiado mandona e independiente. Hacía lo que le daba la gana. Y no era caprichosa.

Había vendido las joyas de su madre, pero no estaba dispuesto a que una mujer le mandara. Si era machista, pues era machista. Pero casarse, dormir con ella... Tenía muchas mujeres, ¿por qué iba a elegir solo a una con fidelidad? Por un rancho... ¡Maldita mujer pequeña!... Y maldito su padre por dejarlo así.

Si no fuese por ella, no tendría rancho. Y lo sabía. No sabía cuánto dinero tenía esa mujer. Él solo tenía ahorrados poco más de trescientos mil dólares, de los once años que llevaba trabajando. Y ella ni siquiera le había preguntado.

No quería casarse, maldita sea. No podría salir de copas sin ella ni divertirse. Y ¿de dónde iban a sacar dinero para pagar el rancho hasta volver a obtener beneficios? Dijo siete millones, quizá tenía una cuenta con otros dos millones para el rancho, joder, ¿qué era superrica o qué? Y con carrera, y él no había estudiado nada tras el instituto. No la soportaba. No soportaba a esa mujer superior.

Al día siguiente tendrían que hablar por la noche seriamente. Se tomó un *whisky*; él que no lo bebía, necesitaba una botella esa noche.

Por la mañana, cuando Emma se levantó, Nina le hizo un buen desayuno y le preguntó dónde había estado el día anterior. Nina le daba confianza. Tenía más de cuarenta años y le contó todo.

—Dios mío, pequeña, gracias por la parte que nos toca, si no, nos quedaríamos sin trabajo, pero que se case ese testarudo de chico, te va a costar. ¿Por qué quieres casarte? Te va a hacer daño, hija.

—Me gusta, es guapo, alto, testarudo, pero sé que será un gran trabajador y confío en que sepa llevar ese rancho. Quiero un hombre como él, aunque a veces sea un ceporro. Lleva mal lo de las chicas, pero si tontea con alguna, se irá fuera de aquí.

—¿Y si te hace infeliz? Ese chico ya no es el chico que se fue del rancho. Y ahora está

enfadado por cómo su padre ha llevado todo este asunto. Le gustan las mujeres, es infiel. Ya sabes. Te engañará y no quiero verte sufrir.

—No me lo hará, Nani, estoy segura. Quizá al principio sea un hombre difícil y yo no le guste, pero quiero una familia y no se lo voy a poner fácil, regalándole un rancho con el trabajo de mi padre. Eso ni de lejos. Creo que podemos vivir muy bien aquí, si quisiera.

—Él no lo querría tampoco, te pagará si las cosas van bien, estoy segura de que lo hará antes de diez años. Emma, pero tu proposición es muy generosa, le dejas su dinero, su sueldo y le das beneficios. Si sabe llevar el rancho te pagará en menos tiempo.

—Bueno, yo tendré mi negocio y me compraré una casa en el pueblo. Ya veremos. No me iré con el mismo dinero que vine en todo caso.

—¡Ojalá todo te salga bien, mi niña!

—Voy a llamar al pintor.

—Vale, recogeremos toda la ropa y la donaremos.

—Está bien. Yo iré al pueblo en cuanto le diga lo que quiero y compraré muebles nuevos.

—¡Ay, hija! ¡Eres un ángel!

—Me caes bien, Nani.

El pintor llegó cuando habían recogido toda la ropa y la metieron en su coche para donarla. Solo dejó fotos y una caja de cada uno con objetos personales que metió en su habitación en el altillo del vestidor, al lado de las maletas.

Le dijo al pintor qué color quería para el dormitorio y el vestidor.

Llamó a dos chicos vaqueros que estuviesen disponibles y bajaron todos los muebles a una de las camionetas y, entre ellos y ella con su coche, fueron al albergue y dejó todo: cortinas, muebles, sábanas y toallas. Todo lo que había en la habitación.

Mandó a los chicos de vuelta al rancho y se fue a comer a la cafetería. Al día siguiente, el pintor le pintaría el dormitorio de gris claro. Tardaría una mañana solamente.

Se sentó en la cafetería y más tranquila, tomó un plato combinado, un café y un trozo de tarta. Lo necesitaba. Necesitaba fuerzas para enfrentarse a Chris esa noche de nuevo.

Cuando terminó fue a una tienda de muebles y compró unos muebles preciosos, dos cómodas altas, dos balancines, una mesita pequeña de centro, que pondría entre los dos balancines y una luz alta de lectura, dos mesitas de noche, una cama extragrande, un colchón de los mejores, almohadas, un televisor y un equipo de música, compró perchas nuevas iguales, una gran cantidad.

La habitación principal tenía dos vestidores grandes y dos baños, compró en un bazar juegos de sábanas, una cortina a juego con los nórdicos, y toallas suficientes de todos los tamaños, dos alfombras para salir del baño y otras dos preciosas para la cama, cestitas y productos de aseo.

Todo, menos los muebles, se lo llevó; hasta un par de cuadros, cojines para la cama, fundas para las almohadas. Todo maravilloso.

Los muebles quedaron en llevarlos en dos días, cuando estuviera pintado. Ella les llamaría.

Llegó a casa y Nani ya se había ido a la suya, sacó toda la ropa y todo cuanto había comprado y lo dejó en la habitación libre de invitados, de las cuatro que la casa tenía arriba. Tuvo que dar unos cuantos viajes.

Pensaba darse una ducha rápida, pero cuando vio la bañera, la llenó de espuma, se hizo un moño con el pelo y se metió dentro, dejó una toalla al lado y cerró los ojos. No quería pensar en nada.

Chris llegó cansado, estresado, rabioso por lo que debía y tenía que hacer. Había sido una buena encerrona. En el fondo sabía que era un desagradecido, pero lo que ella le pedía... era demasiado.

Se dio una ducha y dejó la ropa sucia en el cubo. Se puso un pantalón de pijama sin la parte de arriba. Sabía que Emma estaba en casa porque se oía música en su habitación y fue directo a ella.

Llamó a la puerta y no le abrió. Se habría quedado dormida. La abrió y vio luz en el baño, pasó y la vio allí desnuda en la bañera, relajada y con los ojos cerrados y se excitó, solo se le veía parte de sus senos. Llevaba ya tres meses sin relaciones y estaba a punto de explotar entre tantas cosas.

Esa pequeña se las iba a pagar, ¿quería casarse con él?, bien, lo haría, pero iba a saber lo que era tener sexo con él, la cansaría, sin amor, por supuesto. Ese sería su precio. Y su condición. Un matrimonio sin amor, con un vaquero difícil.

Se agachó y tocó su cuello entre la espuma, y ella dio un brinco; y al darlo, se le vieron los pechos. Se bajó enseguida, dándose cuenta y tapándose el pecho.

—¿Qué haces aquí?

—Te he llamado y no contestabas. Tienes unos pechos hermosos.

—Gracias, pero quiero que salgas.

—¿Por qué?, acepto tu proposición. Ahora somos novios. Te debo un anillo, pero podemos tener sexo. No existe moral entre nosotros. Y eres una mujer interesante. No estás mal. Quizá no sea mala idea...

—Déjate de tonterías y sal de mi baño. —Chris metió la mano dentro del agua sin hacerle caso, más abajo, tocando sus pechos y pellizcó sus pezones Y Emma gimió. Chris sonrió y siguió bajando su mano hasta llegar a su sexo. Emma tenía los ojos cerrados y gemía, y él la tocó entre la espuma.

—Ummm, estás depilada. —Ella se puso roja como un tomate y encendida.

No la había tocado ningún hombre y lo que sentía, aunque Chris, el hombre más guapo que había conocido, se lo hiciera por cualquier motivo, no estaba para pensar, solo para sentir, y percibió cómo las manos de ese hombre de pelo y ojos negros como el carbón, acariciaban su sexo hasta que su cuerpo vibró por el orgasmo que tuvo.

—Vaya, vaya, no ha estado mal, la verdad.

—No —dijo bajito.

—Parece que esta noche no estás tan mandona.

—Chris... Venga, sal, vete.

—No, pequeña, no pienso irme a ningún lado. Estoy duro para explotar.

Emma se sentía avergonzada por las palabras sexis que le decía en ese tono bajito, rozándole la oreja.

—Pues date la vuelta y dame la toalla.

Y lo hizo, pero cuando se puso la toalla, la cogió en brazos.

—Chris... —gimió ella.

—Vamos a ver si somos compatibles, nena. No aguanto más. Llevo tres meses sin sexo. Me protejo, ¿y tú?

—También. Tomo pastillas, además, las tomaba para regular la regla. —Pero no se había tenido que proteger nunca.

—Esto va a ser mejor de lo que pensaba. Hacerlo sin nada...

Y echó el edredón hacia atrás y la tumbó boca arriba en la cama, le quitó la toalla y miró su cuerpo. No estaba mal.

Tenía un cuerpo pequeño pero bonito, y unas caderas que le gustaron. No era su tipo en modo alguno, pero no estaba mal y olía bien.

Se quitó los pantalones del pijama junto con los *slips* y se puso encima de ella mordiendo sus

pezones.

Emma estaba encendida y volaba en otra dimensión, sentía el pene duro de Chris, que estaba bien dotado rozando el suyo, para colmo, tocar su sexo y buscar su interior.

Él, después de oírla gemir, tomó su pene y se introdujo en el sexo de Emma, y encontró una barrera que no se esperaba, mientras avanzaba en su interior. La miró y la traspasó sin poder evitarlo.

Era virgen y estaba desnudo de sexo y perdido.

Ella gimió un momento, pero él continuó moviéndose en su interior hasta arrancarle un grito de placer por el orgasmo que bajó caliente de su cuerpo y él se vació en ella.

Y fue la primera vez que lo hizo en un cuerpo de mujer sin protección y con una virgen, y fue mejor de lo que esperaba. Era... había sido espectacular.

Emma manchó un poco las sábanas y se levantó al baño, mientras Chris la observaba limpiar las sábanas y echarse de nuevo boca arriba.

—Emma...

—Qué...

—Eras virgen.

—Sí, lo era. Eso no significa nada, salvo que no me he acostado con nadie, solo contigo. Nada más.

—Pero tienes veinticuatro años, mujer.

—Lo sé. ¿Esto significa que aceptas el trato? —le dijo, cambiando de tema.

—Sí, lo acepto.

—No puedes estar con otra mujer o te echaré de aquí.

—No lo haré. Tengo una condena de diez años.

—Tienes un rancho para toda la vida, que es lo que más amas.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque te he visto, lo deseabas. Siento que tengas que compartirlo conmigo, pero quiero ser sincera contigo. Ese dinero era el trabajo de mi padre de toda la vida, el hombre que más he querido en el mundo y me lo dejó con todo su amor, y no pienso regalártelo ni a ti ni a nadie, y creo que soy bastante generosa y evito echar a la calle a un montón de gente que depende del rancho. Y confío en ti, en cuanto al rancho, a pesar de que seas un hombre difícil y complicado, que no me quieras nunca y que lo nuestro sea simplemente sexo y una vida tranquila. No pido más. Pero no quiero venganzas. En parte lo he hecho también por ti. No quiero que me hagas daño. Nunca te diré que no, a tener relaciones sexuales, eres el primero, eres bueno y me gustas, y soy joven. No te seré infiel. Cuando nos divorciemos, entonces me buscaré un hombre diferente, romántico y familiar, que me ame como merezco y te dejaré tu rancho.

—¿Tengo que darte las gracias? —Era un desagradecido y tenía que lidiar con ello y con más cualidades que adivinaba en ese hombre y no pensaba cambiarlo, ese no era su objetivo.

—Deberías, pero no te lo pido. Mañana vendrán a pintar la habitación principal, he comprado muebles nuevos y nos cambiaremos allí.

—Como tú quieras. ¿Y la boda?

—En cuanto empiece a funcionar el negocio, necesito descansar y dejarlo listo. Podemos casarnos antes de Acción de Gracias. Los dos solos por el juzgado, con separación de bienes.

—¿Nada de baile, tarta y vestido?

—Ninguna de esas cosas. Podemos ir a comer y a tomar café. Cuando me case de verdad me compraré un vestido precioso.

—¿Pero quieres alianzas y anillo de compromiso?

—Lo más barato que encuentres, no tenemos dinero para gastar más.

—Está bien, ¿y qué tal te encuentras?

—¿De qué?

—De que es tu primera vez, Emma. No te hagas la dura.

—Me encuentro muy bien, no te preocupes, alguno tenía que ser el primero.

—¿Por qué no has tenido relaciones?

—Porque he estudiado mucho.

—Derecho.

—Sí y un máster. Y cuando terminé, a mi padre le quedaban tres meses de vida, y dejó de trabajar. Pasé esos meses sin separarme de él. Siempre fui una niña protegida y querida, pero además no me gustó nunca ningún chico.

—Y yo sí.

—Sí, llámame ingenua, pero desde que te vi, me gustaste, a pesar de todo, por eso me caso contigo. Si no me gustaras, estaría en España ya. Pero no sufras, me gustas físicamente tan solo. Me atraes. Nada más. Sé que tú ni eso, pero lo siento.

—¿Dormimos juntos?

—Si quieres, y si no quieres, cuando tengamos la habitación lista.

—Me quedo.

—Como quieras.

—Bajemos a comer antes, venga.

Y ella se puso un pijama y bajaron a comer.

Emma estaba silenciosa y a él le dio cierta ternura. Estaba sola en el mundo, y él también, pero ella era fuerte y frágil, lo sabía.

Era raro que no se hubiese acostado con un hombre y lo hubiese elegido a él. Y no era la mala que había pensado, sino una mujer con las cosas claras, sincera, brutalmente sincera.

Debía reconocer que le había gustado que fuese virgen y hacerlo sin nada había sido... Le gustaba, no quería reconocerlo, pero era una gran mujer, además inteligente y con estudios, y él no tenía ni clase, ni estudios, salvo mal humor.

Aún le guardaba una cierta enemistad por su propuesta, pero quizá no fuese tan malo estar casado con ella, tendría más sexo que si fuese soltero, y ella olía bien y tenía un cuerpo precioso.

¡Joder! Si hasta le acabaría gustando y todo.

Al siguiente día cuando se despertó, Chris se había ido al campo. El pintor vino temprano y mientras pintaba el cuarto, y Nina le proporcionaba un buen desayuno, charló con ella y después se metió en el despacho.

Iba a ver qué había allí. Un descontrol. Intentaría hasta el fin de semana ponerlo todo al día, sin cobrar, cuando lo tuviera todo listo, se dedicaría un par de horas o tres a la semana. Le pediría a Chris las facturas de todo y se irían pagando cuando ella estuviese en el rancho. Semanalmente.

Abrió el ordenador y al menos tenía el programa que se usaba para la contabilidad y las nóminas. Abrió el cajón y sacó un puñado de facturas. Llamó y estaban sin pagar. Más de veinticinco mil dólares y se dedicó a meterlas y pagarlas, llamó a los clientes y las abonó, les dijo que semanalmente las pagaría.

No le llevó más de tres horas ponerse al día y ponerlo todo en orden.

Luego habló con Nani y le dijo que de las compras de la casa le pasara las facturas y ella las pagaría todas las semanas.

De momento no había nada, ni del barracón ni de la casa. Pero así quedaron. Lo cierto es que su padastro llevaba bien la contabilidad y las nóminas, las dejó preparadas para final de mes,

pero las cuentas estaban en rojo, y ella tuvo previamente que cerrar esa cuenta y abrir la suya a su nombre con los dos millones trescientos veinticinco mil dólares, para pagar todo lo que se debía y así empezar de nuevo.

Estuvo viendo qué cobraban los vaqueros, Nani, y el que más cobraba era Chris, unos cinco mil dólares. Dejó así las nóminas, porque buscó lo que se cobraba por ahí y era normal. Dejó las nóminas apiladas encima de la mesa hasta final de mes hacer los ingresos.

Buscó una carpeta en la que estaban todas las cuentas de los trabajadores para hacerles el ingreso. Perfecto. Y otra que ponía nóminas y facturas. Estaban bien organizadas, hasta el padre lo tenía metido en un *pendrive* en los cajones. Y Emma lo actualizó.

Seguiría esa forma en todos los ranchos si la contrataban.

Cuando acabó eran las dos, el pintor había terminado y Nani había limpiado la habitación y dejado hecha la cena.

—¿Le hago algo de comer, Emma?

—No, me como un bocadillo, no te preocupes. Si habéis terminado... —Le hizo el ingreso al pintor en su cuenta, le dejó la factura y volvió a meterlo en el ordenador. Luego llamó para que les trajeran los muebles.

Era sábado y se los iban a llevar esa tarde, dentro de una hora. Perfecto, ya los tenía pagados. Así que se hizo un bocadillo y se tomó una cerveza y descansó.

A la hora ya estaban allí, menos mal que no eran muchos muebles.

Cuando se fueron, hizo la cama, colocó las cortinas, puso las toallas y sábanas guardadas en el vestidor, las cestas, el cubo de la ropa sucia, los cojines, los cuadros.

Cuando acabó eran las seis de la tarde y se dio una ducha en su habitación. Al día siguiente, domingo, cambiarían sus ropas y enseres de aseo.

Y otra cosa acabada; ya el lunes le empezaban la obra de su negocio, que tardarían un par de semanas, para meter muebles y contratar a su secretaria y empezar a desplazarse. Hacerse un horario y distribuirse el trabajo. Tener una agenda lo más repleta posible en ese pueblo y en los de al lado dentro del condado.

Cuando vino Chris de trabajar, estaba dormida en el sofá con el pijama puesto. Subió a ducharse y se tumbó en el otro sofá, puso la tele con el volumen bajito, la miró y la deseó, y ¿por qué no? Estaban solos en casa. Se acercó al sofá y le tocó los senos, y ella se movió y le bajó el pijama.

—Chris...

—Shhh...

Se quitó su pijama y se quedó desnudo, mientras lamía sus senos, y ella gemía y se aferró a él. Cosa que no hizo el día anterior y él entró en ella con ansia y la embistió con fuerza. Ella no podía contenerse y tocó su trasero empujándolo hacia su interior y él le dijo:

—Nena, no me hagas eso, que no aguanto.

Y ella no dejó de hacerlo porque tenía un orgasmo en ese mismo instante, pero Chris siguió y siguió dentro de su cuerpo moviéndose, hasta que le arrancó otro orgasmo que la dejó sin habla y sin aire en los pulmones.

Mientras recobraba el aliento, Chris se vistió y le puso a ella el pijama. Nada de caricias, solo sexo. Bien, eso era lo que necesitaba, nada más.

—Creo que vamos a tener buenos momentos. He visto la habitación. Ha quedado preciosa.

—Mañana podemos meter la ropa y las cosas de aseo.

—Muy bien, mañana no trabajo.

—He puesto la contabilidad al día, pagaremos semanalmente, cuando me toque el rancho, me

dejas las facturas encima de la mesa, y las nóminas. Me encargo cuando toquen y los cheques o ingresos, se hacen a la cuenta que hay en el cajón del despacho. Ya me ocuparé de eso.

—Está bien, parece que lo tienes todo controlado.

—Así es. Hoy me he dedicado a ello.

—¿Cenamos?, estoy hambriento.

—Vale.

Y cenaron.

Al acostarse, él volvió a hacerle el amor. Y ella nunca le diría que no a ese cuerpo de infarto que le hacía esas cosas y conseguía sentirse viva como nunca.

Empezaron a acostarse desnudos, pero nada de besos ni abrazos, ni caricias. Quizá era eso lo que había hecho hasta ahora con las demás mujeres, o quizá la quería castigar, no la había besado ni siquiera en los labios, por tanto, presentía que ese sería su precio. El que tenía que pagarle.

Quería vengarse de ella y quizá se habría equivocado con él. Claro, que todo tenía un límite, podía cambiar las normas cuando ella quisiera. Cuando estuviera harta de sexo, le daría carta blanca y otro dormitorio para que pudiera acostarse con otras.

CAPÍTULO TRES

Pasaron dos semanas. Emma le dijo a Chris que el sábado no trabajara, en todo caso dar una vuelta por las mañanas, pero tenía cinco días como el resto de los trabajadores y él no dijo nada.

Por las noches hacían el amor de la misma manera y dormían desnudos. Después de realizar el acto, cada uno se daba la vuelta y no hablaban más que lo necesario: de facturas y temas del rancho.

Ella esperaba que las cosas mejoraran, pero fue todo lo contrario, empeoraban y ella se sentía mal.

Lo había obligado a un matrimonio que no quería, pero daría tiempo por si funcionaba. Eso quería ella, soñaba que Chris cambiara una vez casados y al menos la besara y la acariciara como tanto deseaba.

Chris esperaba que ella se quejara de que no le diera cariño, solo hacían amor, pero Emma no le reprochaba nada.

Había comprado las alianzas el siguiente sábado que fue al pueblo y un anillo de compromiso, normalito, como ella le dijo. Se lo dio sin romanticismo alguno. Emma se lo puso y le dio las gracias.

—Chris...

—Dime, Emma.

—Podemos dar marcha atrás a esto si no quieres casarte conmigo. Quizá me equivoqué y no debí ponerte en esa tesitura. Aún estamos a tiempo.

—¿Y qué pasa con el rancho?

—Seguiremos igual hasta que me lo pagues, seguiré viviendo aquí, pero podemos ser amigos, o simplemente llevarnos bien. Puedes continuar con el acuerdo, sin matrimonio.

—¿En serio, Emma? Emma la buena...

—Te lo propongo en serio, Chris, de verdad. Puedes dormir en otra habitación, salir, tener a tus chicas, siempre que no las traigas al rancho. Yo haría lo mismo. Estamos a tiempo.

—He dado mi palabra y la cumpliré.

—Como quieras, pero no tienes por qué hacerlo.

—Lo haré.

Era un vaquero tan testarudo y difícil. No podía con él. No sabía qué pensaba, si se vengaba, si... Mejor dejarlo, o se iba a volver loca.

Su negocio estuvo terminado al final de la segunda semana como el constructor le había prometido y Emma les pagó y al asesor también.

Compró la siguiente semana todo lo necesario para amueblar su gran despacho, otra sala vacía mediana por si metía un ayudante, o en un futuro la empresa crecía. Y la recepción de la secretaria o secretario, a ella no le importaba.

Puso dos baños, una sala de espera, la recepción y su despacho completo con archivadores y todo lo necesario, un cartel en la puerta; también se hizo tarjetas de visita. El despacho lo había pintado en gris claro, suelo claro grisáceo de madera y en la fachada un cartel de madera con el nombre y lo que hacían.

Accounting, Payroll, Finance, Financial Law

Llevó a Chris a que lo viera y a este le encantó. Le deseó suerte y estuvieron comiendo por allí el sábado. Hizo unas cuantas compras de ropa, tomaron café y cenaron en la cafetería. Fue el único día que salieron juntos al pueblo y que se portó bien con ella. Y ese día disfrutó con Chris; pensó que había cambiado. Cuando quería, resultaba encantador.

Volvieron a casa.

—Ya solo me queda contratar una secretaria o un secretario, me da igual. Pero si me va bien, contrato un ayudante, además. El lunes tengo entrevistas y espero empezar el martes a explicar y que vayan llamando a los clientes potenciales de la lista. Necesito tener clientes. Solo tengo el rancho.

—Bueno, no te preocupes, ya verás cómo te saldrán.

—¿Cómo va el rancho?, confío en ti. Es muy poco tiempo, pero al final de año veremos beneficios, que no habrá este año, seguro, y si hay no podremos repartir nada, se quedará para los pagos, y pagaré a Hacienda también.

—Podemos vender algunos animales.

—Si tú lo ves bien...

—Sí, se venderán en diciembre.

—Lo dejo en tus manos. De eso sabes tú más que yo.

Eso lo hacía sentirse orgulloso. Conforme iba conociéndola sabía que era una mujer valiosa, pero no podía acercarse demasiado, era peligrosa para él, sabía lo que quería y él solo quería sexo y lo tenía bueno con ella.

Pero sentía cosas con ella distintas y no quería... no quería. A pesar de ser una buena persona, él no estaba preparado para sentir más allá con una mujer. Por otra parte, se sentía celoso de ser el primero y culpable por llevar tan mal el tema. Y le decía a veces palabras hirientes sin merecerlas. A Emma, aún le faltaba abrirse a él y buscarlo, pero estaba seguro de que lo haría, o no, porque su comportamiento dejaba que desear.

—He preguntado qué necesitamos para casarnos —le dijo Chris.

—¿Sí?

—Sí, si quieres el sábado que viene, llevo los documentos al juzgado y nos casamos. Hay hora a las doce.

—Estupendo, me parece bien.

—Pues ya te vas a salir con la tuya, vas a casarte conmigo.

—Creo que ahora mismo soy mejor partido que tú, económicamente hablando, claro.

—¿Y sexualmente?

—No he conocido a otros. No puedo comparar, pero tú sí, aunque no quiero saberlo. No me hace falta. Lo que tenemos entre nosotros no voy a compararlo a lo que has tenido con otras. Lo que sé es que no soy tonta y si tuviera que puntuarte, no pasarías del seis.

Y Chris se quedó de piedra. Se tenía por un buen amante. Pero tampoco era tonto, sabía qué quería, pero no se lo iba a dar. Se quedaría en un seis mejor.

—Este año no voy a celebrar Acción de Gracias ni la Navidad. Pero si quieres irte con los chicos que queden en el barracón, puedes ir. La empresa es lo único que decoraré —le dijo Emma.

—Muy bien, quizá me pase un rato con ellos.

El lunes, Emma tuvo entrevistas y contrató a un chico, Mattias, que había hecho contabilidad y nóminas, y había trabajado en una empresa en Helena, pero era del pueblo. Se le cumplió el

contrato y tuvo que volver. Era alto, rubio, de ojos azules, y bastante agradable y guapo, medía al menos uno noventa. Era impresionante. Allí todos los hombres eran altos.

Era increíblemente alto y tenía veintisiete años. Le gustó su forma de hablar y contestarle, y lo contrató directamente.

Le expuso el horario y el sueldo, le explicó el trabajo y lo primero que debía hacer era llamar a los clientes posibles de la lista. Conocía también a unos cuantos y en los siguientes días se dedicaron a llamar entre los dos.

Al final de la semana tenían contestación de cinco ranchos, el suyo, la cafetería de al lado, una tienda de ropa, una de muebles y un caso de derecho laboral.

Los casos de derecho laboral los llevaba ella, porque habría que acudir al juzgado. Hicieron una lista con horarios para sus empresas y tenía de lunes a viernes completo. Intentarían hacer bien las cosas y mientras, ella empezaba ya a trabajar en los ranchos y las tiendas.

También le dijo que, debido a sus capacidades, si iba bien la empresa, metería otra mesa en su despacho y contratarían a una secretaria al uso, y él sería su ayudante, con mejor sueldo, claro. Quedó encantado.

El día de Acción de Gracias, cerraron la empresa. Ya llevaban una semana funcionando y aún estaban empezando, pero el trabajo lo realizaban muy bien. En diciembre y enero del año siguiente tenían mucho trabajo y al final de mes se tenían que dedicar a las nóminas. Así que, a la semana siguiente, empezarían fuerte.

Ese día, se quedó descansando en casa. Chris había dado una vuelta al ganado y al mediodía, cuando Nani se fue a casa, apareció Chris por allí. Había comido algo con los muchachos y fue a darse una ducha. Ella entró en la cocina y se preparó una buena ensalada de atún y una tortilla. Sacó una cerveza y apareció Chris duchado.

Mientras ella comía...

—¿Cómo se llama tu secretario?

—Se llama Mattias, pero creo que será mi ayudante. Si sigue así no podemos irnos los dos y dejar aquello solo, así que contrataré una secretaria, en cuanto entre el lunes. Él tiene una licenciatura y sabe casi más que yo. El mes que viene voy a Helena, tengo un juicio.

—¿Qué edad tiene tu ayudante?

—Creo que veintisiete.

—Es muy guapo, ¿no?, viste de traje... ¿Te gusta?

—Me gusta, sí, siempre es mejor tener un hombre guapo, joven e inteligente. —Y lo vio apretar el mentón.

—Pues ten cuidado, tú también tienes que ser fiel.

—¿Estás celoso?

—Eso quisieras. No soy un tipo celoso, y menos de ti.

—Mejor, no quiero problemas —dijo dolida.

—Mientras no te acuestes con él, no lo tendremos. —Salió al salón y se echó en uno de los sofás dejándola con la boca abierta.

—Pero qué...

Al cabo de un rato, cuando acabó de comer, olvidó que quería lastimarla. Ni le iba a entrar al trazo, ni iba a despedir a Mattias, eso lo tenía más claro que el agua. En una semana que llevaban abiertos, se había convertido en un gran trabajador.

Se acercó donde estaba él tumbado y le dijo:

—¿Irás a cenar con los chicos? Nani ha dejado pavo de todas formas, por si no ibas. Y tarta de calabaza, un trozo.

—Iré un rato a cenar con ellos. ¿No vienes?

—No, prefiero cenar sola. De todas formas, mañana es viernes. Hay un fin de semana largo. ¿Quieres café?

—No, más tarde.

—Como quieras.

Se había puesto unas mallas y unas zapatillas de deporte junto con una camiseta y una rebeca, pero la casa estaba calentita y decidió tumbarse en el otro sofá. Chris tenía la tele puesta y cuando ella se tumbó, se levantó y cerró bien la puerta echando las cortinas de fuera.

Emma había cerrado los ojos, pero presintió que estaba a su lado. Abrió los ojos y supo que quería sexo, y cuando olía tan bien y la miraba de esa manera, estaba perdida. Empezó a desvestirla sin decir nada, solo la miraba. Le quitó las mallas y las zapatillas, y le bajó el tanga, le subió la camiseta, sacándole los pechos del sujetador.

Chris solo tuvo que desabrocharse los vaqueros y bajárselos un poco y se tumbó encima de ella y entró en su cuerpo como siempre lo hacía, moviéndose y gimiendo hasta que conseguían llegar al clímax.

Nunca la dejaba insatisfecha en ese sentido, pero sí en el emocional, porque cuando acababa, siempre hacía lo mismo, se retiraba y esta vez no fue distinta.

Ella recuperó el aliento y se bajó la camiseta. Se puso la ropa, excepto las zapatillas, fue al aseo y se tumbó de nuevo en el sofá. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Chris la miraba de vez en cuando. Sabía que no lo estaba haciendo bien, nada bien, pero le era imposible hacerlo con ella de otra manera. Y además quería castigarla, hacerla infeliz. No tenía razones, pero lo deseaba.

Sin embargo, no le gustaba su ayudante. Era un chico fino, guapo, alto e inteligente. Y no le gustaba cómo había ido esa semana a trabajar, con botas altas, medias y faldas o vestidos cortos, maquillada, con el pelo suelto o recogido atrás, preciosa.

Y eso no era por él. Pero si creía que podía serle infiel iba lista.

Esa noche cenó sola y se acostó temprano. Estuvo leyendo en la cama. Lloró por su padre.

Si la viera, no le gustaría lo que estaba haciendo. Quizá sería mejor dejar pasar unos meses y darle carta blanca a Chris en cuanto a chicas, aunque estuviesen casados, hacer cada uno su vida y no tenerlo atado, pero Chris no había querido cuando se lo propuso.

Había sido generosa, le encantaba el sexo con él, pero no creía aguantar esa situación mucho tiempo. Ya había probado el sexo y era magnífico, pero no era una mujer que aguantara sentirse utilizada y eso estaba haciendo Chris con ella. No creía soportarlo. Se daría tiempo hasta después de Navidad y que tuvieran hecha toda la documentación de Hacienda y hablarían de nuevo para cambiar su trato.

El sábado, se levantó temprano y se fue al pueblo. Chris no estaba. Se había ido a dar una vuelta al campo. Y aprovechó para irse. Los sábados y domingos, Nani no venía a la casa. Así que desayunó en el pueblo y fue a la tienda de muebles. Compró un nuevo despacho para Mattias. Se lo llevaban en una hora y acudió a la tienda de informática donde también compró lo que su mesa tenía.

Cuando le llevaron todo y lo colocaron, tuvieron que hacer hueco, pero el despacho era tan grande que cabían dos mesas con todos sus accesorios, sillas y estanterías.

Cuando todo estuvo colocado, fue a la librería y compró unas cuantas cosas, carpetas y materiales. Y los llevó a la empresa.

Y cerró. Mattias iba a llevarse una sorpresa el lunes.

El mismo lunes contrataría a una secretaria y ellos irían por los ranchos y las empresas, y

cuando tuviera que ir a Helena por temas de juicios, su ayudante se haría cargo. La empresa no podía quedarse cerrada.

Era tarde y cuando terminó todo, fue a comer a la cafetería. Se sorprendió al ver allí a Chris con una chica rubia comiendo. Ella estaba frente a él en los asientos de la cafetería y él la vio al entrar, pero siguió comiendo con la chica como si ella no estuviera. Ni siquiera la saludó.

Se sentó en otra mesa dándole la espalda y tomó un plato combinado. Cuando acabó, pidió un café y un trozo de tarta.

Las cosas iban a cambiar antes de lo que pensaba. No es que estuviese haciendo nada. Podía ser una amiga, y podía comer con ella, faltaría más, pero ¿quién era ella?, cuando entró en la cafetería, no se levantó a saludarla, ni una palabra. Ni le presentó a la chica. A ella nadie la ninguneaba.

Todo seguiría igual, excepto una cosa que iba a solucionar en cuanto llegara al rancho.

Acabó su tarta.

Desde donde estaba los oía y eso era un tonto, nada amistoso, serio. Era un ligoteo en toda regla, se reían y ella babeaba por él. No hacía falta que ella los viera.

Pagó la cuenta y salió a la calle. Dio un paseo hasta su empresa, donde tenía el coche aparcado y se fue directa al rancho.

Abrió la puerta y subió a la planta de arriba. Tardó menos de media hora en cambiarle su ropa a la habitación de enfrente. Todas las cosas de aseo, la ropa de la cómoda, y el vestidor. Le dejó las sábanas encima de la cama, que se la hiciese él.

Y ya lo tenía claro, no hacía falta llegar a Navidades ni pasarlas, un mes de uso y una humillación eran suficientes.

Se dio un baño y se puso el pijama. No pensaba salir. Cenaría cualquier cosa. Se tumbó en el sofá y se quedó dormida. Y quedó también liberada. Sabía qué era el sexo y le dejaría el rancho, ella no era una mala persona, vivirían en el rancho, pero nada más.

Podía vivir con otra mujer en otro lugar hasta que le pagara lo que le debía del rancho, se divorciarían y ella se iría y ya podría mudarse, porque lo que tenía claro es que allí no iba a ir una mujer a acostarse con él a su casa. ¡Faltaría más!

Cuando Chris llegó al rancho, ella estaba dormida y en pijama, estaba anocheciendo y subió a darse una ducha, pero Emma había cambiado toda su ropa a la habitación de enfrente y eso lo enfureció.

Se duchó, hizo la cama y bajó en pijama, tenía que explicarle qué pasaba. Lo cierto es que ya lo sabía, ¿qué esperaba?, la había humillado y ninguneado en público.

Lo había hecho porque pensó que había quedado con Mattias, y ya no tuvo solución al verla sola entrar a la cafetería.

Se sentó en el otro sofá y ella se despertó.

—¿Por qué has cambiado mi ropa?

—Han cambiado las condiciones.

—¿Desde cuándo? —preguntó preocupado porque podía quedarse sin el rancho.

—Desde que entré en la cafetería y estabas ligando.

—Era una amiga a la que no veía hace tiempo —dijo excusándose.

—Me da igual, Chris.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué planes tienes? Es un capricho pasajero, un enfado temporal...

—No, de eso nada. No me conoces en absoluto.

—Bien, dispara, ¿qué se te ha ocurrido ahora, mujer del demonio?

—Mira, Chris, creo que te he exigido demasiado, lo siento. No debí pedirte que te casaras

conmigo y mucho menos tener relaciones sexuales. Sé que no te gusto y que te gustan las mujeres, y no puedo quitarte durante diez años ese derecho que tienes, te lo dije y no quisiste echarte atrás antes de casarnos.

—¿Quieres que nos divorciemos?

—No, no pienso divorciarme hasta que no me pagues lo que me debes. Tardes lo que tardes, ojalá sea en el menor tiempo posible y tengamos buenos beneficios, te dejo tu rancho. Mientras, estaremos casados, pero nos divorciamos entre nosotros. Te dejo la libertad de estar con otras mujeres, siempre que no vengan a mi casa. Eso está prohibido. Nadie vendrá a mi rancho hasta que sea tuyo, entonces podrás traer a cuantas mujeres quieras.

Chris la miraba anonadado, incrédulo. O era una gran mujer o un demonio de hombre que no la merecía.

—¿Ya no te gusto?

—No, no me gustas, creo que merezco un hombre mejor que tú. Y lo sabes. No necesito castigos cuando te hago un favor, pero tampoco quiero obligarte a hacer el amor con una mujer que no te gusta, obligándote. Creo que me he equivocado en ese sentido.

—Es porque te gusta Mattias, ¿no?

—Es porque no quiero ser usada como una puta. Tengo mis límites, Chris. Pensé que todo sería distinto, pero con un mes me he hecho a la idea de cómo serían nuestras relaciones y no quiero seguir así, y cuando te he visto hoy, sé que cometí un error. Por eso quiero seguir siendo generosa contigo. Ahora podemos ser compañeros de casa. El año que viene tendremos una idea de los beneficios y podremos calcular cuántos años podemos estar casados, pero, de todas formas, eres libre a partir de ya para estar con otras mujeres.

—¿De verdad no te importa?

—No, no me importa. Y si me importara lo más mínimo, sería inmensamente mejor que lo que tengo ahora de ti, Chris, así que seamos compañeros de casa. No puedo ofrecerte nada mejor. Ni siquiera amistad. Y estoy cansada. Buenas noches.

—¿No cenas?

—No tengo hambre hoy.

Y lo dejó allí solo. Chris se maldijo de todas las formas que sabía. Quería ser libre, ya lo era, podría salir con quien quisiera y, en pocos años, tendría su rancho. O quizá antes, tenía una idea, porque no podía ver a esa mujer a diario, sabiendo que ella tenía el poder, y verla todos los días y sentirse culpable si se acostaba con otra.

Debía reconocer que era una mujer hermosa y buena. Y se sentía inferior y malo, se había portado con ella de la peor manera posible.

Había sido solo de él, estaba muy bien, era educada y el sexo con ella era fabuloso, pero había perdido la oportunidad de besarla y acariciarla. Sabía que era un testarudo.

Maldita, maldita sea, ¿qué coño había hecho?... ¿Qué le había hecho? Si ella quisiera lo podría echar a patadas y, sin embargo, le daba carta blanca para acostarse con otras mujeres, pero eso quería decir que ella también podría encontrar otro hombre y eso le molestaba. No quería que nadie la tocara.

¡Dios, estaba hecho un lío! Un lío que iba a solucionar el lunes si podía.

El lunes, Chris fue al banco. Le contó al director el problema que tenía con el rancho y el director sabía quién era Emma. Quería que le prestara el dinero que le debía a ella y una vez tuviera el rancho en sus manos, hipotecarlo por ese dinero, para devolverle a ella lo suyo.

El sí que pagaría la hipoteca a diez años que la solicitó. Aunque esperaba pagarla antes, porque así los beneficios serían solo suyos y era un gran rancho. El director le dijo que estudiaría el caso y lo llamaría.

Así podía echarla del rancho, pagarle y divorciarse de ella. No quería sentirse tan mal como se sentía. Prefería tener deudas con el banco a tenerlas con ella. Claro que el director le dijo que la cosa estaría difícil, eran ocho millones lo que pidió, para pagarle a Emma y tener un remanente junto con el dinero ahorrado que tenía, y eso había que estudiarlo bien.

Los días pasaban y ella venía tarde a casa del trabajo. La esperaba sentado en el sofá y no sabía por qué salía tan tarde.

—Chris, no hace falta que me esperes para cenar, hasta después de Navidad, tenemos mucho trabajo. He contratado a una secretaria y Mattias y yo venimos tarde de los ranchos.

Los siguientes fines de semana, Chris salía por las noches y Emma estaba segura de que se acostaba con otras chicas. Ella no quería salir. Se daba alguna vuelta por el rancho, hablaba con los vaqueros, iba al barracón y algunas veces los fines de semana, cenaba con los chicos que quedaban de guardia y lo pasaban bien.

Una de las veces que Chris no salió, ella se fue a cenar al barracón y se preocupó de que no volviera tan tarde del rancho.

Pensó que se podría haber perdido y salió en su busca. Pasó por el barracón y la vio contenta comiendo con ellos, y se quedó también a comer. Y supo que no era la primera vez que lo hacía.

Sabía que no salía fuera los fines de semana.

Y cuando volvían de comer del barracón esa noche...

—¿No sales los fines de semana?

—Aún no me apetece, pero saldré más adelante. ¿Te preocupa que no salga?

—No.

Y ella ya no contestó.

A mediados de diciembre tuvo que ir tres días a Helena a un juicio y a Chris se le caía la casa solo. Nunca la había llamado por teléfono y no le preguntó cuánto iba a estar. Ni ella le daba explicaciones. Solo le decía:

—Me voy a Helena, o mañana vengo tarde... que era más que lo que él le explicaba.

A finales de diciembre, Mattias se acercó al rancho a preparar con ella las nóminas, reparar las facturas y preparar la declaración de Hacienda.

Estaban en el despacho y mientras trabajaban, bromeaban; cuando pasó Chris. La puerta estaba entreabierta y los vio a los dos. La trataba como una reina y se veía que tenían una buena conexión y sintió celos. Pasó a la cocina y Nani lo miró:

—Mi niño, te estás equivocando y lo sabes.

—Nani, ya está. Vale...

—Bueno, espero que no sea tarde cuando te des cuenta. Es tan buena con todo el mundo... Todos la quieren. Lo que te está dando no lo hace nadie y es guapa y trabajadora.

—Vale ya, Nani.

—Toma, anda. —Le dio un refresco y un bocadillo. Y cabreado, salió por la puerta, mientras oía las risas de Emma y Mattias.

Chris se había acostado al menos con tres chicas en esos meses y ya estaban en febrero, y Emma lo sabía porque no venía a dormir esos fines de semana.

No era tonta, y le daba pena, porque le gustaba ese hombre y lloraba. Pero si ella no le gustaba,

no podía hacer nada.

La empresa se fue expandiendo a otros pueblos y tenían la agenda llena. Lori, la secretaria que contrató, les metía los datos en el ordenador y organizaba las carpetas, atendía a los clientes y al teléfono, y les preparaba la agenda.

Su empresa sí que iba dando beneficios. Y todos estaban contentos, tenía bastantes juicios y viajaba con frecuencia a la capital.

—¿Has visto, Emma? —le dijo Mattias una mañana.

—¿El qué?

—La casa que hay al lado de nuestra empresa se vende. Es maravillosa.

—No me he dado cuenta.

—Es una preciosidad, con una poca reforma y además justo en el centro, es una buena inversión.

—Vamos a verla, me gustaría tener una casa en el centro.

—Está justo al lado.

Y salieron fuera.

—Tiene dos plantas. Voy a llamar al agente para que me la enseñe —dijo Emma.

—¿Vas a comprarla?

—Puede, está al lado del negocio y puede que la necesite.

—¿Por qué?, ¿vas a divorciarte?

—Hoy que tenemos un tiempo. Te voy a contar mi historia, Mattias.

—¿Me vas a sorprender?

—Puede que sí.

Al cabo de una hora, el agente entró en su empresa y fueron a ver la casa. Le hacía falta pintura por dentro y fuera, pero era maravillosa. Tenía una planta baja con un gran despacho, era una sala, pero ella ya lo ubicó como despacho. Un gran salón con cocina abierta, un aseo y cuarto de lavado justo a la salida del patio que era grande, y más allá, una pequeña piscina cerrada. Le encantó el patio y el jardín, aunque ella ya avanzaba en su mente modificando...

En la planta alta tenía tres dormitorios con sus baños y vestidores y el principal era grande, no como el del rancho, pero tenía dos vestidores, un baño con una bañera y ducha, y la bañera de patas. Le encantó.

Le preguntó el precio. Tenía doscientos metros cuadrados y era bastante grande y céntrica. Doscientos cincuenta mil dólares y casi otros cien mil en decorarla y mobiliario, calculó ella.

Y le dijo que le interesaba, que la compraba. Se pasó por la inmobiliaria y la compró con la cuenta que tenía los ahorros. Quitaron el cartel y a la vuelta de la inmobiliaria, llamó al contratista que le hizo la obra de la empresa y quedaron para el día siguiente en el único hueco que tenía en la agenda.

—No me puedo creer que la hayas comprado, Emma.

—Es preciosa por dentro, Mattias, pero no pienso enseñártela hasta que la tenga terminada.

—Tendré que esperar.

—Haz café. Tenemos que hablar.

Y ella le contó toda su historia desde que vino.

Mattias quedó alucinado. Era un buen amigo de ella, más que su ayudante en ese tiempo que llevaban trabajando juntos.

—No me lo puedo creer. Pero no deberías haberle puesto la condición del matrimonio, Emma. Todo el mundo conoce a Chris y es un mujeriego.

—Sí, ese será mi calvario.

- No te interesa, amiga.
- Lo sé, pero, ahora somos amigo.
- Pero si encuentras un hombre no va a estar dispuesto a que estés casada y vivas con él.
- Bueno, ahora no busco a nadie, pero eso lo solucionaré si llega el momento.
- Al menos tendrás una casa preciosa.
- Ya tengo otra en Málaga. Iré en septiembre de vacaciones cuando las programemos.
- ¡Qué ricachona eres, jefa! —Y Emma se rio.

Al día siguiente, estuvo mirando con el contratista qué quería en la casa. Y este le dio un presupuesto de ciento veinte mil dólares y empezar ya, porque no era demasiado y lo terminarían en tres semanas. Quería suelos, baños y cocina nueva, arreglar el patio y pintura.

Perfecto, luego ella compraría muebles.

Ese mes de febrero había pasado también por su ginecólogo a una revisión y le recomendó descansar un mes, al menos, de las pastillas anticonceptivas. Le recetaría otras diferentes, con menos efectos secundarios, pero debía descansar un mes. Y así lo hizo unos diez días antes. Total, no tenía relaciones sexuales...

Pero esa noche cuando llegó tan contenta a casa, con sus planes de su nueva casa, su empresa que iba muy bien y que cada mes tenían al menos un cliente nuevo, Chris la esperaba en el sofá.

—Tenemos que hablar, Emma.

—Bien, ¿puedes esperar que me dé una ducha?

—Sí, te espero y comemos, luego hablamos.

—Estupendo.

La vio muy contenta, ¿se había acostado con algún hombre? Probablemente, estaban a mediados de febrero y desde noviembre eran libres.

Cenaron en silencio como muchas otras veces, pero esa noche... Cuando tomaban café en el sofá, se acercó a ella en el mismo sofá, raro en Chris, y ella se asombró un poco.

La tomó por la cabeza y la besó, la besó en los labios y metió su lengua en la boca y ella quiso morirse. Imaginó siempre que ese hombre sabía besar muy bien, pero no era comparable con lo que sintió, la acarició y la besaba por el cuello, y la amó como siempre había soñado Emma.

Entró en su cuerpo como nunca había entrado y le hizo caricias que nunca le había hecho. Gemía como nunca, lo oyó gemir y se vació en su interior como un hombre apasionado, generoso y apagando con su boca sus gemidos.

Cuando acabaron, Chris se quedó un rato encima de ella. Se levantó y se vistió como siempre y ella sintió vergüenza e hizo lo mismo.

Entró en el despacho y ella lo miraba sin saber nada...

—Toma. —Y le dio un cheque. Emma lo miró—. Siete millones trescientos setenta y cinco mil dólares. Lo que te debo.

—Muy bien —dijo Emma con los ojos llenos de lágrimas por la humillación.

—¿Sigues sin querer el veinte por ciento del rancho?

—Sí, no lo quiero.

—Tu empresa puede encargarse una vez a la semana de la contabilidad.

—Vendrá Mattias solo.

—Puedes pedir el divorcio mañana o lo pido yo, me da igual.

—Yo lo pediré —le dijo ella.

—Y si puedes irte el fin de semana del rancho, me gustaría que lo hicieras.

—Me iré mañana.

—Emma, no hace falta que...

—Me iré mañana. Pero te diré algo, Chris. Nunca he conocido en mi vida a un hombre tan desagradecido y malo como tú.

Y subió las escaleras dejándolo allí.

No había ganado nada, si eso es lo que creía. Qué mal lo estaba haciendo con Emma y lo seguía haciendo. Era un monstruo.

La había humillado de todas las formas posibles, lloró esa noche Emma, pero eso tenía ya un punto y final.

No podría quedarse en la casa que había comprado, iban a reformarla, pero se quedaría tres semanas en el motel, no tenía problemas en ese sentido.

Envió un mensaje a Mattias y le dijo que llegaría tarde al día siguiente, que fuera solo a los ranchos de la mañana, que iba hacia el mediodía.

Y cuando se levantó por la mañana, recogió todas sus pertenencias, sus maletas y todo cuanto tenía en el rancho, y se despidió de Nani.

—Por Dios, ese muchacho es un demonio.

—Mejor para mí, Nani. Nunca pensé que se portara así conmigo, lo que hice fue ayudarlo, aunque quizá me equivoqué al pedirle que se casara conmigo, pero te juro que lo hice para ayudarlo.

Y se abrazó a ella y lloró. Como había llorado casi toda la noche.

Cuando salió del rancho, salió como una mujer a la que tiran a la basura. No quería recordar la noche anterior con Chris, no quería. Le dejó en su mesita de noche la alianza y el anillo de compromiso.

Se quedó en el motel y sacó su ropa de la maleta y dejó todo colocado como pudo. De ahí tomó el coche y fue al registro a pedir el divorcio. Solo faltaba firmar él, así que le envió al rancho las dos copias con la suya firmada, para que le enviara a su despacho una ya firmada, y ella enviaría la copia al registro, ya lo pagó ella todo.

Luego pasó por el banco e ingresó su cheque. Perfecto. Ahora volvía a tener sus 55 millones de dólares ochocientos mil dólares, menos medio millón que le costaría su casa más o menos.

¡Que se jodieran todos los Chris del mundo! Imaginaba que había hipotecado el rancho. Pues eso era cuenta suya. A ella no le importaba nada.

Se tomó un buen desayuno más bien tarde y fue al trabajo. Allí estuvo trabajando, y al pasar ya estaban los obreros en su casa. Perfecto. ¡Qué bien había hecho en comprar esa casa!

Cuando vino Mattias de los tres ranchos, le contó la segunda parte de la historia.

—Amiga, jefa, ¡menos mal que tienes casa!

—Sí, mientras me quedaré en el motel, no es demasiado caro.

—Está bien.

—Sí. Bueno, a trabajar.

A la semana siguiente ya estaba divorciada, tenía sus papeles del divorcio y a mediados de marzo estaba viviendo en su casa maravillosamente reformada y decorada. Tenía un dormitorio precioso, pintado en gris, todo nuevo. Y dos de invitados. Y un despacho precioso con vistas a la calle. Un jardín espléndido que disfrutaría los veranos y era feliz. No echaba de menos el rancho.

Emma se hacía su propia comida y el sábado limpiaba y compraba para toda la semana. Todo estaba limpio. Y le encantaba su casa, su vida y su soledad. Aunque no pudiera quitarse a ese

hombre de la cabeza, pero debía hacerlo. No la había respetado ni una sola vez y no lo merecía.

Pero tenía una preocupación cuando fue a primeros de abril al ginecólogo a que le recetara otras pastillas.

Le dijo que no le había venido la regla ni en febrero ni en marzo, y supo que aquella noche, la mejor de todas, se había quedado embarazada de Chris.

Ahora que estaba feliz, que su trabajo iba bien, que se había liberado y no lo veía... aunque no podía olvidarlo... Tendría un hijo para noviembre.

No podía ser más feliz por el hijo que iba a tener. Con veinticinco años, iba a ser una mamá tan joven, pero no podía ser más infeliz de tenerlo con un mal hombre, que no se merecía tener un hijo y que, además, no quería.

Tenía que pensar qué hacer. Volver a España, o quedarse en su casa y su trabajo. Allí era feliz, pero si se quedaba, él se iba a enterar de que estaba embarazada y no quería que lo supiera hasta que al menos el pequeño preguntara por su padre. Pero ahora no lo sabría, no podía soportar verlo y tener una atadura de nuevo con ese hombre...

Y cavilaba a diario qué era lo mejor que debía hacer y llegó a una conclusión.

En septiembre se iría de vacaciones a Málaga. Para esa fecha tendría siete meses, no podría ser, tendría que ser la primera que tomara vacaciones. En julio, ese mes sí podía, no se le notaría tanto.

Y en junio habló con Mattias, que ya sabía que estaba embarazada, pero no qué decisión tomaría.

—Ya se te va notando, jefa.

—He pensado una cosa.

—Dime...

—Voy a dejarte al cargo de este negocio hasta que vuelva.

—¿Cómo que hasta que vuelvas?

—Sí, voy a quedarme unos años en España.

—Pero, Emma, unos años... Tu casa, tu hijo...

—Por él lo hago.

—¿No piensas decirle que es su padre?

—No, de momento no.

—Está bien. ¿Y qué tienes pensado hacer?

—Tengo veinticinco años. Puede que venga en cinco años. Vamos a contratar un abogado laboralista que lleve mis casos y tú te ocupas de todo con él o ella. Tienes la cuenta para los ingresos y aquí tienes la orden para pagar las facturas y nóminas, y de mi casa, los impuestos. Y te ocupas de que cada seis meses me la limpien y pasas la factura a la cuenta.

»Hablaremos por *Skype*, todos los meses, a primeros, una vez que me hayas enviado por fax toda la contabilidad del mes, y a primeros de año vemos los beneficios, que quedarán en la cuenta hasta que vuelva. Quizá venga alguna vez en estos años, pero al menos, me quedaré hasta que mi pequeño entre al colegio y lo hará aquí. Quiero olvidarme de todo, pero quiero que la empresa no se cierre, a menos que no nos dé beneficios. Si alguien pregunta por mí, me he ido por problemas personales, pero vendré dentro de unos años.

—¿Estás segura, Emma? Yo me haré cargo como si la empresa fuese mía, pero...

—Sí, estoy segura, quiero que te subas mil dólares tu sueldo en la siguiente nómina. ¿Vale?

—Vale, pero no hace falta.

—Hace falta, porque vas a trabajar mucho y ser el jefe. Ya te daré el fax cuando llegue a España. Dejaré ropa de invierno y allí me compraré alguna nueva. Pero, bueno, ya te haré un

documento con las pautas y todo para que no se te olvide. Y lo primero que vamos a hacer es llamar a la agencia de empleo y contratar un abogado.

—Emma...

—Dime, Mattias.

—Mi hermano lo es y está buscando trabajo, no es por enchufarlo, pero al menos confío en él más que en cualquier otro.

—Llámalo, hombre, por Dios, Mattias, si entra tu hermano para mí mejor, confío en vosotros. Y cuando vaya a Helena a los juicios, el hotel y un bono para la gasolina, perdamos o ganemos. Y que utilice mi coche si no tiene. No lo quiero parado en el garaje.

—Está bien.

—Bueno, si lo llamas, te encargas de explicarle tú todo, mientras, voy a la cafetería de al lado y yo me encargo sola de la contabilidad.

—Ya viene.

—Estupendo, te dejo. Estos días tengo mucho trabajo, me quedan quince y tengo que dejarlo todo preparado.

—Emma —la abrazó,— me da pena que te vayas sola, con un hijo.

—Contrataré a una chica cuando llegue el momento y además tengo que pintar la casa de allí también.

—No trabajes mucho.

—Hasta luego, Mattias.

Estaba en la trastienda de la cafetería cuando vio entrar a Chris a desayunar, él no la vio a ella. No habían hablado desde febrero, ni se habían visto y no quería que la viera, a pesar de que ocultaba bien el embarazo con blusas anchas. Pero estaba terminando la contabilidad y no le quedaba más remedio que salir por la cafetería, saludar al dueño, e irse.

Y ella no le tenía miedo a nadie.

Cuando Chris la vio, se sintió nervioso. No la había olvidado, se sentía culpable ante ella, siempre le pasaba, en deuda permanente. Y la última noche que estuvieron juntos fue muy especial.

Emma pasó a su lado, estaba guapa y le brillaban los ojos, fue a la barra a decirle al dueño que ya había terminado y que a partir de ahora iría Mattias, que fuese bueno con él, que se iba de viaje a España y tardaría en volver.

Cuando se dio la vuelta, Chris se levantó del asiento.

—¡Hola, Emma!

—¡Hola, Chris! ¿Cómo te va?

—¿Quieres un café?

—No tomo café.

—Lo que quieras, te invito a comer...

—Está bien. —Se sentó frente a él, de modo que no se le notara nada el vientre. Como era bajita, toda la barriga la tenía bajo la mesa.

—¿Cómo te va?

—Muy bien, la verdad. ¿Y tu rancho?

—Estupendo, creo que tendremos buenos beneficios este año.

—Me alegro.

—Emma, quiero pedirte perdón, de verdad, me he portado contigo como un imbécil. No soy mala persona como piensas, estoy avergonzado de mi comportamiento contigo. Has sido generosa, tú no tienes la culpa de lo que ha pasado, estaba pasando por una fase de enfado con mi padre por

lo que hizo con el rancho y lo pagué contigo.

—No pasa nada, estás perdonado.

—¿De verdad? —Le cogió las manos y ella las retiró.

—Sé que no me perdonarás, porque yo no me perdono lo que te hice, lo siento tanto...

—Bueno. Ahora tienes lo que quieres, libertad y tu rancho para ti solo y tus mujeres. Te deseo de verdad todo lo mejor. Y que sea tuyo el rancho lo antes posible.

—Sí, gracias a ti lo tengo.

—No, gracias a quien te ha prestado el dinero.

—¿Te vas de viaje?

—Sí, me voy a España.

—¿Quieres que salgamos una noche cuando vuelvas?

—Tardaré en volver unos años.

—¿Unos años?

—Sí, tengo problemas familiares que tengo que resolver.

—Si no tenías familia...

—Pues tengo.

—¿Y tu empresa? ¿Y la casa que has comprado?

—Vaya, las noticias vuelan. Le he dejado encargado a Mattias que me la cuide y él se encargará del negocio, hablaremos y estaremos en contacto y volveré en unos años.

—¿No me quieres contar eso?

—No, lo siento.

—¿Ha sido por lo que te he hecho?

—En parte, pero no todo. Necesito volver y pensar. He cometido errores al venir aquí.

—No, he sido yo el que he cometido errores contigo, eres generosa y yo he sido...

—Olvidalo, de verdad, Chris. Hice lo que creí mejor para el rancho, pero me equivoqué al pedirte que te casaras conmigo.

—Está bien. No te culpes. ¿Puedo llamarte alguna vez?

—No sé para qué.

—Para saber cómo estás.

—Si te apetece, puedes hacerlo, pero creo que estarás muy ocupado.

—Emma, no me has perdonado —le dijo, mirándola a los ojos.

—No soy Dios, ahora mismo me cuesta mucho.

—Eres una buena persona.

—Lo soy, no tienes que decírmelo.

—Y eres preciosa.

Emma se levantó.

—Tengo que irme, Chris. Tengo prisa. Gracias por todo.

—Que te vaya bien, te llamaré alguna vez a España y cuando vuelvas, puedes llamarme.

—Hasta la vista, Chris, que tengas suerte y pagues el rancho.

—Adiós...

Y salió con lágrimas en los ojos de la cafetería.

—¡Maldito, maldito!, ¿ahora era buena?...

¡Dios! ¿Qué he hecho?... Se preguntaba Chris con las manos en la cara. La echaría de menos. Había tenido unos meses para pensar en todo cuanto hizo mal y estaba al tanto de ella, sabía que se había comprado una casa y que la empresa le iba bien y que todo el mundo la quería.

Se iba lejos, por su culpa, le había provocado un sufrimiento innecesario. No se lo perdonaría

nunca.

CAPÍTULO CUATRO

Había llegado a Málaga, a Torremolinos, la semana anterior. Lo primero que hizo fue contratar a una agencia que le pintaran por fuera y por dentro y limpiaran toda la casa lo antes posible.

Le lavaron todo: cortinas, tapicería y sábanas, y todo lo que hubiera. Tardaron cuatro días porque les dijo que metieran a todo el personal que fuera necesario, y el fin de semana fue a comprar un fax, y una impresora nueva, artículos para el despacho. Tiró los antiguos y viejos, y llenó de artículos el despacho de su padre para llevar su negocio desde allí.

Hizo una buena compra de comida y descansó.

No compró nada nuevo. Su casa ya era preciosa y le habían pintado todo, por fuera también, hasta algunos muebles. Compró un colchón nuevo y se cambió a la habitación de su padre. Dejó una vacía para su pequeño.

Le dejaron la piscina pintada, limpia y llena, y le arreglaron el patio. Todo.

Había sido una semana agotadora, pero una vez que sacó su ropa, colocó su despacho, la comida, y salió al centro comercial a comprarse ropa de verano, todo estaba listo y ella podía descansar, que era lo que necesitaba, más que nada y pensar, pensar en todo cuanto le había pasado.

Se sacó un seguro privado de salud y el lunes siguiente eligió una ginecóloga de una clínica privada de Torremolinos donde podría dar a luz. Y pidió cita.

Cuando le tocó ir, se enteró de que iba a tener un hijo, y que todo estaba bien, comer sano y algo de ejercicio. No necesitaba ni vitaminas siquiera.

Ya estaba lista para descansar. Cuando llegara el otoño compraría las cosas del bebé. Como nombre, y aunque no lo merecía, como iba a llevarlo de vuelta a Estados Unidos, le pondría el de su padre y su apellido. Y tendría que heredar parte de su rancho.

Christian Jones Sánchez. Ese sería su nombre, le pesara a él o no. Y hasta finales de septiembre en que empezó a hacer fresco, se dedicó a comer sano, bañarse en su piscina, pasear por la playa y bañarse en el mar, leer, ver la tele, hablar de la empresa con Mattias cada mes o dos veces al mes, y disfrutar. De su hijo y de su vientre que avanzaba imparable.

Iba a la ginecóloga todos los meses a sus revisiones y hablaba también todos los meses con Mattias, que estaba contento con su hermano y con la empresa.

Él pasaba todos los meses la contabilidad que ella guardaba en una carpeta a tal fin. La empresa iba especialmente bien.

Un informático les hizo una página web, que ella aceptó y mandaban a empresas de los pueblos cercanos, como publicidad, y obtuvieron más clientes. Fue una buena idea de Mattias y de su hermano Brandon.

La cuenta iba aumentando, pero esa, ella no la tocaba. La dejaría hasta su vuelta. De momento utilizaba la de ahorro.

En octubre, fue de compras para ella de nuevo y todo lo de su pequeño lo tenía listo en la habitación frente a la suya, pero al ser tan pequeño, lo metería en la suya al principio, al menos la cuna para dormir.

A primeros de noviembre, la ginecóloga le dijo que le quedaba una semana para el parto y contrató a Blanca, una chica de veintisiete años, casi de su edad, para estar interna, al menos el primer año, con un buen sueldo para ocuparse de su niño, luego ya verían al pasar este tiempo.

Y se quedó con ella a dormir unos días antes del parto.

Se había comprado un coche cuando llegó y le puso una sillita para bebés al comprar todo lo

del pequeño, un coche pequeño, porque el de Stevensville lo dejó en el garaje para que lo utilizaran en la empresa. Y Mattias lo sacaba de vez en cuando, y se lo dejaba al hermano para ir a Helena a los juicios, y para la empresa cuando lo necesitaban. «Que lo utilizaran para el negocio, porque un coche parado sin utilizar...», pensó Emma.

Christian Jones Sánchez nació el veinte de noviembre en un parto largo y doloroso para Emma. Tenía veinticinco años y estaba sola.

Menos mal que el dinero a veces era importante, porque Blanca era una chica maravillosa, había trabajado en una guardería unos años y sabía tratar a los bebés, más que ella, que era novata.

Le dieron cuatro puntos, pero cuando vio a su hijo, su vida cambió y sabía que ese sí era el hombre de su vida, como antes lo fue su padre.

Aunque el pequeño era igual que su padre, grande, moreno y el pelo negro como el carbón y sus ojos, grandes, y preciosos. No habría persona ahora a la que amara más desde que su padre muriera. Juró que nunca le faltaría nada a su pequeño y que sería lo más importante en su vida. Y que lo protegería con su vida si era necesario.

A los cuatro días se fue a casa con su hijo y empezó una nueva vida. Blanca fue una gran ayuda para ella, sobre todo para recuperarse del embarazo, y retomar de nuevo su vida, para llevarlo al pediatra, sacarlo de paseo, estar al tanto de sus comidas y, entre ambas, llevaban la casa las dos solas sin ayuda de nadie más, como si fueran dos hermanas.

Cada mes estaba en contacto con Mattias y le enseñaba cómo crecía el pequeño y este le decía que era igual que Chris en pequeñito, que lo veía poco por el pueblo, y que no iba con ninguna chica tampoco, al menos esos meses. Pero ella sabía que ese hombre se acostaba con chicas. Era muy sexual y no iba a pasar sin sexo.

A ella quedó en llamarla, pero no lo hizo hasta Navidad.

En Navidad recibió una llamada suya y se puso nerviosa.

—¡Hola, Emma!, quería felicitarte por Navidad.

—Gracias, Chris, lo mismo te deseo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, ¿y tú?

—Bien, también.

—¿Y el rancho?

—Estupendo. Este año hemos tenido bastantes beneficios. ¿Y tu familiar?

—Muy bien, gracias.

—¿Está enfermo?

—No, gracias a Dios, está muy sano.

—¿De verdad no quieres el veinte por ciento de los beneficios?

—No, Chris, guárdalo para pagar el rancho. No lo necesito.

—Vale, como quieras. ¿Sales con alguien?

—¿Qué pregunta es esa, Chris?

—Una cualquiera.

—De momento no salgo con nadie, no he salido con nadie, ni me he acostado con nadie más que contigo, pero ya estamos divorciados.

—Lo sé.

—Sin embargo, tú sí que te acostaste en cuanto te di carta blanca y lo seguirás haciendo, pero ese ya no es mi problema.

—Sí, lo sé, pero nunca fue como aquella última noche que no puedo olvidar y me arrepiento,

quería vengarme y...

—Bueno, no le des importancia. Está olvidado.

—¿Puedes olvidarlo? Me refiero a esa noche.

—Debo olvidarlo y seguir con mi vida, o ¿qué quieres que piense en ti mientras te acuestas con otras?

—Podrías volver, Emma, y todo sería diferente.

—No pienso volver de momento.

—¿No piensas volver nunca?

—Sí, volveré en cuatro años más o menos.

—¿Tanto? ¿Y eso?

—Es lo que tengo estipulado.

—Se te olvidará el inglés.

—No creo, mantengo contacto con Mattias todos los meses y hablo a diario. Aquí hay muchos ingleses viviendo.

—Se oye llorar un bebé. —Y Emma se puso nerviosa.

—Sí, es el hijo de una vecina. Estamos tomando café.

Debería tener cuidado con él.

—Bueno, Chris, tengo que dejarte.

—Puedes llamarme tú cuando quieras. —Pero ella nunca lo llamaría, nunca.

—Está bien, te llamaré.

—Adiós, Chris.

—Adiós, Emma. ¡Cuídate!

Vaya, la había llamado. Por educación, por remordimientos, quizá estaba arrepentido por lo que le hizo cuando ella solo intentó ayudarlo.

Pero ahora ella no podía, había sido tanta la humillación por su parte... Sin embargo, tenía a su hijo y era educada por naturaleza y no le guardaba rencor, al fin y al cabo, Emma se sentía culpable por la proposición que le hizo.

Si ella se sentía mal, él también, al tener que hacerle el amor o sexo sin gustarle. Sintió empatía por Chris en ese sentido.

Pero ya estaba todo hecho. Y ahora tenían consecuencias que los ataban de por vida. Pero ojalá cuando volviera, él tuviera una familia y otros hijos.

Ella encontraría otro hombre y podría ver a Christian cuando quisiera. No se lo iba a impedir, pero nada más, entre ellos no podía existir nada, porque siempre estaría el pasado ahí para recordarlo, al menos ella.

Quizá no encontrara un hombre tan guapo, sexual y *sexy* como Chris en la vida, pero había otros distintos si no comparaba.

De momento, la prioridad era su hijo.

Pasaban los meses y transcurrió un año, y su hijo celebró su primer cumpleaños en noviembre y en diciembre volvió a llamarla de nuevo Chris para felicitarla; tuvieron una conversación parecida a la del año anterior.

Le dijo que no salía con nadie en serio y le preguntaba a ella, como si le interesara. Sabía que se acostaba con mujeres y ella iba a empezar a hacer lo mismo, su hijo tenía ya un añito.

En enero, tras las Navidades, lo ingresó en una guardería y Blanca se ocupaba de la casa, llevar al pequeño y recogerlo. Ya no se quedaba a dormir en su casa. Era una chica joven y no

quería tenerla interna, y también por ella, necesitaba su espacio con su hijo. Ya iba siendo mayorcito.

Buscó trabajo en un bufete. Se había preparado unos meses antes y mandó *currículums* y entró en uno de Torremolinos con mucha suerte y empezó a trabajar y a vivir con su hijo y Blanca.

La vida le sonreía, a veces se acordaba de Chris, pero al estar lejos, le era más fácil olvidarlo a nivel sexual, porque recordarlo, lo recordaba, ahí estaba su hijo para que no se le olvidara.

Tenía un horario de nueve a cinco de la tarde en el bufete, con una hora para comer. A veces se llevaba comida, otras comía fuera y el pequeño salía también a las cinco de la guardería. Blanca lo bañaba, le daba la cena y se iba su casa sobre las seis.

En verano, ella le daba el mes de vacaciones que tenía ella también para disfrutar de su pequeño y, sobre todo, aprendió mucho en ese bufete; ganaba para no tocar la cuenta de ahorro de momento.

Empezó a salir con un hombre, Raúl, de treinta y dos años. No le importaba a Raúl que tuviera un hijo, pero su relación no era demasiado en serio, ni ella ni él querían algo más.

Se protegía y la primera vez que se acostó con él en casa de Raúl, no pudo menos que compararlo con Chris y salió perdiendo, a pesar de todo, pero al menos era encantador, tierno y agradable.

Pero ella ya había probado el cuerpo de ese vaquero difícil y pasional, y aunque había sido solo sexo, era difícil de olvidar, aunque nunca volvería a lo mismo.

La relación con Raúl duró dos años y su hijo cumplió para ese tiempo tres, y ese último año, antes de volver a Estados Unidos, no tuvo relaciones con nadie ni quiso.

Hablaba con Mattias y en aquel tiempo su cuenta acumulaba un saldo de más de dos millones y medio de dólares. Sus ahorros lo dejó como estaban cuando empezó a trabajar, con cincuenta millones de dólares, y el pico que utilizó al principio cuando no trabajó y empezó en el bufete, abrió otra cuenta en que ya tenía casi trescientos mil euros, de los sueldos de esos años.

Habían pasado las Navidades otro año y llegó noviembre de nuevo. Su hijo cumplió cuatro años y se despidió del bufete a finales de ese mes. Quería pasar con su hijo las Navidades antes de volver a Estados Unidos. Ya era hora de volver. Estaba preparada. Chris debía saber que tenía un hijo, aunque no lo quisiera. La había llamado todas las fiestas.

Y le encargó a Mattias pedir plaza en la guardería del pueblo para enero. Un seguro de salud para los dos y le dio los datos. Volvía tras las Navidades.

Le dio tanta pena de Blanca, que la invitó a irse con ella, pero ella no quería irse de Málaga, así que tendría que buscar allí una chica para su hijo y volver a trabajar, no despediría a nadie.

Al contrario, ya vería la forma de ampliar y montar para ella la habitación vacía de la empresa, como despacho, al fin y al cabo, tenía que revisar esos años y ponerse al día antes de empezar el trabajo y eso le llevaría unos meses.

Así que pondría en la sala un despacho para ella y lo dejaría todo tal cual estaba. Y se lo comentó a Mattias.

Le encargó que le limpiaran la casa entera y que su hermano fuese a Helena a por ella con el coche cuando llegaran. Que comprara una sillita para el coche y el resto ya lo solucionaría ella cuando llegara.

Mattias estaba muy emocionado. Iba a casarse pronto con una chica del pueblo. Su hermano salía con la secretaria Lori y ella se alegró un montón. Eran como su otra familia.

Disfrutó de las Navidades con su hijo en Málaga y ese año también la llamó Chris, pero su hijo

se puso al teléfono sin ella poderlo evitar.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¡Hola! ¿Quién eres? —le dijo en inglés Chris.

—Mamá, teléfono.

—¿Hola?

—¡Hola!, soy Chris, como todos los años, para felicitarte.

—Gracias, lo mismo te digo.

—¿Tienes un hijo?

—Sí, tengo un hijo.

—¿Te has casado?

—No, soy madre soltera.

—¿Entonces, ya no vuelves?

—Sí, estoy recogiendo las cosas, me voy el día nueve, supongo que estaré allí el once.

—¿Para quedarte?

—Sí, para quedarme en principio, me he despedido a final de noviembre del bufete para pasar aquí la Navidad con mi pequeño. Pero vuelvo. Voy a seguir con mi empresa. Va muy bien.

—Tiene mucho éxito.

—Lo sé, estoy al tanto, Chris. Y tú, ¿no tienes hijos?

—No, ninguno, ya te dije que nunca me casaría, ni tendría hijos.

—Cierto, aunque te obligué.

—Bueno, eso es el pasado y espero que me hayas perdonado todo. Te llamaré cuando vuelvas y quedamos a tomar algo. No te di las gracias por lo que hiciste con el rancho, fui un desagradecido.

—Sí, lo fuiste, pero no puedes estar eternamente pidiendo perdón por ello. Lo haces todos los años por Navidad. ¿Cómo va el rancho?

—Este año he terminado de pagarlo, hace tres meses; ahora, es mío.

—Me alegro mucho, confiaba en ti y sabía que eras una persona valiosa para el rancho.

—¿No quieres tu veinte por ciento de los beneficios?, ya sabes que puedes vivir aquí y tener el veinte por ciento.

—Gracias, pero ninguna de las dos cosas pasará, te lo agradezco. Tengo una casa al lado del trabajo, lo sabes y me viene bien llevar a mi hijo allí a la guardería. Bueno, Chris, tengo que dejarte. No me fio del pequeño y no lo veo.

—Vale, nos vemos, Emma.

—Adiós, adiós.

No pensaba llamarlo ni verlo a menos que él lo hiciera. Tenía un miedo horrible.

Había hecho un buen trabajo con el pequeño, le había contado sobre su papá, que tenía un rancho, que se llamaba como él y que iba a verlo. Eso no se lo podía quitar. No quería hijos y le iba a dar en las narices con uno exactamente igual que él. Además, era bilingüe, ella se ocupó de ello.

Cuando pasaron los Reyes Magos, recogió sus cosas, las maletas, lo imprescindible de juguetes. Ya le compraría allí lo que necesitaba, vendió el coche, tapó los muebles y se despidió de Blanca, llorando. Le dio una bonificación de dos mil euros.

Cambió de nuevo a dólares su dinero, cerró agua y luz, y echó la vista atrás a su casa preciosa, a la que volvería en vacaciones, seguro que sí...

Pidió un taxi y con dos maletas grandes, un bolso para las cosas del niño y el suyo con sus documentos y su pasaporte, puso rumbo al aeropuerto.

Cuando llegó un día después a Helena, el hermano de Mattias la esperaba. Se abrazaron, aunque a Brandon lo conocía menos. Habían hablado durante casi esos cuatro años y medio mucho sobre los casos. Metieron las maletas y al pequeño atrás, y pusieron dirección de nuevo a Stenvensville.

Le parecía mentira que hubieran pasado los años en un soplo.

—¡Estás más guapa y muy morena! E igual que cuando te fuiste —le dijo el hermano de Mattias.

—Tengo la playa al lado. Ya tengo veintinueve años, no soy una chica como cuando me fui. Ya me gustaría. ¿Cuándo se casa Mattias?

—El catorce de febrero. Ya está todo preparado.

—¡Qué romántico, por Dios!, tengo muchas ganas de verlos y a Lori, me alegro de que estés con ella, seguro que te casarás pronto tú también.

—Esperaremos un par de años o el que viene, aunque vivimos juntos.

—Me alegro por vosotros. Bueno, ¿cómo está mi empresa y mi casa?

—Estupendo, nos ha ido de maravilla. Se pintó tu casa, hace un mes de nuevo, cuando dijiste.

—Porque sois eficientes, por eso va bien mi empresa. Quiero verla y poner un despacho para mí en la sala vacía, lo pintaremos de nuevo. No os voy a despedir a ninguno, y espero que no me dejéis.

—¡Ah, gracias, estaba temblando, jefa! No te dejaremos. Estamos muy satisfechos de nuestro trabajo y nos pagas bien. —Emma se rio.

Así que, mientras hablaban, pararon a mitad de camino y cuando llegaron al pueblo, Brandon la dejó en casa.

Todo estaba cerrado. Anocheceía. Metió el coche en el garaje y la ayudó a llevar las maletas arriba, y le dejó el bolso abajo. Le entregó sus llaves y la abrazó de nuevo y al pequeño.

—Gracias, Brandon.

—Descansad. La casa está limpia, hay sábanas limpias puestas y mañana pasas por la empresa si quieres. Mi hermano tiene la documentación de la guardería para Christian.

—Gracias por todo.

—Adiós. Hasta mañana.

—¡Qué bien!, en casa ya, pequeño.

—¿Mamá, esta es nuestra casa ahora?

—Sí, cariño, ¿te gusta?

—Sí, tengo una cama grande de niño grande.

—Mañana vamos de compras a por juguetes, comida y si te gusta otra habitación...

—Me gusta esta.

—Pues te compraré una mesa en mi despacho para pintar.

—Sí, quiero mi despacho.

—Pues salimos a cenar a la cafetería y me traigo zumos y agua para la noche. Mañana salimos a desayunar y hacemos una compra lo primero, luego sacamos las maletas y también vemos tu guardería.

—¿Tengo una nueva?

—Sí, además, aquí todos los amigos que hagas hablarán inglés.

—¿En serio?

—Sí,

—¡Qué guay y veré a mi padre!

—Sí, más adelante, tengo que hablar con él antes. Venga, haz pipí, que nos vamos a cenar.

Y fueron a la cafetería. El dueño la saludó efusivamente preguntándole dónde había estado tantos años.

—En España, pero ya no me iré, salvo de vacaciones.

—Claro, mujer, te echamos de menos. ¿Y este pequeño?

—Un regalo. Es mi hijo.

—¡Hola, guapo! ¿Quieres una hamburguesa infantil?

—Sí.

—Pues te voy a poner una y un batido. ¿Y tú, guapa?

—Pues otra y cerveza sin alcohol.

Había unas cuantas personas cenando y entró por la puerta a quien aún no quería ver, al menos de momento. Tenía ya treinta y cuatro años y había cambiado, algunas arrugas alrededor de los ojos lo hacía más atractivo, pero seguía teniendo esos ojos negros y ese cuerpo imponente y *sexy*.

Cuando entró al restaurante y la vio... Se puso nervioso como un adolescente. La vio tan guapa. Era toda una mujer.

—¡Hola, Emma! —Ella se levantó y le dio dos besos, y Chris a ella.

—¡Estás muy guapa!

—Gracias, lo mismo digo.

—¿Estáis solos?

—Sí.

—Me siento con vosotros, si no te importa. Y nos ponemos al día. ¡Hola, pequeñajo!

—¡Hola!

—¿Qué vas a comer?

—Una hamburguesa infantil.

—En inglés, Christian.

Y se lo dijo en inglés.

—Le has puesto Christian como mi nombre, ¿y eso por qué?

No paraba de mirar al chico que tenía los ojos y el pelo tan negro como el suyo.

Pero el camarero lo interrumpió.

—¿Qué vas a tomar, Chris?

—Lo mismo que Emma, pero con alcohol.

—Vale. Eso está hecho.

—¿Qué edad tienes, Christian?

—He cumplido cuatro años en noviembre. Y me llamo como mi papá, que tiene un rancho. Voy a conocerlo. Vive aquí.

Y la miró a los ojos... y ella bajó la mirada.

—¿Qué?, ¿qué me miras...?

—Se llama como yo y es igualito que yo.

—Sí y ¿qué?

—¿Es mío?

—Sí, es tuyo.

—¡Maldita sea!

—Baja el tono y el volumen. No empieces. No quieras hijos ni matrimonio. Si te divorciaste de la forma en que lo hiciste, ¿crees que iba a exponer a mi hijo a que lo echaras como un perro?, ni loca. Y ya hablaremos nosotros a solas, no delante de él.

—Pero, Emma, eso es distinto. Además, tú tomabas pastillas —le dijo en tono bajo.

—No, ese mes descansé. El ginecólogo me lo sugirió, iba a mandarme otras con menos efectos secundarios.

—Y no me dijiste nada.

—No me diste tiempo, ni sabía que estaba embarazada hasta después, y no podía resistirme a ti en ese tiempo, maldito. No me di cuenta. Pero, tranquilo, sé que no quieres hijos. Tengo todo solucionado.

—¿Y tiene mi nombre?

—Sí y tu apellido, Jones.

—¿Eres mi papá? —dijo el pequeño.

—Sí, Christian, es tu papá.

—¡Qué grande! —Y Chris le sonrió.

—Tenemos mucho que hablar —le dijo a Emma.

—Tengo estos días muchas cosas que solucionar, acabo de llegar esta noche. Tengo que meterlo en la guardería, poner un despacho nuevo en la empresa, comprarle un dormitorio y juguetes nuevos y ropa, y deshacer el equipaje, comida. Necesito tiempo.

—Te lo daré, este fin de semana lo tendrás libre, pero el que viene, debemos hablar.

—Como quieras.

—Joder, Emma, es igual que yo.

—Sí, mala suerte.

—¿Te fuiste embarazada?

—Sí, de casi cinco meses. Me fui por él, y por no atarte a otra historia que no querías en ese tiempo. Y no creo que ahora quieras tampoco.

—He cambiado.

—Lo dudo. De todas formas, no me fio de ti un pelo. Me da miedo y tengo que proteger a mi hijo.

—Me lo has ocultado durante estos años.

—Seguro que te han consolado.

—¿Y a ti no?

—Sí, tuve una relación de dos años con un abogado.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Las relaciones a distancia no funcionan. Lo dejé hace un año. Teníamos nuestras normas. Como supongo que tú las tuyas, pero si estás prometido o casado, no debes preocuparte, ni aunque estés soltero, puedes verlo cuando quieras. Claro, si quieres ejercer de padre. No vamos a meter a abogados de por medio.

—Dios mío. Desde que te vi, fuiste la mujer problema.

—Y tú el más arrogante y vanidoso de los hombres, humillador y vengativo.

—¿Ese concepto tienes de mí?

—Sí, tengo lo que fuiste conmigo.

—Hablares. —Y se levantó. Fue a pagar a la barra.

Volvió a la mesa y le dijo a su hijo:

—Dame un abrazo, pequeño, papá tiene que irse, pero ya nos veremos.

Y el pequeño le dio un abrazo.

—Adiós, papá.

Y a ella se acercó y la besó en los labios, dejándola allí irritada por ese hombre que hacía lo que le daba la gana cuando quería.

CAPÍTULO CINCO

Al día siguiente, miércoles, se levantaron y pasaron por la empresa, que estaba justo al lado de casa. Allí, los abrazó a todos y estuvo un rato hablando con ellos y felicitando a Lori. Y a Mattias por su próxima boda.

Les dijo que necesitaba unos cuantos días antes de ir a trabajar. El lunes siguiente lo más probable.

Mattias le dio los documentos de la guardería de Christian que no dejaba de corretear y del seguro de salud que le había sacado.

—Bueno, me voy, vamos a desayunar y a pasar por la guardería, aún tengo muchas cosas que hacer. Quizá me pase esta semana o algún rato.

—Cuando quieras, jefa, me alegra verte de nuevo. No has cambiado nada. ¿El padre? —le preguntó Mattias

—Ya lo sabe, lo vimos ayer cenando en la cafetería y sumó dos y dos.

—¿No me digas? ¿Y cómo se lo ha tomado?

—Mejor de lo que pensaba. Algo enfadado por no saberlo, pero tenemos que hablar. Ya te contaré.

—Esperemos que todo salga bien, Emma.

—Bueno, voy a solucionar unas cuantas cosas y descanso. El lunes estoy de vuelta, aunque vendré antes a traer muebles para mi despacho, lo pondré en la sala vacía y vosotros seguís como estáis.

—Ven cuando quieras.

—¡Hasta luego!

—¡Adiós, Emma!, ¡Adiós, pequeño!

—¡Adiós!

Y bajaron a la cafetería de al lado, donde habían cenado la noche anterior y estuvieron desayunando.

Después, fueron andando hasta la guardería. Allí preguntó por los precios, pues ya tenía plaza, cuándo podía entrar, los horarios y lo que necesitaba llevar.

Le dieron una hoja con los materiales y el uniforme, y dónde podía comprarlo. El precio, según el horario y las comidas, y ella pensó que sería mejor que desayunara en casa y que luego comiera y merendara en la guardería. Y saliera a las cuatro de la tarde merendado. Entraría sobre las nueve.

Podía entrar al día siguiente. Christian ya quería quedarse cuando vio niños y juguetes, pero su madre le dijo que debían comprar los materiales y el uniforme, y eso fue lo siguiente que hicieron.

Compró todo lo necesario y una mochila para la guardería. Botitas y tres babis. La guardería le costaba seiscientos dólares con comida incluida y merienda.

Lo siguiente que hizo Emma al llegar a casa y dejar las bolsas fue llamar a la oficina de empleo para contratar a una chica joven, de ocho a cinco. Quedaron en enviarle a una chica por la tarde a las cinco, así que aprovechó para las compras que debía hacer para la guardería; en el supermercado hizo una gran compra.

Ya no haría nada más. De momento. Comieron de nuevo en la cafetería y mientras el pequeño, cansado, echaba la siesta, ella colocó la compra que hizo en la que tardaron hora y media, y Christian ya estaba agotado. Quería irse.

Sobre las cuatro y media, ya había colocado todo en su sitio, y por fin se hizo un café. El

pequeño se despertó y le dio de merendar.

Cuando la chica que iba a contratar para encargarse de su hijo, llegó, se enteró de que era prima de Lori, su secretaria, y cómo no, la contrató.

—Me alegra que seas prima de Lori, me quedo más tranquila si eres familia de ella.

Enseguida conectaron. Popy, como la llamaban, tenía veintiocho años y era una chica guapa, tenía novio y era bastante formal. Su *currículum* en cuidar pequeños era fantástico y ella le dijo lo que necesitaba.

Levantarlo, darle el desayuno y llevarlo a la guardería a las nueve, limpiar la casa, hacer la cena para los dos, colada, etc. Cuando faltase algo de comida, que se lo dejara anotado y ella lo compraba los sábados. Recogerlo a las cuatro, y bañarlo. De lunes a viernes y mil quinientos dólares mensuales. Podría estar dos años así, luego entraría al cole y ya verían.

Por supuesto, Popy aceptó y empezó al día siguiente.

Le enseñó la casa. Aún no había deshecho las maletas, pero al día siguiente las desharía y colocarían la ropa. Porque la casa estaba limpia. Así que solo tendría que planchar la ropa y hacer la cena.

Cuando Popy se fue, ella le explicó a su hijo que iba a ser su nani, como Blanca, y este se alegró.

—Vamos a comprar juguetes y ropa, cenamos y venimos pronto.

—Vale, bien.

Y esa tarde la dedicó a comprar juguetes y libros para la habitación del pequeño: una mesa, una silla, una pizarra y un estante con cajones, que eso lo llevarían al día siguiente por la mañana. Pero el material se lo llevaron ellos, cargados de peluches y juguetes pequeños; los grandes, se los llevarían también.

Después le compró ropa de invierno; allí la estación invernal duraba un tiempo más. Ya compraría para primavera. El niño era alto y crecía a pasos agigantados.

Iba cargada y llegaron a casa muertos. Lo bañó, le hizo una tortilla y cuando iba a acostarlo, le sonó el móvil. Era Chris.

—¿Hola?

—¡Hola, Emma! Qué tal, ¿qué has hecho hoy?

Y ella le explicó lo que habían hecho y que estaba ya para irse a la cama.

—Yo pagaré la guardería y el seguro de salud de mi hijo.

—Ya está pagado el seguro por un año y la guardería he pagado el primer mes y la inscripción.

—Te la pagaré. Y hablaremos de los gastos.

—Uf. —Y lo oyó reírse.

—Pónmelo un rato.

—Toma, Christian, es tu papá. Quiere hablar contigo.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, pequeñajo!, ¿cómo estás?

—Bien...

—¿Qué has hecho hoy?

Y ahí se le desató la lengua. Mientras Emma se hacía su tortilla y se la llevaba junto con una ensalada al salón.

—No seas pesado, Christian, deja ya a papá, lo vas a cansar.

—No me cansará nunca. —Oyó decirle. Había puesto el altavoz del móvil—. Oye, pequeño, ¿quieres venir al rancho este fin de semana? —Ella se puso nerviosa.

—Sí.

—¿No te dará miedo?

—Soy valiente. —Y Chris se reía.

—Bueno, si mamá te deja, te vienes el sábado. He encargado juguetes y un dormitorio para ti en el rancho.

—Sí. Mamá también me ha comprado muchos juguetes, porque no podíamos traerlos en el avión.

—No te preocupes, hijo, no vamos a cargarlos de un lado a otro cada vez que vengas. Así que, aquí tendrás, y en casa también.

—¿Puedo ir a ver los caballos?

—Claro, yo te llevaré, podemos estar los dos juntos; si mamá te deja. Tienes que pedirle permiso a ella.

—¿Mamá, me dejas ir al rancho?

—Déjame hablar con tu padre antes.

—¡Jo, quiero ir!

—¿Qué pasa, Chris, te ha entrado la paternidad de golpe?

—Vamos, Emma, déjame que me lo lleve el sábado por la mañana, quiero conocerlo. Tú lo has tenido cuatro años. Lo pasaremos bien. Prometo cuidarlo y te lo llevo el domingo por la tarde.

—Emma claudicó en parte.

—¿No sales el fin de semana?

—Prefiero pasarlo con mi hijo.

—Me da miedo, nunca me he separado de él ni un día.

—Vamos, está cerca, si le da miedo, te lo llevo en un cuarto de hora.

—Está bien, si me prometes todo eso, te lo puedes llevar.

—Te lo prometo. A la hora que sea.

—Y tendrás mucho cuidado, por favor.

—Ni se separará de mí. Ya es grande, Emma.

—Para mí es pequeño.

—Está bien. Bueno, pásamelo y le doy la noticia, nena.

—No me llames nena...

—Está bien. Nos vemos el sábado, mañana lo llamaré. Todas las noches hablaré con él.

—Toma, Christian, tu padre.

Y cuando le dijo que podía ir, que su madre le había dejado, el chico se puso loco.

Cuando colgó no dejaba de hablar del rancho y de caballos.

—Te vas a cansar, mi niño, venga a la cama. Mamá se va a duchar y aún te tengo que preparar las cosas para la guardería de mañana.

Y en cuanto se acostó, se quedó dormido. Había sido un día largo para su pequeño.

Bajó a la cocina y recogió, cerró la puerta y apagó las luces. Deshizo la maleta de su pequeño, las bolsas de ropa y la de la guardería, se la preparó con sus materiales y su nombre puesto. Y su ropita en la silla para el día siguiente.

Alguna ropa era para planchar y la bajó al cuarto de la plancha. Y tiró las etiquetas de la ropa nueva.

Sacó también la suya, e hizo lo mismo. Colocó las maletas y bolsos en los altillos. Preparó las cosas de aseo y se dio una ducha rápida, se puso el pijama y no pudo pensar más.

Cuando apareció Popy al día siguiente por la mañana, se hizo cargo del pequeño y esa mañana

ella hizo los desayunos porque no iba a trabajar. Le entregó a Popy una llave, porque iba a salir.

Le dijo que vendrían por la mañana con cosas del pequeño, que colocara los peluches y la mecedora en su habitación y el estante, la mesa, sillita y la pizarra. Harían un hueco en su despacho y las colocarían.

Necesitaba salir a comprarse ropa y un despacho nuevo para el trabajo. Que hiciera la cena que quisiera, y tenía también ropa para planchar. Y el día anterior se habían intercambiado los teléfonos por si la necesitaba e iba a llamar también a la guardería para darles el suyo. Si no volvía para tomar algo a mediodía, que ella tomara lo que quisiera.

Fue primero a comprar el despacho completo, a la librería a por materiales de oficina y se marchó al trabajo. Solo estaba Lori.

—Hola, Lori, ¿estás sola?

—Sí, han salido los dos.

—Vale, voy a esperar. Me traen los muebles para mi despacho, quiero que me busques la contabilidad de estos años que no he estado y me pases las carpetas y los *pendrives*, menos los de este año. Ya me pondré después estos meses que llevamos. Me los dejas en el despacho cuando me lo coloquen. Ya vienen.

—Bien. Voy a prepararlas.

Y en una hora tenía un despacho que daba a la calle como el de ellos, pero al otro lado, más pequeño, pero suficiente para ella. Le dejaron todo conectado y mientras, se dedicó a enmarcar sus títulos y comprar algunas plantas y objetos decorativos. Lori le había dejado en la estantería las carpetas, y en el cajón los *pendrives* con el año en cuestión.

Le echó un vistazo cuando estaba listo y le gustó. Estaba completo de todo, hasta una foto con su hijo en la gran mesa. Le conectaron internet y un teléfono fijo donde pasarles las llamadas. Colocó los cuadros y cuando acabó, Lori y ella fueron a la cafetería y la invitó a comer, mientras esta le contaba todo lo de la boda de Mattias y lo que había pasado en el pueblo esos años.

Le dijo que Chris había salido con un par de chicas, pero había cambiado mucho. Su fama de mujeriego desapareció, había trabajado mucho en el rancho. Se enteró la gente de todo lo referente al rancho de Chris, de que lo había hipotecado y que ya era suyo. Había hecho un buen trabajo. Y ahora era un buen hombre y trabajador.

—Vaya por Dios, he llegado tarde.

—¿Es suyo?

—¿Mi hijo?

—Sí.

—Sí, es suyo, Lori, por eso me fui, solo lo sabe Mattias, pero necesitaba retirarme. —Y le contó la historia.

—Yo hubiese hecho lo mismo, pero quizá haya cambiado.

—Eso parece, el padre que no quiso ser padre, ni marido, se lo quiere llevar al rancho este fin de semana.

—¡No puede ser! —dijo sonriendo.

—Así es. Se lo dejaré, es suyo y deben conocerse. Le he quitado ese derecho durante cuatro años.

—Estaría bueno que volvierais a casaros de nuevo.

—Creo que eso no será posible. Me costaría perdonarlo.

—Vamos, mujer, erais jóvenes.

—Bueno, por otra parte, no soy su tipo, ni nunca lo fui. Nunca le gusté, no hay problema. Venga, nos vamos. Voy a comprarme ropa de invierno antes de que salga el pequeño. Hemos traído

lo imprescindible. Mi despacho está precioso y quiero descansar el fin de semana si se lleva al pequeño.

—A lo mejor te invita.

—No pienso ir. Al menos, este.

—Bueno, vamos entonces. —Le dio un beso y se despidieron.

—Pasaré ya el lunes. Mañana es viernes y voy a quedarme en casa.

Se fue al centro comercial y se compró ropa, demasiada, maquillaje, perfumes y cosas de aseo, novelas y algún libro de derecho laboral nuevo. Pasó por la farmacia y compró algunas cosas que necesitaba del botiquín y en la ferretería una caja de herramientas completa. Y un par de bolsos para ir al rancho los fines de semana con su pequeño.

Cuando llegó a casa, ya estaba allí su hijo bañado y con el pijama puesto.

—¿Qué tal, pequeño?

—He hecho muchos amigos y hablan todos inglés.

—Claro, ya te lo dije.

—Ya son las seis, ¿qué tal, Popy?

—Tu hijo, un encanto. He planchado, todo está limpio y tenéis la cena en el horno.

—Gracias, cariño, vete ya.

—Hasta mañana, Emma.

—Hasta mañana, Popy, gracias.

—¿Has visto las cosas de tu despacho?, vamos a colocarlo todo —le dijo a su hijo.

Y eran las siete cuando terminaron de colocar los peluches, la mecedora, la mesa, y las cosas del despacho que le hizo tanta ilusión. Una estantería con cajones para meter sus cosas, «como la de mi mamá», decía.

Puso en la lavandería la caja de herramientas que le había servido para poner la pizarra y el botiquín, tiró lo viejo y colocó lo nuevo en el aseo.

En esas, llamó Chris y ella puso el altavoz, como el día anterior. Cerró la puerta y le dijo, voy a ducharme, te dejo con tu hijo.

—Vaya, eso...

—Habla con tu hijo —le dijo más enérgica de lo normal.

—Está bien.

—Ten cuidado, Christian, ya bajo.

Mientras se duchaba y se ponía el pijama oía hablar a padre e hijo y este le contaba cómo era Málaga, su casa y Blanca y que ahora tenía a Popy y un despacho junto al de su madre y esto le dio una idea a Chris. No iba a ser menos. Le compraría otro a él para que en el rancho pudiera hacer los deberes, o leerle cuentos, o dibujar.

Cuando bajó ella de la ducha, le dijo que lo quería.

—Yo también te quiero, papá.

Y eso le sorprendió a Emma.

—Dale el teléfono a mamá.

Y ella lo tomó y le quitó el altavoz mientras el pequeño se metía en el despacho a pintar

—Vaya, te has vuelto muy cariñoso...

—Sí, siempre lo he sido.

—¿No me digas? ¿Por amor al arte, o por obra y gracia del espíritu santo?

—No seas mala, me he reformado. Tenemos que hablar de cómo vamos a llevar el tema de Christian, los dos trabajamos, tenemos los fines de semana y estamos cerca. No quiero verlo un fin de semana sí y otro no.

—Pues ya me dirás cómo lo hacemos.

—Vente al rancho los fines de semana con él, hay dormitorios, a ti te gustaba el rancho.

—¿Quieres que te haga de cocinera?

Y él se rio, quería partírle la cara.

—No te rías, me dan ganas de darte un puñetazo, que lo sepas.

—¿Qué violenta has vuelto! Podemos pedir para llevar, mujer. También puedo ir yo un fin de semana a tu casa y venir tú otro al rancho.

—Prefiero ir al rancho.

—¿No quieres que vaya a tu casa? ¿Piensas salir con hombres?

—Por supuesto, tengo veintinueve años, ¿qué quieres?, tengo necesidades.

—Somos padres.

—¿Y qué?, eso no evita que necesite estar con un hombre.

—Puedes repetir conmigo. Ahora sería todo distinto.

—Ni me lo nombres. Nunca te he gustado y tú has dejado hace tiempo de gustarme a mí.

—Vale, vale, pero te advierto que no sería lo mismo y que nuestro pequeño querrá unos padres que se quieran.

—No seas anticuado.

—Es mi forma de pensar.

—Bueno, estoy cansada, Chris, ya veremos.

—Está bien. Te deajo. Llamo mañana viernes.

—Adiós.

—Adiós, nena.

Y colgó.

—Será tonto... Hijo, vamos a cenar.

Y esa noche, mientras su hijo dormía, ella colocó las últimas compras.

Pensó en él. Cómo se atrevía a proponerle acostarse con ella, menuda cara tenía. Y, por otro lado, no pensaba salir si quería estar con su hijo.

Ese hombre era más difícil de entender que una mula.

El viernes se dedicó a pasear por el pueblo y a desayunar fuera, se echó una siesta en el sofá, repasó los documentos y cuando Popy fue a por el pequeño, comprobó su cuenta. Estaba bien. Mantendría los ahorros y la de la empresa. Desviaría a la de ahorros al menos más de un millón y medio de la empresa, ya vería qué tenía el lunes y en la de gastos, llevaría la casa y un sueldo de cinco mil dólares que se asignaría para vivir.

Se había gastado unos miles, aunque ajustaría el despacho para la contabilidad de la empresa, tenía las facturas aparte.

A veces pensaba que tenía demasiado dinero, pero quería guardar para su hijo, la universidad, viajar ella y su pequeño, y si su hijo acababa la universidad y deseaba montar algo, tendría para él. No quería más hijos, aunque uno solo... ella era hija única y, a veces, echaba de menos un hermano o una hermana, sobrinos... Con esos pensamientos se quedó dormida esa noche.

El sábado por la mañana, se levantaron tarde y cuando desayunaban, llamaron a la puerta.

—Es papá, es papá...

—No corras, Christian y pregunta antes, no abras.

—Es papá.

—Voy.

Y cuando abrió la puerta, allí estaba ocupando todo el umbral con una sonrisa preciosa y un cuerpo *sexy* que la mataba. Le tenía rabia por mantenerse así a los treinta y cuatro años. Se quitó

el sombrero y la saludó con un beso en la cara.

—¡Hola, guapa! —Ella le echó una mirada que él ignoró.

—¿Cómo está mi pequeño? —Lo cogió en alto y se abrazaron padre e hijo.

—Te he traído un regalo.

—¿Sí?

—Sí, toma.

Y abrió la bolsa.

—Mira, mamá... Es un sombrero, como el de papá, un abrigo y unas botas iguales.

—¿Quieres que te las ponga?

—Sí.

—Arriba está su cuarto... —Ya iban camino a la parte de arriba.

—Bien. Emma, eres una... Ni mandas en tu casa —se dijo.

Se oían risas y bromas y cuando bajaron, eran idénticos.

—Mira, mamá, somos iguales. Soy igual que papá.

Ella se acercó a Cristian y le dijo bajito:

—Espero que no en todo.

—Vamos, Emma, llevas cuatro años sin perdonarme. No sé qué hacer ya.

—No puedes hacer nada.

—¿Ni un besito?

—Ni te atrevas. —Chris se rio.

La cogió por la cintura y le besó en los labios.

—Mamá, te ha besado...

—Claro, pequeño, los padres se besan.

—¿Sí?

—Sí, ya te contaré cosas de los padres.

—No lo pongas en mi contra o lo lamentarás.

—Nunca lo haría —le dijo serio—. ¿No te quieres venir entonces?

—No, voy a descansar, ya sabes, si no quiere estar por la noche, lo traes.

—Que sí, mujer. ¿Vas a salir?

—No lo sé, ¿te importa?

—Sí, me importa.

—Sería la primera vez.

—No, cuando estuviste dos años con ese español sufrí mucho.

—¡No me lo puedo creer!, anda.

—Te lo juro. Fui un idiota. Ahora podríamos estar juntos con nuestro hijo y quién sabe, con otro más.

—Si tengo otro no será contigo, eso seguro.

—Sí que lo será, dame tiempo.

—¡Estás loco!

—Creo que un poco, pero es por tu culpa, con total seguridad.

—Y me lo tengo que creer.

—No, pero ya te lo creerás.

—Ahí lleva el bolso. Gracias por los regalos.

—Es mi hijo.

—Disfrutas con ello.

—Sí, porque eso te ata a mí para toda la vida, pero quiero más.

- Chris...
- Qué...
- Nada.
- Pues nos vamos.
- Vamos, hijo, dale un beso a mamá.
- Pórtate bien, cielo, y me llamas por la noche antes de dormir.
- Sí, mamá. Me voy a ver los caballos con papá.

Cuando se quedó sola se quedó vacía. Echaba de menos a su pequeño correteando y tenía miedo de que le pasara algo. Si ocurría algo, mataría a Chris con sus propias manos.

Aún le gustaba, debía reconocerlo, se azoraba al verlo y cuando se le acercaba como antes, la cogía por la cintura y la besó en los labios, se sintió una adolescente y lo malo es que ese maldito estaba muy seguro de que le afectaba.

Recogió la cocina, hizo las camas y ordenó los dormitorios. Se puso un chándal y las zapatillas de deporte y fue una hora a andar. A la vuelta, se duchó y se quedó cómoda con el chándal. Se tumbó en el sofá y se quedó dormida por la mañana. Habían sido tantos días de estrés, viajes, compras, recogidas, problemas... Y ese vaquero difícil.

Cuando se despertó eran casi las dos de la tarde y se hizo un pescado a la plancha y una ensalada. Vio una película, y leyó el libro de derecho hasta la hora de la cena. Todo el tiempo estaba preocupada por su pequeño. No había pasado un día sola, sin él.

Sin embargo, el pequeño estaba pasándolo con su padre muy bien. Lo montó a caballo con él y lo paseó por el rancho y el pequeño iba señalando y satisfecho, todo contento y orgulloso de los caballos de su padre.

Se lo presentó a los vaqueros que había ese fin de semana como su hijo y el hijo de Emma. Nani se quedó de piedra.

- ¿Y Emma cómo está?
- Preciosa. Se ha hecho una gran mujer.
- Ahora...
- Ahora y siempre lo estuvo, pero fui un tonto desagradecido.
- Muchacho, tienes que volver a casarte con ella si no tiene un hombre.
- Eso pienso hacer, pero la cosa está que arde. No va a confiar en mí, así de fácil.
- Creo que esa mujer siempre te ha querido, no sé qué vio en ti, pero no era simplemente que le gustaras, y donde quedan cenizas...
- No sé si algún día me perdonará. Llevo más de cuatro años pidiéndole perdón.
- Tú tienes tu encanto, derróchalo.
- Qué mala eres, Nani...
- Es igual que tú. Tiene tus ojos, y tu pelo, la cara entera. No puedes decir que no es tuyo.
- Y no lo digo. Es mío. Y yo que no quería tener hijos... Es educado, es precioso, sabe dos idiomas tan pequeño y me quiere, Nani.
- Ya ves que Emma es una buena mujer. Le hablaría de ti. Y te lo ha traído.
- Sí, sabía que tenía un rancho y un papá aquí.
- Y ha vuelto para que disfrutes de tu hijo. Podía haberse quedado allí.
- Joder, Nani, ¿qué hice?...
- Se me ocurren un montón de palabras, pero ninguna buena.
- No sé por qué te quiero, Nani.

—Porque te digo las cosas en la cara. Ya eres un hombre.
—Será por eso. ¡Te quiero! —Y le dio un abrazo.
—¡Anda, meloso!
—Nos vamos a comer.
—¿Quieres que te haga algo?
—No, vamos a hacer unas hamburguesas.
—Déjame bien recogida la cocina o te las verás conmigo.
—Que sí. La limpiaré.

Después de comer, el pequeño estaba cansado, se echó en el sofá y se quedó dormido. Y él se echó en el otro y se quedó también dormido, recordando cómo le había hecho el amor a su madre hace años atrás y ahí fue concebido.

Se excitaba pensando en ella. No quería otra mujer ahora que la había visto de nuevo y que sabía que tenía a su hijo y no lo había puesto en contra suya, sino que le había hablado bien de él. Siempre estuvo por encima de él, siempre.

Era buena y generosa hasta para eso. Cualquiera otra no hubiese vuelto. Y además le había puesto su nombre y apellido, a sabiendas de que no quería tener hijos ni casarse. Pero Emma no sabía si tenía o se había casado. Pero hacía las cosas de forma tan correcta...

La última vez que tuvieron sexo y concibieron a Christian, fue tan especial que nunca había sentido nada igual con ninguna mujer ni antes de ella, ni después. Sabía y había aprendido con el tiempo que era la mujer de su vida y lo pasó mal cuando estuvo Emma saliendo dos años con un hombre... él se acostaba con algunas, pero nunca salió dos años con otra mujer. Eso debía pensar y hacía mucho tiempo. Y no sabía qué tipo de relación había tenido, si se había enamorado, cómo había terminado la relación y eso le preocupaba.

Pero ahora estaba allí y estaba encantado de tener un hijo maravilloso y eso lo unía a ella y ningún otro iba a cuidarlo ni a sustituirlo. Iría con cuidado y paciencia, pero la deseaba. Estaba tan guapa...

Siempre la había envidiado, por eso le hizo lo que le hizo, a pesar de que podía haberle hecho el amor como él sabía, como el último día, ese día nefasto y vengativo al final.

Se arrepentía y le había pedido a Emma perdón de mil formas distintas, pero ella aún se sentía humillada.

Por la noche, después de hacer los deberes, pintar y jugar con su hijo, fueron a las cuerdas a echar un vistazo y a la vuelta, se ducharon, y le puso el pijama.

Su hijo no echaba nada de menos, cenaron una tortilla y un yogurt, se lavaron los dientes y se fueron a la cama.

—Christian, vamos a llamar a mamá, ven a mi cama, campeón.
—¿Puedo dormir contigo? A veces duermo con mami.
—¿Te da miedo dormir solo?
—No, pero tienes tele, podemos ver dibujitos.
—¡Qué listo es mi hijo! Vale, llamamos a mamá y ponemos dibujitos un rato.

La llamaron por teléfono y Chris se quedó a propósito de cintura para arriba desnudo. Hicieron una videollamada.

—¡Hola, precioso!, ¿cómo has pasado el día?

Y le contó lo de los caballos, las cuerdas, y ella veía el pecho desnudo de Chris, maldito, lo hacía a propósito, sabía que era un hombre *sexy*.

—¿Y dónde estás?
—En la cama de papá.
—¿Y eso?
—Voy a dormir aquí con papá, vamos a ver dibujitos.
—¿No tienes miedo?
—No, mamá, está papá.
—Vale, dale el teléfono a papá.
—Quita el altavoz —le dijo cuando este lo cogió.
—Vale, sargenta. —Se oía reír al pequeño.
—¿Qué haces desnudo?
—No estoy desnudo, tengo puestos los *slips*, ¿quieres verlos?
—¡Cómo te odio!...
—Yo, en cambio, te deseo.
—Chris, de verdad, vamos a terminar mal tú y yo...
—¿De aquella manera?, me encantaría.
—Eres insufrible, vanidoso e irritante.
—¿Algo más? Intento ser un buen padre.
—Olvídate de mí.
—No puedo.
—Te dejo.
—¿Estás con alguien?
—Sí, tengo unos cuantos personajes en el libro. —Chris se reía.
—Tendremos que salir juntos de nuevo, pero esta vez lo haremos como se debe.
—No, ni loca saldría contigo después de lo que me hiciste.
—Sí saldrás, porque soy el padre de tu hijo.
—Me hiciste mucho daño.
—No tengas miedo, no volveré a hacértelo, nena, de verdad. Llevo cuatro años pidiéndote perdón, dame una oportunidad de nuevo y conóceme.
—Tengo sueño.
—Bueno, duerme. Mañana te lo llevo por la tarde. ¿Me invitas a cenar?
—Ya veremos.
—¡Adiós, guapa! —Y colgó.
—Mamá es guapa, ¿verdad? —le decía el pequeño.
—La mujer más guapa del mundo. —Y el niño se sintió todo orgulloso—. Y ahora, vamos a ver dibujitos.

La ponía nerviosa. Acababa de llegar y ya estaba trastocando su vida, necesitaba... una buena noche de sexo, eso necesitaba. ¡Maldito hombre, qué bueno estaba! O lo perdonaba, o iba a sufrir más si no lo hacía.

CAPÍTULO SEIS

Al día siguiente, Chris y su hijo siguieron viendo el rancho, haciendo los deberes, y vieron una película de dibujos animados. Hicieron una excursión con una mochila y comieron en el arroyo.

Su hijo lo pasó estupendamente y Chris le preguntó si había tenido algún papá en Málaga y le dijo que no.

—Papá, solo tengo un papá, que eres tú. —Y se reía.

—Cierto, solo se tiene un padre y soy yo, y te quiero. Voy a comprarte un poni.

—¿Sí?

—Sí, para que aprendas a montar, primero te llevará papá y luego irás tú solo y sabrás cabalgar y montar a caballo como tu padre. Y cuando seas mayor, te compraré uno grande y podrás ponerle nombre a los dos. Tenemos que pensar en nombres.

—¿Me dejará mamá?

—La convenceremos. Vas a ser un vaquero. No se puede ser un vaquero sin saber montar a caballo.

—Papá...

—Dime, pequeño.

—Me gusta el rancho.

—¿Quieres venir a vivir aquí?

—¿Y el cole?

—Te llevaremos todos los días. Está muy cerca.

—Sí, pero ¿y mamá?

—Tendremos que convencerla también de que se venga aquí y se case con papá.

—¿Tú la quieres?

—Sí, la quiero.

—Yo también.

A la vuelta, lo llevó a hombros y Christian no pudo ser más feliz con su padre. Era divertido, ingenioso y lo abrazaba constantemente. Jamás pensó tener hijos, pero ver uno igual que él en pequeño, lo llenaba de orgullo. Era un niño especial y adelantado, inteligente y cariñoso. Y era suyo. No quería hijos, pero tenerlo, era un milagro.

Ya tenía treinta y cuatro años, y si quería ser un padre joven... ahora parecía haberle entrado la paternidad.

Ese reloj biológico que tenían las mujeres. No quería un hijo único, pero si ya era difícil convencer a Emma de que lo perdonara y salir con él, como para pedirle otro hijo.

Duchó al pequeño, le puso el pijama y el abrigo, y le dio la cena...

—Nos vamos con tu madre, Christian.

—¿Ya?

—Claro, es tarde, no quiero que se preocupe.

—¿Puedo volver el fin de semana que viene, papá?

—Se lo preguntaremos a mamá. A ver si ella también quiere venir.

—Y le enseñaremos el rancho.

—Exacto, aunque ella ya conoce un poco, pero no como está ahora. Vamos a hacer el bolso y nos vamos.

Ya estaba anocheciendo y no habían vuelto. Emma se desesperaba porque su hijo debía ir al colegio al día siguiente. Había preparado la ropa y esperaba que hubiese hecho los deberes con su padre.

En ello estaba pensando cuando llamaron a la puerta. ¡Menos mal!

—Llegas tarde, Chris, mañana tiene colegio y además viene dormido.

—Pero ya viene cenado y duchado.

—¡Ah, bien, gracias!

—Venga, lo llevo a la cama. Coge la mochila y la ropa. Ha hecho los deberes.

—Me sorprendes.

—Me diste instrucciones y las he cumplido.

—Está bien.

Y lo acostaron en la cama, le quitaron el abrigo y las botas y dejó la mochila de los deberes al lado de la ropa del colegio. El bolso lo llevó al cuarto de lavado y puso la ropa en el cubo.

Chris se había quitado el abrigo y se sentó en el sofá.

—¿Cómo se ha portado?

—Es especial, estupendamente. Le encanta el rancho y los caballos, su habitación, todo. Quiere ir el fin de semana que viene de nuevo.

—No te lo vas a llevar todos los fines de semana. Yo trabajaré también toda la semana y quiero estar con él esos días.

—Vente al rancho.

—Tengo que hacer algunos trabajos.

—Vamos, Emma, eso lo puedes hacer en el rancho.

—Sí, puedo hacerlo.

—¿Entonces?

—Ya veremos.

—Yo me ocupo del pequeño y tú puedes utilizar el despacho el tiempo que quieras.

—Está bien, ya veremos te digo.

—Bueno, no te enfades, lo digo porque le gusta. ¿Me vas a invitar a cenar?

—No debería, pero sí, te invito.

—Gracias.

—Hay ensaladilla rusa y filetes empanados.

—Probaré esa ensaladilla del enemigo.

—Muy gracioso.

Y fue a la cocina con intención de poner la mesa. Mientras sacaba cosas y las iba colocando en la encimera para llevarlas a la mesa del comedor, Chris se levantó y se colocó detrás de ella.

—¿Qué haces?

Y la abrazó por detrás.

—Chris. No creo que...

La pegó a su cuerpo, la abrazó, bajó a su cuello y besó su piel.

—Nena, te he echado de menos estos cuatro años.

—¿Seguro? —dijo ella, casi gimiendo.

—Sé que no lo creerás, pero he sufrido mucho con lo que hice, me lo merezco, pero nunca sentí con nadie lo que contigo...

Bajó sus manos a las caderas de Emma y las subió, tocó sus pechos y ella se apoyó en ese hombre al que como no había cambiado, no podía resistirse, se elevaba como el humo con ese hombre, y Chris lo sabía.

Y sus manos entraron dentro del jersey, tocaron sus pechos desnudos y sus pezones, y se excitó como un huracán ardiendo.

—Nena, te deseo. —Tocó su sexo por encima de sus mallas, entró dentro y tocó sus pliegues húmedos, movió su centro hasta que ella deslizó su lava caliente entre sus manos.

Le dio la vuelta, la subió a su altura y la besó apasionadamente, ella se aferró a su cuello olvidando todo lo demás, Chris la cogió en brazos y la llevó al sofá. La desnudó y él también lo hizo.

Emma lo miraba con miedo, pero Chris sabía de sus temores con él y le decía palabras hermosas.

—No tengas miedo, nena. Te deseo tanto...

Y entró en ella desnudo, como siempre entró, sin preguntar a la puerta, ni llamar. No le importaba nada y Emma soltó un gemido húmedo cuando invadió su espacio y cubría sus paredes húmedas, y besándola se movía resbaladizo en su interior.

Sí que sabía cómo hacer el amor, ella fue consciente una vez y esta superaba a la de cualquier clase. Lo abrazó, porque lo necesitaba.

Necesitaba un hombre y si era el que consideró suyo siempre, mejor, por muy difícil que fuese.

Alcanzaron un clímax poderoso e inigualable y Chris se vació en ella temblando y tiritando como un duende blanco. Lo recibió como el marido que vuelve a casa tras cuatro años de ausencia.

Les costó recuperar las respiraciones.

Él se echó a un lado para no aplastarla y la atrajo a su cuerpo; ella quedó en su pecho.

Lo abrazó, sin querer moverse por si ocurría lo que en el pasado, que se levantaba y se iba.

Cuando pasó un rato, ella le dijo:

—¿No te vistes y te vas?

—No seas irónica. No pienso vestirme más.

—¿Pienzas ir desnudo por la calle con este frío?

—Tonta... No soy aquel hombre amargado que conociste. Nunca fui así. Solo fueron las circunstancias.

—No te gustaba en aquel entonces.

—Eso no era cierto. Fui tu primer hombre y eso no se olvida.

—Vamos, te acostaste con otras antes de divorciarnos.

—Con dos y no podía, porque estabas tú, nada era comparable contigo, aunque te hiciera lo que te hice, pero te deseaba. Es cierto.

—No era tu tipo, Chris.

—¿Qué tozuda eres! —Y la besó en los labios—. Fuiste mi tipo desde que fuiste mía por primera vez. Me pilló de sorpresa... Además, eras una ingenua en cuestión de hombres.

—Y ¿ahora qué?, acabo de llegar y manejas mi vida a tu antojo. —Él se reía.

—¿Qué cosas tienes! No manejo ni tu vida ni a ti, voy a manejar las vidas de todos.

—Muy gracioso tú ahora.

—¿Sabes que sufrí mucho esos dos años cuando saliste con ese tío abogado en España?

—Vaya, no me lo puedo creer. Me llamas una vez al año y estás celoso.

—Sí, estaba celoso, aunque no lo creas. ¿Lo querías?

—A mi manera.

—¿Qué manera es esa?

—Éramos amigos con derecho a roce, pero teníamos claro nuestras prioridades. No era nada serio y mi hijo era lo primero. —Y él la abrazó más fuerte contra su cuerpo.

—¿Hacía el amor mejor que yo?
—Pero ¡qué vanidoso eres! Era bueno.
—¡Maldita sea!
—Pero no era como tú.
—¡Menos mal!
—¿Y las chicas eran como yo?
—Ninguna, jamás.
—¡Qué rotundo para lo ingenua que era!
—Es la verdad, además, no tuve tantas, quería trabajar y pagar el rancho, así que trabajaba trescientos sesenta y cinco días al año para ello y todos esos días me acordaba de ti y me maldecía por haberte hecho aquello, eras generosa, buena, y...
—Y no debí ponerte aquella condición. A lo mejor, si no te la hubiese puesto...
—¿Y por qué lo hiciste?
—Porque me gustabas mucho, estabas muy bueno, y yo nunca había estado con un hombre así y pensé que lo nuestro podía ser una bonita historia, que cambiarías, y nos enamoraríamos y todo eso de una novela romántica.
—Vaya, y fui el malo de la película. Pero eso va a cambiar, preciosa. Tenemos un hijo maravilloso. —Chris se emocionó.
—No puedo creer que te emociones, Chris Jones.
—Lo siento, pero, pensar que es parte de mi sangre y como yo... Es un niño tan bueno... Has hecho un buen trabajo con nuestro pequeño, a pesar de lo joven que eras. Y sola.
—Sí, al menos lo he intentado, pero Christian es así por naturaleza, es bueno.
—Como su madre. ¿Estás tomando pastillas?
—Sí, estoy tomando pastillas, ¿por qué?
—No me importaría tener otro hijo.
—¿Cómo?, estás loco. Tuve un parto difícil y largo...
—Pero no todos son iguales.
—¿Quieres tener otro hijo?
—Sí, que no se lleve mucha diferencia con Christian. No me gustaría tener hijos únicos y tú tampoco.
—Pero... eres la leche, hombre.
—Sí, lo soy, y quiero tenerlo contigo, no digo que ya, pero cuando nos casemos.
—No vamos a casarnos.
—¿Por qué?
—Ya me casé una vez contigo.
—Pero tú querías un marido romántico que te quisiera, hijos y... un vestido blanco.
—Ahora no necesito un marido. Quiero vivir la vida.
—¿Cómo que quieres vivir la vida?
—Tengo casi treinta años, soy joven y solo quiero tener sexo con los hombres, sin complicaciones.
—No quiero que tengas otros hombres y menos sexo con ellos. Yo no pienso tener ninguna mujer más que tú.
—¿No?
—No, ni por asomo, y menos después de esto, lo hemos hecho sin protegernos.
—Eso solo lo he hecho contigo.
—Pues por eso. Si quieres sexo solo, lo tendrás, pero conmigo.

—Vaya, sin que pueda comparar.
—Ya tuviste otro y sé que me respondes.
—Está bien, si quiero tener sexo será solo contigo. Nada más te prometo eso, solo eso.
—¡Maldita sea, Emma!
—Y nos llevaremos bien por el pequeño. O eso o nada.
—Está bien, acepto. Siempre pones tú las condiciones.
—No te ato a nada. Y sigo siendo generosa.
—Está bien, si quieres solo sexo, eso tendrás, pero no vayas a pensar que voy a vestirme e irme de tu lado después.
—Vale —dijo ella irónica.
—¿Me estás tomando el pelo?
—Un poco.
—Mira que eres malvada, por un momento he llegado a creerlo.
—No sé qué vamos a hacer, Chris.
—No te preocupes, nena, yo sé qué vamos a hacer antes de la cena...

Cuando estaban cenando, medio vestidos...

—Cuéntame en realidad por qué te fuiste a España embarazada de cinco meses y sin decirme nada.

—Ya te lo he dicho alguna vez. No podía decirte que estaba embarazada, no podía quedarme, no querías hijos, me gustabas mucho en ese tiempo, eras mi primer hombre, pero me sentía tan humillada... no fue por venganza ni nada por el estilo, sino que, si me hubiese quedado, no habría podido aguantar más humillación, estaba mal y quería alejarme. Descansar con mi hijo. Estuve sin trabajar hasta que cumplió un año. Pero sí tenía intención de volver. De otra manera hubiese quitado la empresa. No me importaba que estuvieses casado o con novia o tuvieras otros hijos, este era tuyo y debías saberlo. No tenía derecho a ocultártelo.

—Pero has estado cuatro años y medio fuera.

—Lo que necesitaba, Chris... ¿Qué hubieses hecho si me hubiese quedado?, ¿casarte de nuevo?, ¿humillarme de nuevo? No hubiese podido aguantarlo. Te di carta blanca porque pensé en mi padre. Si mi padre me hubiese visto portarme como una puta...

—Pero nunca actuaste así.

—Pero me sentía así, cuando teníamos sexo y no había caricias y te vestías y te ibas.

—Lo siento, no pretendía...

—Me sentía así y por eso te di carta blanca, por los dos. No merecías que te hubiese puesto una condición y te acostarás con una mujer que no te gustaba a pesar de tu empeñamiento en seguir con la boda.

—Pero me gustabas.

—Yo aún no estoy segura de eso. Era una chica normal. Pero te juro que todo lo hice para que no perdieras tu rancho. Por nada más. Tenía el dinero de la herencia de mi padre y no quería que aquel hombre que iba a pedir un préstamo te lo quitara.

—Gracias. —Le cogió la mano y la miró con esos ojos negros que traspasaban su alma. Siento todo esto. En realidad, me gustabas, mucho, pero que me pusieran condiciones era lo que no me gustaba, además, me sentía inferior a ti y te envidiaba.

—¿Que me envidiabas?

—Sí, envidiaba tu generosidad, eras buena, inteligente, tenías y tienes una carrera, dinero, no

sabía cuánto, pero lo suficiente para comprar el rancho, montar una empresa y comprarte una casa, y yo apenas tenía poco más de trescientos mil dólares del trabajo de un vaquero. Eras superior a mí, mandona, organizadora y eso me sobrepasaba.

—Eres tonto, ¿lo sabes?

—Sí, he sido un tonto y hemos perdido mucho tiempo. Por eso quiero que nos conozcamos, por nuestro hijo, y salgamos juntos y pasemos los fines de semana con él los dos.

—Chris, ya no somos los mismos, no soy esa mujer que conociste.

—Sigues siendo esa chica guapa y buena que conocí, y entrar en tu cuerpo me mata. Y quiero que a ti te pase lo mismo.

—Eres tan difícil y contradictorio. Y terco. Ahora que vengo a descansar quieres estar conmigo, cuando yo quería, no querías tú. Eres un hombre complicado.

—Pues tienes que ceder o nos pondremos de acuerdo a los cincuenta. —Y ella rio con ganas—. Me gusta cuando te ríes, chiquita. Y cuando te hago el amor y me pongo como un adolescente tonto cuando te tengo o te miro. Dime al menos que te gusto.

—Me gustas, si no, ¿cómo iba a acostarme contigo?

—¿Te vendrás el fin de semana que viene al rancho?

—No lo sé, no sé si será buena idea, Chris.

—A nuestro pequeño le gusta. Prueba al menos un fin de semana. Puedes venirte el viernes y volver el domingo. Y si quieres puedo venir a por vosotros yo.

—Tengo coche y sé dónde está.

—Pues vente el viernes. Le diré a Nani que deje cena hecha y el sábado hacemos algo y el domingo podemos cenar en la cafetería.

—Está bien. Pero no te prometo que iré más veces.

—Eres preciosa...

Cuando acabaron de comer, Chris se vistió y la estuvo besando hasta que se cansó.

—Tengo que irme, nena, mañana madrugo y es tarde, pero te llamo mañana.

—No hace falta que llames todos los días.

—Sí, tengo que hablar con mi hijo todos los días un rato.

—Está bien. Al final no querías hijos y serás un padrazo.

—Lo intentaré. Adiós, nena, te espero el viernes en el rancho con Christian. Ya hablamos.

¿Qué había pasado? ¿De verdad había bajado la guardia con ese hombre?, aún desconfiaba de lo que pudiera hacerle, pero había tenido buen sexo, el mejor de su vida.

El mejor sexo de su vida lo había tenido siempre con ese vaquero. Era su cuerpo y sus manos, y era su piel y su olor y sabía qué le gustaba, cuándo y cómo, y eso no lo había olvidado o era muy bueno.

Con ella lo era, desde luego. Y que Dios la perdonara, pero no dejaría de hacer el amor con él. Lo que pasara después, no quería pensarlo, salvo que se lo tomaría como algo puramente sexual, así no saldría ni humillada, ni dolida de ninguna de las maneras. Si era con el padre de su hijo, pues con el padre de su hijo. Nunca había salido con nadie en el pueblo ni lo haría. Solo con Chris.

El maldito se salía con la suya y ahora, la quería a ella y a su hijo.

Quizá él tuviese razón y cuando murió su padre y su madre, estaba pasando una mala racha. Si había pasado años fuera del rancho y había vuelto hacía relativamente poco tiempo antes de que ella llegara por primera vez... Allí estaba ella que pagó el pato de que su padre estuviese a punto de perder el rancho.

Al final, Chris tenía razón, era mejor su forma de llevarlo, de hecho, había pagado la hipoteca

en tres años, estaba contento y feliz, y era debido también a su trabajo.

¡Uf! en qué lío se estaba metiendo nada más llegar... Pero hacer el amor con ese vaquero era su perdición. Había sido subir al cielo. No debía pensar demasiado.

Recogió la cocina y subió a la habitación, se lavó los dientes, fue a ver a su hijo y a dormir. Pero antes de quedarse dormida, recibió un *WhatsApp*:

«Buenas noches, princesa. Te deseo».

Estaba loco y le contestó:

«Yo no a ti».

«Malvada».

El lunes, empezó su trabajo de nuevo. Pidió a Mattias unos *pendrives* con todo lo de la empresa desde que se inició. Iba a echarle un vistazo a todo, las carpetas, menos en las que estaban trabajando para meterlo en su ordenador y trabajar duro.

También le dijo a Mattias que de momento llevara las nóminas hasta que ella se hiciera cargo una vez terminado lo que quería hacer. Y que le hiciera una a ella con cinco mil dólares mensuales. Hizo la transferencia de un millón y medio a su cuenta de ahorro y se lo dijo a Mattias para la contabilidad.

Estuvieron más de una hora hablando de la empresa, y tomaron café en el despacho nuevo, porque Brandon había ido a un juicio. Últimamente tenían bastantes y ella lo comprobaría después.

Luego hablaron de la boda de Mattias que sería en poco más de un mes y ella lo felicitó. Por supuesto estaba invitada y también Emma le contó lo de Chris. Y él le dijo que debería darle una nueva oportunidad por su hijo.

—¿Y mi casa?, con lo bonita que es...

—Me la vendes. Yo estoy de alquiler.

—Ya veremos, aún es pronto para nada. Tengo mucho miedo y quiero vivir un tiempo sola. Si le doy una oportunidad no va a ser mañana, tendrá que esperar sin prisas.

—Eso está bien. Bueno, voy a traerte la información, las carpetas y en una hora tengo que estar en el rancho Miller, precisamente. ¿Quieres ir tú?

—No, deja, tengo trabajo. Sería ir a buscarlo.

—Vale. Está bien.

—Voy a tardar un tiempo en ponerme al tanto de lo que habéis hecho estos años, así que vosotros seguiréis como si yo no estuviese.

—Tanto no, mujer.

—Bueno, más o menos habéis hecho un buen trabajo, te felicito por ello, de verdad, y vamos a trabajar juntos todos. Quizá ahora me dedique a ser jefa solamente.

—No estaría mal.

—Por el pequeño.

—¡Qué madraza eres! Es igual que Chris, no puede decir que no es suyo.

—No, si no lo dice, ahora lo llama todas las noches, se lo llevó al rancho el sábado y me lo trajo el domingo. Está encantado de la vida.

—¡No me lo puedo creer!

—Créelo.

—Quién lo ha visto. Bueno, voy a prepararte eso antes de irme.

—Salgo a desayunar, mientras. Aprovecharé.

—Vale, jefa.

—Anda, anda.

Fue a la cafetería a desayunar y cuando acabó, se quedó un rato hablando con el dueño sobre la contabilidad; estaba encantado con su empresa y le dijo que era ya hora de que volviera, que se había sorprendido mucho de que tuviese un hijo y tuvo que decirle que era de Chris, de todas formas, la gente iba a enterarse, no tenía sentido esconderlo.

Cuando volvió a la empresa, Mattias se había ido y le dejó todas las carpetas por orden en sus estanterías por clientes y aparte, los casos que había llevado Brandon. Los *pendrives* los dejó encima de la mesa. Y empezó a trabajar.

Tenía trabajo por delante. Unos meses al menos, pero dejaría a ellos trabajando a su aire. Lo estaban haciendo muy bien.

Se había renovado la página y ella aprovechó para llamar a la agencia de limpieza por si tenían pintor y una limpiadora que les pintara el fin de semana y lo dejaran limpio todo para trabajar el lunes.

Se pasaron por allí un pintor con una carta de colores y una socia de la empresa, y le dieron un presupuesto. En dos días debía estar todo limpio. Y quedaron para ese fin de semana, ella les daría las llaves; vivía al lado.

Aceptó el presupuesto. Era hora ya de darle un repaso a la parte interior y al exterior de la empresa y dejarla bonita, con los mismos colores. Hacía más de cuatro años que no se pintaba.

No les diría nada a ninguno. Se encontrarían una empresa pintada el lunes siguiente. Iría un equipo de limpieza y los pintores.

A mediodía, se acercó a su casa y se hizo un sándwich. Popy estaba haciendo la cena y estuvieron un rato charlando.

Volvió al trabajo.

Por la noche y durante toda esa semana, Chris las llamaba a ella y al pequeño. Ese hombre era distinto, se lo habían cambiado. Ahora era educado, irónico, se reía, divertido y amoroso con su hijo. Y desconfiaba. La gente no cambia así de golpe.

Cuando el fin de semana le dijo que le había gustado cuando la vio, y estuvo con ella no se lo creyó. No era el tipo que se fijaría en una persona como ella y menos tenerle envidia. Si era por el dinero, hasta podía creerlo, pero por su físico, no.

Aunque nadie sabía qué dinero tenía. Y si él lo supiera, quizá no estaría ahora detrás de ella, porque si sabía algo de Chris era que el dinero no le importaba. De hecho, había quitado la hipoteca del rancho en casi cuatro años. Era un gran trabajador y administraba muy bien el rancho. Eso lo tenía claro.

Pero lo pasó tan mal, que darle una oportunidad en el tema amoroso, se le presentaba difícil. Eso sí, las relaciones sexuales eran... Sabía que ahí era su hombre, no había otro como él, eso lo tenía claro, ni lo habría.

El viernes, cuando salió a tomar algo a mediodía, se pasó por la agencia y les dejó las llaves de la empresa, porque se iba al rancho y si tenían algún problema, que la llamaran, de todas formas, era sencillo lo que tenían que hacer. Pasaría el lunes a pagarles.

Así, el viernes, su hijo iba todo emocionado a ver a su padre al rancho, porque además Chris había convencido a su madre para que fuera y el pequeño le contaba cómo era, y ella se sorprendía, aunque ya conocía el rancho, a pesar de que Chris podía haberle hecho algo nuevo,

pero suponía que se había dedicado más a pagar que a otra cosa. De todas formas, el padre lo había reformado y estaba precioso cuando ella fue, y además ella compró un dormitorio nuevo hace cuatro años.

Estaba nerviosa cuando entró al rancho. Ya era de noche, porque tuvo que preparar los bolsos y el pequeño llevaba deberes; ella había estado toda la semana con números y solo llevaba un libro de lectura, no pensaba hacer nada, sino pasear y descansar, y si iban al pueblo a cenar o a tomar algo, con eso tenía suficiente. Además, era finales de enero y hacía aún mucho frío, con lo que se quedarían dentro de la casa.

Cuando oyó Chris el coche llegar, salió a recibirlos. El pequeño salió corriendo a los brazos de su padre que lo abrazó fuerte, le hizo cosquillas y lo montó en sus hombros, lo que encantaba al pequeño.

—Mira, mamá, soy más alto que papá.

—Que tenga cuidado al meterte en la casa, a ver si me voy a quedar sin hijo.

—Muy graciosa. —Se acercó a ella y la besó en los labios; el peque se reía.

—Sí, tu padre se ha convertido en un ser muy cariñoso.

—Lo era de antes. —Le guiñó a su hijo y este se rio.

—Mamá, los papás son buenos.

—Sí, ponte de parte de tu padre. —Chris reía.

—Te ayudo —le dijo a Emma.

—No hace falta, no pesa, llevo solo un par de bolsos y su mochila. Tiene deberes.

—¿Tienes deberes otra vez?, Ay que ver tan pequeño y le ponen deberes...

—¿Los hacemos juntos, papá?

—Pues claro, mañana los hacemos, hoy ya es tarde y has trabajado mucho en la guardería. Nos duchamos y a cenar.

—¿Vamos a ir a ver los caballos?

—En cuanto nos levantemos, luego los deberes y paseamos. O ya veremos. Mejor no hacer planes.

—Mejor no hacer planes. —Subió la mochila a su habitación, siendo tan pequeño.

—¿Dónde vas? —le dijo su madre.

—A mi habitación. Voy a dejar la mochila.

—¡Qué confianzas!

—Tú también debes tenerlas, esta casa también es tuya. En el testamento pone que puedes vivir siempre en ella. Y el veinte por ciento porque no lo quieres, pero desde este año, será para Christian. Le abriré una cartilla para él.

—Chris, no hace falta. Tengo dinero.

—Ya lo sé, tienes casa pagada, empresa que va bien, pero yo tengo lo mismo, señorita, y mi rancho es más grande que tu empresa. También es mi hijo, lo guardaré para lo que su padre no quiso hacer: estudiar.

—Como quieras, no vamos a pelearnos por lo que tenemos. Es una tontería.

—Tengo otras cosas para ti. —Se acercó a ella y la subió a su sexo para que sintiera su calor. Ella ya sentía su calor a veinte metros, y supo que estaba duro y excitado—. Te he echado de menos, pequeña. Si quisieras venirte al rancho, dormiríamos todas las noches juntos.

—¿Es que crees que voy a dormir esta noche contigo?

—Por supuesto. Tú compraste la habitación y en cuanto te fuiste, me cambié y es nuestra.

—¿Y a cuántas has traído?

—A ninguna, mi mujer me lo prohibió.

—Pero después dejaste de tener mujer.
—Pero no quise, esto era tuyo también. ¿Tú llevaste a tu casa al abogado?
—No, estaba nuestro hijo y era la casa de mi padre.
—Pues estamos a la par. Estoy tan celoso... —dijo sin soltarla.
—Podría decir lo mismo, al menos yo me acosté solo con uno y un par de veces al mes, pero tú te has acostado con unas cuantas y no me siento celosa.
—No debes sentirte, porque ha sido solo sexo.
—Como conmigo. Tú lo dejaste bien claro.
—Emma, eso fue lo que te dije, pero contigo fue distinto, solo que no quería admitirlo. Pero que fuese el primer hombre para ti, fue importante en mi vida y nunca lo había hecho sin protección tampoco. Así que no te subestimes porque eres preciosa.
—Pero si el que se subestima eres tú, a mí no me importaba que no tuvieses dinero ni carrera. Me gustabas y ni siquiera sé por qué, porque no mostrabas cualidades para eso. Eras maleducado y difícil, humillante y...
—Shhh, ahora ya no lo soy, me gustas e intento tratarte bien, pero ahora eres tú la complicada
—le dijo, apretándola a su cuerpo.
—Desconfiada, que no es lo mismo. Y no empieces.
—¿A qué?
—Ya sabes a qué...
—¿No te gusta?
—¡Qué vanidoso eres!
—¡Qué bien hueles siempre!
—¿Cambiando de conversación?
—No, loco por ti. —Y subió las manos a sus pechos.
—Chris, el pequeño...
—Está aún arriba, déjame que te toque. Me has tenido una semana a dieta.
—No te ha importado durante cuatro años.
—Quería tener el rancho libre de cargas y como sabía que volverías, quería intentarlo de nuevo. ¿No vas a darme una oportunidad?
—Tengo miedo, Chris, en serio, me echo a temblar. Llevo un año sin salir con nadie, excepto la otra noche cuando me acosté contigo y soy muy sincera. Sé que no habrá nadie en ese sentido como tú, no lo creo, pero ser una pareja de nuevo, me duele y me mareo.
—Vamos, no seas tonta. ¿Vamos a tener sexo los fines de semana y hablar un rato por las noches?
—De momento, sí, creo que es lo mejor, debes darme tiempo Chris, que vuelva a confiar en ti.
—Con una condición.
—¿Qué condición? ¿Ahora me pones tú condiciones?
—Sí, te las pongo, quiero que seas fiel, no quiero que te acuestes con otro.
—¿Cuándo voy a acostarme con otro?
—Cuando vayas a Helena, por ejemplo, hay abogados con traje, elegantes, que están a tu altura. Y Emma hizo algo que no había hecho hasta ahora desde que llegó. Lo abrazó por el cuello y lo besó en los labios.
—¿Estás celoso?
—Sí, no puedo ser un hombre fino y elegante para ti y eso me mata.
—Eres tonto...
—Lo seré.

—En primer lugar, voy a estar repasando estos años, con lo que irá Brandon a Helena. Hasta casi después del verano no volveré a llevar casos; por otro, me encanta que estés celoso.

—Ah, ¿sí? —le dijo, pegándola más a su cuerpo y besándole el cuello.

—Sí, así sufres un poquito.

—No seas bruja, dime de verdad que no te acostarás con otro.

—¿Y tú con otras?

—Ni las miraría. No quiero, quiero a la madre de mi hijo y es más que sexo.

—Está bien, haré un esfuerzo.

—¿Un esfuerzo?

Y le sonrió.

—Estás distinta. —Y la pegó a su sexo duro. Emma sintió su calor.

—Dímelo ahora.

—No lo haré, tonto, ¿cómo voy a hacer eso? ¿Quién crees que soy?

—Una muñeca preciosa y quiero que seas solo mía.

—¿Dónde está Chris?, lo han cambiado en cuatro años.

—¿Qué tonta! He pensado mucho. —Y metió su lengua en la boca y la recorrió—. ¡Ah, nena!, si no fuera por el pequeño...

—Pues ahí baja.

La soltó y fue hacia él.

—¿Te has bañado, Christian?

—No, todavía no, papá.

—¿Te baño y te pongo el pijama?

—Sí, tengo hambre.

—¡Ese es mi chico! Vamos al baño...

Y cogió los bolsos con un brazo y con otro a su pequeño y subió.

Dejó el bolso de ella en su habitación y fue a bañar al pequeño.

—Ese pijama —le dijo su hijo al salir del baño.

—Ese te ponemos. Es muy bonito.

—Sí, es de coches, como la cama.

—Pues ese.

Emma se había quitado el abrigo y miró en la cocina la cena que había dejado Nani. Espaguetis con albóndigas. Eso le gustaba a su hijo y le calentó un platito, un zumo y un yogurt de postre. Y se lo puso en la mesa de la cocina. Cuando bajaron, Chris le dijo:

—¿No quieres que cenemos aún?

—No tengo hambre todavía.

—Pues cenamos luego. La verdad es que es temprano.

—Christian duerme el viernes pronto, los días de guardería termina molido y no aguanta.

Y así fue, en cuanto acabó de comer, se echó en el sofá, y ellos se sentaron también hablando de la guardería y cuando se dieron cuenta estaba dormido.

—Yo lo subo a la cama —le dijo Chris.

—Creo que voy a darme una ducha antes de cenar. Luego me da pereza.

—Haré lo mismo —dijo, mirándola.

Cuando acostaron a su hijo:

—Le has puesto una habitación preciosa. Le encantará el coche.

—Sí, le encanta. Y en el despacho tiene un rincón para hacer los deberes.

—¿En serio?

—Sí, me dijo que tú tenías uno, no iba a ser menos.

—¡Cómo eres!

—¿Nos duchamos?

—¿Juntos?

—Si vas a dormir conmigo, boba...

Y tiró de ella. Le fue quitando la ropa y él se desnudó. Se metieron bajo el agua caliente, más ardiente sus cuerpos y él la tocaba, la enjabonaba, y la subió a su sexo tieso como un arco y entró en ella, mientras Emma se aferraba a su cuello y sus pechos se pegaban a su pecho duro. La cogía por las caderas y entraba en ella como loco.

—Nena, estoy a punto...

—No pares, Dios, Chris, no pares. —Y no paró...

Cuando recobraron las respiraciones, la bajó al suelo y la enjabonó. Le dio una toalla.

—Esto sería así todas las noches si quisieras, nena.

—No insistas. Te he pedido tiempo y sé que el sexo contigo es...

—Es que te necesito, pequeña, y no es solo por el sexo, que es magnífico. Me vas a hacer sufrir y voy a estar duro todas las noches por tu culpa.

—¡Déjate de tonterías! —le dijo riendo y saliendo del baño.

—Es cierto. —Fue abrazándola por detrás.

—Voy a buscar el pijama del bolso, déjame, tontorrón.

—Aún no. —Y le quitó la toalla. Emma se pegó a la cama y Chris la penetró desde atrás pellizcando sus pezones.

—Así me pones...

—¡Oh, Dios, Chris! ¡Madre mía!

—Sí, madre mía, nena, esto es lo máximo, Dios...

Bajaron a cenar después de que Chris lo intentara una tercera vez y ella le dijo que los harían después de comer.

—No sabía que tuvieses tanto aguante, vaquero.

—No me conoces todavía bien.

—Como siempre lo hacías una vez y te vestías...

—¿No vas a olvidarlo nunca?

—Quiero hacerlo, en serio.

—Pues cuando me conozcas no podrás moverte al día siguiente.

—No eres exagerado y vanidoso...

—Y tú, preciosa y dispuesta. No he oído que te quejes.

—Sabes que contigo nunca me he quejado y que incluso siendo virgen tuve mi primer orgasmo contigo, y eso es complicado para una chica en su primera vez.

—¿En serio te gustaba?

—Mucho, pero creo que fue una idea la que me hice de ti. Luego, me decepcioné tanto... Pero no pensemos en ello. Ahora estás diferente.

—Tú también, he conseguido que me abrases por iniciativa propia.

—Siento que seas tan irresistible para mí.

—¿No quieres que sea irresistible?

—No debería, pero no puedo evitarlo. —Y Chris le lanzó una sonrisa preciosa, de esas que encantaban a las chicas.

—No te rías.

—Eres demasiado sincera.

—¿Eso es malo?

—Depende, si alguna vez me pones los cuernos, no tardarás en decírmelo ni cinco minutos y eso me dolería en el alma. Dices lo que piensas.

—Pero no te pondré los cuernos, porque soy una mujer anticuada. Si estoy con un hombre, no hay ninguno más.

—Eso es algo que me encanta de ti. Eres auténtica.

—Vamos a recoger la mesa, ya no puedo más, ni café siquiera. Estoy muerta.

Estuvieron un rato abrazados en el sofá, en silencio, mirando el fuego eléctrico que había en el salón.

—¿Qué vamos a hacer, nena?

—Vamos a seguir así. Me vendré si quieres el fin de semana, si alguno no puedo, puedes venir a por el chico. Es mejor que yo venga, porque aquí puedes echar un vistazo a los animales. Yo no tengo que hacerlo en la empresa y si he de ir, me acerco.

—Me parece bien.

—Es demasiado en principio, sinceridad y fidelidad, es suficiente, Chris.

—Me conformo con eso de momento. Te daré el tiempo que necesitas, pero quiero que nos volvamos a casar y le demos un hermano a Chris. —Levantó la cabeza y lo miró.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Quiero casarme contigo, para toda la vida.

—¿Te has vuelto loco?

—Por ti, sí, y desde que te he visto, más aún. Seríamos felices en el rancho. No puedo dejar el rancho e irme al pueblo, si no, lo haría, pero surgen cosas, sin embargo, el pueblo está cerca y puedes llevarte al peque cuando vayas a trabajar y traerlo de vuelta, o que venga Popy. Con la casa puedes tenerla.

—Mattias me la quiere comprar.

—¿Lo ves?, véndesela y vive conmigo, esta casa es tan tuya como mía. Está en el testamento y lo sabes.

—Aún no, es pronto. Pero me lo pensaré. Si vengo a vivir, no me casaré tan pronto, quiero vivir un tiempo antes contigo y estar segura.

—Pues haremos eso, te vienes cuando decidas, pero no seas muy dura conmigo.

—Venga, nos vamos a la cama. —La cogió en brazos, apagó la luz y el fuego, y se la llevó arriba. Durmieron juntos como dijo Chris, todas las noches del fin de semana, y que fue fantástico.

Chris quería a su hijo, era un padre estupendo, y a ella estaba pegado como una lapa en cuanto el niño se dormía. ¡Qué más podía pedir! Sabía que, hacía todo cuanto estaba en su mano para recuperarla, pero necesitaba tiempo.

Tiempo para saber si era un sueño. Un sueño maravilloso del que no quería despertar.

CAPÍTULO SIETE

Lo echó de menos la noche del domingo, cuando llegaron a casa. Como el domingo anterior, el peque llegó dormido, cenado y bañado, con su pijama, y ella lo acostó; luego, bajó a por los bolsos, y dejó la ropa para lavar. Preparó su mochila y la ropa de su hijo para el día siguiente y entonces, ella se duchó, se puso el pijama y se hizo una tortilla.

Descansó un rato en el sofá antes de irse a la cama, cuando la llamó Chris.

—Pequeña...

—Qué.

—No me has llamado y quiero que lo hagas para que sepa que habéis llegado bien.

—Perdona, no me he dado cuenta, he empezado a quitar cosas de en medio y se me ha pasado.

—Bueno, te perdono.

—Gracias a Dios.

—Tonta, ¿me echas de menos?

—Sí, el peque está dormido y estoy solita.

—Porque quieres.

—Así te echo de menos.

—¡Qué tontería! Podías estar con tu vaquero, guapo y *sexy*, haciéndote el amor.

—Tú sí que eres tonto.

—El miércoles voy al pueblo, tengo que pasar por el banco, ¿desayunamos juntos?

—Me parece bien, te espero en el despacho.

—Al menos, te veré el miércoles. El viernes os venís de nuevo, porque dentro de dos semanas salimos de viaje con el ganado, vamos a vender y a comprar. Y estaré un par de semanas fuera.

—¿Un par de semanas?

—Sí, vamos lejos y hay que vender, seleccionar, traernos el ganado y hay que ir a paso de tortuga, sin parar.

—Entonces iremos.

—Ahí, sí, que os voy a echar de menos.

—Y yo también a ti.

—Bueno, guapa, te dejo descansar. Ya hablamos.

—Adiós, vaquero.

—Hasta el miércoles, princesa.

Dos semanas sin verlo le iba a costar ahora que estaba empezando a saborear su cuerpo, ¿y si se acostaba con otra?, eso debía dejarlo claro el fin de semana.

Ahora se preocupaba por dos semanas cuando había estado sin verlo cuatro años y medio, pero en esos momentos era distinto, ya no era ese vaquero difícil que conoció en el entierro de su madre, era un hombre agradable y sexual, que estaba pendiente de ella y de su hijo, y era familiar. Y por esa razón estaba confundida, feliz y confundida.

Nunca quiso casarse y tener hijos, se lo dijo hacía unos años y ahora, quería casarse dos veces, con ella de nuevo, y tener otro hijo.

Lo cierto es que ya Christian tenía cuatro años y medio, quizá dejara las pastillas y darle una sorpresa. Ella tampoco quería tener solo un hijo y si iba a tener otro, ese era el mejor momento. El fin de semana, antes de irse con el ganado.

Si iba a tener otro hijo, que fueran hermanos del mismo padre, y que no fueran hijos únicos como ellos, y ya tenía casi treinta años y él treinta y cuatro. Pues si quería otro hijo, iba a tenerlo.

Estaba loca y él también. Pero lo suyo siempre fue una locura desde que se conocieron.

Además, estaba loca por él, eso lo reconocía, no sabía si era amor, porque nunca se enamoró, o nunca reconoció ese sentimiento, la loca estaba ella con esos pensamientos. Debía tener cuidado con ese vaquero. Era tan distinto a cuando lo conoció, que por esa razón desconfiaba más. Aun así, tiró las pastillas anticonceptivas por un tiempo. Correría ese riesgo.

El lunes cuando llegaron todos a la oficina, se quedaron asombrados.

—Se nota que ha llegado la jefa —dijo Mattias.

—Sí, la jefa ha llegado —dijo ella—. ¿Qué, qué tal, os gusta?

—Como nuevo todo, la verdad es que ya le hacía falta una mano de pintura.

—¿En un fin de semana lo han hecho? —dijo Brandon.

—Exacto, tengo que ir a pagar después de desayunar, pero no quería tener a pintores aquí con nosotros.

—Lo que nos seas capaz de conseguir... —Le dijo Lori, y ella sonrió.

—Pues venga, nos ponemos en marcha, nos han dejado esto impecable y limpio. La chica de la limpieza se va a alegrar.

Y cuando salió a desayunar, se pasó a pagar y le dio la factura a Mattias para que la pasara a la contabilidad.

El miércoles, Chris pasó a buscarla para desayunar.

Cuando salieron a la calle...

—¿Has pintado todo?

—Sí, el fin de semana, se me olvidó decírtelo, lo han dejado nuevo por dentro y por fuera.

—¿Y estás en un despacho aparte?

—Soy la jefa, estoy aparte y revisando meses y meses, facturas y llevando la contabilidad que me llevará bastante tiempo y cuando esté al día, creo que tomaremos más temas de derecho, así yo llevaré la contabilidad y algunos temas, y Brandon otros. Y ayudaré con la contabilidad a Mattias. Un poco de todo. Pero ese despacho estaba vacío. Menos mal que se me ocurrió hacerlo. Ahora lo tendré para mí sola y dejaré a los hermanos donde están.

—El rancho lo llevan a la perfección.

—Es muy bueno. Mi empresa es buena. — Y sonrió satisfecha—. Mattias va a casarse en febrero, o sea ya mismo, en dos semanas. Con lo que le daré diez días para su luna de miel y llevaré en esos días lo suyo, luego, vuelvo a mi trabajo.

—¡Qué trabajadora! Anda, vamos a desayunar.

Y se sentaron en la cafetería y pidieron.

—¿Dónde vais a llevar el ganado?

—Cerca de Wyoming. Hay un rancho de criar ganado, pero antes vamos a vender el que llevamos al otro lado de Montana.

—Bueno, uno de los fines de semana tengo boda, y no hubiese podido ir al rancho.

—Pues así aprovechamos este.

—¿Tendrás cuidado? —le dijo ella.

—¿Con qué? —dijo Chris.

—Vas a estar fuera dos semanas.

—No te entiendo.

- Chicas. Conocerás a alguna de otras veces.
—Sí, claro que las conozco, a una que tiene un motel, sobre todo, y siempre quedamos allí.
—¿Y te acostaste con ella?
—Sí, cuando iba con el ganado, dos o tres veces al año. Marlene.
—Vaya, ahora sí que me quedo preocupada.
—Eso se acabó, nena. Ya no hay más mujeres que tú. Estamos juntos y tenemos esas reglas.
—Las tenemos, espero que las cumplas y no tengamos problemas.
—Estás guapa esta mañana, elegante.
—No cambies de tema, listillo.
—Es que lo estás.
—Tengo que vestir así, no voy a ir en vaqueros a la oficina, soy abogada.
—Me gusta tener a una abogada el fin de semana bajo mi cuerpo.
—¡Qué tonto eres!
—¿Estás sola en la oficina?
—Sí, solo Lori en recepción.
—Te acompañaré.
—No pensarás... ¡Chris!
—Pienso levantarte esa falda, sin hacer ruido.
—¿Estás loco?
—Sí, espera y verás.

La acompañó a la oficina y cerró la puerta.

Y como le dijo, le levantó la falda, se bajó los vaqueros y la penetró contra la pared, mientras la besaba para ahogar sus gemidos.

Cuando terminaron, le bajó la falda y se besaron.

—Estás roja y encendida, eso me gusta, nena.

—No puedo contigo.

—Ha sido erótico, ¿no pensarías que iba a venir solo a desayunar y a hablar sin probar ese cuerpito tuyo que te gastas? Me tienes encendido siempre.

—No sé qué voy a hacer contigo, siempre me convences y hago cosas que no debo.

—Te gusta, y son cosas que debes.

—Sí, tienes un pene inquieto y no puedo aguantarte. —Él se rio con ganas.

—Y tú, unos pezones perfectos.

—Calla y vete, ¿no tienes trabajo en el rancho?

—¿Me echas?

—Sí, déjame trabajar, anda.

—Está bien, dame un besito antes.

—Nuestros besos son largos.

—No lo será.

Pero lo fue y estuvieron besándose un buen rato.

—Joder, como no me vaya...

—Venga fuera.

—¡Qué mala eres!, pero el fin de semana te vas a enterar, pequeña.

Le dio un beso en los labios y lo echó del despacho. Se quedó en la puerta como una adolescente soñadora.

El viernes de esa semana llegaron al rancho de nuevo al anochecer y siguieron el mismo ritmo, que a ella le encantaba, porque le parecía romántico el tiempo que pasaban frente al fuego hablando de sus trabajos, del rancho de la empresa de su niñez, de por qué se fue del rancho a los dieciocho años. Abrazados, cuando el pequeño dormía.

—¿Por qué te fuiste del rancho?

—No quise estudiar después del instituto. Mi padre quiso que hiciera una carrera y me rebelé. Cometí un error, mi padre llevaba razón, pero yo era testarudo y quería llevar el rancho. Ha sido siempre mi vida. Mi padre aún no confiaba en mí lo suficiente.

—Eras demasiado joven para hacerte cargo de todo.

—Sí, pero aprendí desde los catorce.

—El tiempo te dio la razón, pero tuviste que aprender antes, Chris, y mírate, ahora aquí estás, sin deudas, aunque lo heredaste, lo estás haciendo muy bien. Tu padre estaría orgulloso.

—Fue por tu madre porque regresé de nuevo al rancho. Ella fue como una madre para mí y quería unirnos de nuevo.

—Tuviste suerte. Mi madre fue la tuya. Yo no tuve, salvo a mi padre, tampoco la eché de menos, aunque por lo visto, ella sí me añoraba y escribía a mi padre, fui un polvo de una noche.

—¡Mujer!

—Es cierto, se conocieron de fiesta y se quedó embarazada. Pero no se querían. Luego se enamoró de tu padre cuando fue a Torremolinos unas vacaciones.

—Se fue cuando murió mi madre. Yo era muy pequeño. Cuando me enfadé con mi padre al terminar el instituto, me fui. Cogí una mochila y busqué trabajo en un rancho a cien km de aquí. Luego, al cabo de unos años, fui capataz, hasta que el hijo del dueño del rancho volvió y se hizo cargo, y en esas mi padre me llamó y tu madre me convenció de que este era mi lugar.

—Como si presintiera algo...

—Puede ser, solo estuve meses con ellos, pero nunca supe que estaban arruinados, mi padre llevaba la contabilidad.

—Y la llevaba bien, pero no separó la casa del rancho y llevaban una vida por encima de sus posibilidades. Por eso vendí todas las joyas.

—Menos mal que te las pagué. Eran tuyas.

—No tiene importancia. Eran muy valiosas, pero solo me dieron trescientos veinticinco mil dólares creo. Me fui a venderlas al pueblo de al lado. Una estafa, pero o era eso o nada, y eso era mejor que nada.

—¿No te gustan las joyas?

—No, nunca he llevado, salvo esta cruz de oro de mi comunión. Las niñas en España, las que somos católicas, llevamos una medalla de la virgen y los niños una cruz, generalmente, pero yo quise una cruz y mi padre me la compró. Y un vestido precioso.

—¿A qué edad la hiciste?

—A los diez años y me hizo una fiesta con sus amigos, fuimos a un restaurante después de ir a la iglesia.

—¿Eres católica?

—Sí, lo soy. Chris está bautizado, de hecho.

—Tu madre también lo era e íbamos a esa iglesia del pueblo con mi padre los domingos.

—Bueno, yo soy católica, pero voy a misa en bautizos, bodas y comuniones, sepelios, o a veces, si lo necesito. —Se rio—. No suelo ir todos los domingos como se hace aquí, si perteneces a una iglesia.

—¿Y si nos casamos?

—Si nos casamos, será por la Iglesia y por el juzgado, claro.

—¿Mattias se casa por la Iglesia?

—No, él solo por el juzgado, nunca le he preguntado por su orientación religiosa. Es el sábado y necesito ropa. Iré el lunes o el martes a comprarme un vestido bonito. ¿Es que no quieres casarte por la Iglesia?

—Quiero casarme contigo, por lo que sea, no me importa.

—Se está bien aquí al lado del fuego.

—Se está muy bien, nena, y ese pijamilla me está poniendo duro, tienes los pezones duros. —Y metió la mano entre su pijama y la desnudó; él también se quitó el suyo, y frente al fuego, hicieron el amor. Chris fue amoroso y romántico. Entrelazó sus manos y la poseyó despacio y lento, en silencio, y volaron libres por los caminos que solo ellos conocían, hasta explotar en su cuerpo.

Luego, la abrazó y la besó hasta retirarse a un lado.

—Eres un romántico cuando quieres —le susurró ella.

—¿No te ha gustado?

—Me gustan todas las formas en que me haces el amor.

Y antes de subir a la habitación, ella bajó a su miembro y lo amó con la boca, mientras Chris se estremecía y gemía ante ella como un vaquero desarmado.

—No sabes lo que me haces, preciosa.

La tomó en brazos y se fueron arriba, y él la amó a ella de la misma manera y sin darle tregua cuando tuvo su primer orgasmo. La penetró caliente y aullando como un lobo, buscando su propia necesidad.

Ese fin de semana a ella le pareció distinto. Hicieron el amor más que otros que estuvo; más unidos, más espiritual. Y fue una sensación hermosa que lo unió más a él.

El martes salía de viaje Chris con el ganado y no volvería en quince días, pero la llamaría todas las noches, o ella o su hijo, que se había aprendido el teléfono de su padre de memoria.

Emma se sintió triste el martes cuando se fue. No supo por qué, ¿se estaría enamorando de él?, no solo tenían sexo, hablaban de muchos temas y no era ningún ignorante. Se llevaban bastante bien y tenían gustos parecidos y formas de ver la vida de forma similar.

Por la tarde, salió para comprarse la ropa de la boda. Y le dijo a Mattias que ya no viniera hasta diez días después de la boda. Se merecía unas vacaciones pagadas.

El martes por la mañana le estuvo explicando todo cuanto llevaba y su agenda, y se cambió al despacho con Brandon para llevar los temas de Mattias, y este le dio las gracias.

Por la tarde, a la hora de la comida, se compró la ropa y llamó a Popy porque iba a llegar más tarde esos días hasta que volviera Mattias de su luna de miel, para ver si podía quedarse unas horas más.

Ya le había comunicado que esos quince días, le pagaría más también y por la boda de Mattias tendría que quedarse más tarde ese día, y no puso objeciones; además, el sábado tendría que quedarse a dormir porque no sabía a qué hora regresaría de la boda.

Le iba a pagar bien, así que estuvo de acuerdo, lo prefería a meter a otra chica distinta.

Se compró un vestido rosa palo largo precioso, con unos zapatos y un bolso a juego, su abrigo nuevo negro que tenía, y sus guantes, medias y cómo no, le daría diez mil dólares de regalo, porque se lo merecía.

Chris la llamaba todas las noches y ella cuando llegaba el momento se sentía feliz y nerviosa como una jovencita. Dejaba a su hijo hablar primero con el padre y luego quitaba el altavoz y hablaban ellos. La echaba de menos y ella también.

—¿Qué te has comprado para la boda?

—Te lo envió en una foto.
—Vale, me gustaría ver eso.
Y le dijo que era precioso.

La boda de Mattias fue preciosa, acudieron casi todos los clientes que tenían en la empresa, los amigos, familiares. Estuvo romántica y maravillosa. Y cuando ella le dio su regalo, él le dijo que estaba loca.

—Menos de lo que mereces.
—Gracias, jefa. —Y le dio un abrazo—. Ya sabes que quiero tu casa.
—Ya lo pensaré. Cuando vuelvas de tu luna de miel hablamos.
—Tendré que quedarme de alquiler toda la vida. —Ella rio.

Abrazó a la novia que iba preciosa y la felicitó. Y luego estuvo comiendo con algunos clientes, bailando con ellos hasta las tres de la mañana, hasta que se fue a casa. Iba cansada, pero todo había salido perfecto. Ella quería una boda así.

Las siguientes dos semanas se quedaba con Brando en el despacho mientras este preparaba los casos y su hermano estaba de vacaciones. Ella salía para llevarle la contabilidad con los clientes y Brando tuvo que ir miércoles y jueves a Helena.

Aún tenía que estar un fin de semana sin Chris y lo echaba tanto de menos..., hasta su hijo preguntaba los fines de semana y quería irse al rancho.

—Papá está de viaje buscando caballos nuevos. Cuando venga, iremos al rancho.
—Jo, tarda mucho.
—Debes tener paciencia, queda un fin de semana, el siguiente ya iremos.

El sábado siguiente, cuando faltaban unos días para que volviera Chris, estaba cenando y el pequeño llamó al padre, poniendo el altavoz. Era tremendo.

—Espera que papá llame, qué impaciente, eres como tu padre.
Y el teléfono sonó. Se puso una mujer.

—¿Hola?
—Hola, ¿y mi papá dónde está? —preguntó inocente.
—Tu papá se está duchando, ¿quieres hablar con él?
—Sí.

—Chris. —Oyó llamar a la mujer y se iba encendiendo conforme transcurría la conversación, pero dejó el altavoz puesto—. Es tu hijo.

—¿Qué haces aquí? —Oyó decir a Chris.
Pero ella colgó con lágrimas en los ojos.

¡Maldito sea!, tenían un pacto y encima ella había dejado las pastillas. Si se quedaba embarazada lo mataría y lo echaría a los caballos descuartizado. Sí que había oído decir: «¿Qué haces aquí?», pero eso no tenía importancia. Estaba con esa chica. Maldito hijo de puta...

Al segundo, sonó el teléfono y lo cogió su hijo.

—¡Hola, pequeño!, ¿cómo estás?
—Bien, papi.

Y en su ingenuidad estuvo charlando con su padre hasta que este le dijo que se pusiera la madre. Ella se puso para mandarlo a Canadá.

—¿Qué quieres?
—Pequeña...
—Ni pequeña ni nada, estaba en la habitación.

—Pero entró sin invitación.

—¿No cierras las puertas?

—Es la dueña del motel, ya sabes lo que te conté, creía que iba a ser como siempre. No me dio tiempo de hablar con ella antes.

—¡Maldito seas, Chris!, tenemos un acuerdo.

—Y no me he acostado con ella, nena, te lo juro por nuestro hijo.

—No confiaba en ti y ahora menos.

—¡Maldita sea, Emma!, no he hecho nada. Estaba duchándome cuando entró y la he echado, ¡joder!

—No te creo.

—Emma, Emma, no...

Emma colgó.

—¡Joder, maldita sea! —dijo Chris—. Esto es... ¡No me lo puedo creer!

La llamó dos veces más, pero no le contestó. Sabía que hasta que no llegara, no iba a poder hablar con ella ni le cogería el teléfono. ¡Se podía tener más mala suerte!...

Y así fue, no le volvió a coger el teléfono para desesperación de Chris. Llamaba todas las noches seis o siete veces y no podía ni hablar con su hijo.

Gracias que solo quedaban cuatro días; estaban de vuelta y en cuanto dejara el ganado listo y las facturas en el despacho, la primera noche iría a verlos si llegaba con tiempo, si no, tendría que esperar al día siguiente.

Estaba cabreado, maldita mujer... Claro que siempre había hecho igual y tampoco tenía culpa, se había acostado con ella cada vez que había ido a por ganado, a comprar o a vender, y Marlene no sabía nada. Hasta que se lo explicó.

Ni tampoco sabía Marlene que tenía un hijo y estaba saliendo con la madre de su hijo. Tuvo que darle explicaciones y a él no le gustaba darlas, pero por las veces que habían estado juntos, se las dio.

Marlene sintió haber estropeado la situación, pero al no saber nada, le pidió disculpas. No tenían relación alguna, solo se acostaban cuando iba.

Sin embargo, Emma estaba muy enfadada y que Chris estuviera en la ducha y hubiese una mujer en la habitación, por mucho que le explicara, a pesar de lo que había oído decirle Chris a ella, la ponía tremendamente celosa.

Aun sabiendo que no podía haber tenido nada, la desconfianza le podía y decidió no contestarle hasta hablar con él. Quería creer lo que le dijo y, por otro lado, tenía muchas dudas. Ese hombre iba a acabar con ella. Tenía la facilidad de enfadarla y ya no era una niña.

Le dolía porque estaba enamorada de él. Se dio cuenta de ello. Estaba furiosa, enfadada, y si le había sido infiel, era algo que no podía perdonar. Se sentía imbécil con ella misma. Tendría que esperar y que la convenciera de que no había sido infiel.

Chris volvió el jueves de madrugada casi, pero estuvieron trabajando toda la noche metiendo el ganado. Cuando acabó eran las seis de la mañana. Necesitaba una buena ducha. Le dejó a Nani la ropa que traía y esta le puso las coladas mientras se duchaba y tomaba un buen desayuno que le hizo.

—Nani, voy a acostarme, estoy cansado.

—Duerme, hijo, que debes estar agotado.

—Estoy muerto. Intentaré que vengan esta noche Emma y mi hijo.

—Os dejo entonces cena preparada.

—Gracias, Nani. Ahora subo a la cama.

Antes de quedarse dormido, le envió un mensaje a Emma diciéndole que lo esperara por la noche con su hijo, que había llegado de madrugada e iba a acostarse, pero los quería en el rancho el fin de semana y debían hablar.

Cuando Emma recibió el mensaje quiso enviarle uno y mandarlo al carajo, pero lo pensó mejor. Su hijo estaba deseando ir al rancho, ver al padre y ellos necesitaban hablar, así que no le contestó. Sabía que él no esperaba respuesta, si no que fueran al rancho.

Cuando llegó a casa del trabajo, su hijo se puso contentísimo, le dijo que iban al rancho, ya que su padre había vuelto, y preparó su bolso.

—No corras, la mochila tienes que llevarla. Que no se te olvide nada.

—Mamá, corre, prepara tu bolso, que llegamos tarde.

—No tengas prisa, tenemos tiempo.

Y cuando estuvieron listos y Popy se había marchado, se fueron al rancho.

Christian iba parlanchín, hablando de su padre por los codos. Lo adoraba, y eso ella no podía quitárselo. Era su padre y lo idolatraba. Habían tenido una conexión de amor mutua. Y de eso no se podía quejar, a pesar de haberse visto poco tiempo. Apenas llevaban dos meses de vuelta en los Estados Unidos.

Y allí estaban, a las puertas del rancho. Las luces de la casa se divisaban a lo lejos, aun con el frío de finales de febrero, estaba precioso. Era un remanso de paz.

Ella cargaba las pilas y recobraba energía, porque daba paseos por las mañanas con el sol, comían juntos, su hijo pasaba momentos a solas con su padre y ella aprovechaba las siestas y las noches que eran maravillosas e inimaginables después de años sin verlo.

CAPÍTULO OCHO

Cuando llegó al rancho, y Chris sintió el coche, fue a abrir la puerta. No estaba seguro de que irían. Y pensó que, si llegada una hora prudencial no aparecían, iría él al pueblo, pero allí estaban. No hacía falta.

Emma aparcó el coche donde siempre, y enseguida salió su hijo corriendo hacia su padre

—Papá, papá, has vuelto.

Y Chris lo levantó en alto, lo abrazó y besó.

—Has crecido mucho, estás más alto.

—¿De verdad, papá?

—De verdad de la buena. En dos semanas has crecido, ¿has comido bien?

—Sí y me he portado muy bien, ¿verdad, mamá?

—Verdad, has sido un niño muy bueno.

Y el pequeño se sentía orgulloso.

—Pues eso merece un par de regalos.

—¿Me has traído un regalo?

—Claro, un poni de verdad, que está en los establos, con su montura y su casco. Mañana vas a montarlo.

—Mamá, tengo un poni, tengo un poni. —Emma se reía porque estaba acelerado.

—Mira, esta es la foto. —Y se la enseñó en el móvil.

—¡Qué bonito! Mira, mamá, mi poni.

Ella miró a Chris y al móvil.

—Es precioso, me encanta. Ahora tienes que ponerle nombre.

—Tengo que pensarlo.

—Lo pensaremos —le dijo el padre—, y ahora, entra en casa. Hay otro regalo.

—¿Otro?

—Sí.

Y entró corriendo.

—¿Entramos? —le dijo Chris—. Hace mucho frío aquí fuera.

Entraron en la casa. Él tomó los bolsos y ella llevaba la mochila.

—¿Estás enfadada?

—Ya hablaremos.

—Pequeña...

—Hablaremos —dijo con firmeza, pasando delante.

—Como quieras.

—Mira, mamá, una funda de vaquero con pistolas. Ahora sí soy un vaquero como papá.

—Tu padre se ha pasado comprándote cosas.

—Sí, pero no he podido resistirme.

—Primero vamos al baño, te pones el pijama y las fundas, mientras mamá te prepara la cena.

Cuando bajaron, ella le tenía lista la cena al pequeño, puesta en la mesa. Pollo con patatas y verduras, y un plátano.

Y cuando cenó estuvo un rato jugando con las pistolas y ellos se sentaron en el sofá.

—¿Cómo estuvo la boda? —le preguntó Chris, porque no quería hablar delante de su hijo.

—Maravillosa, la verdad. Estuvo perfecta y romántica, y la comida y el baile también.

—¿Bailaste mucho?

—Que me preguntes eso tú...

—Ya hablaremos después cuando el pequeño se duerma.

—Pues sí, bailé con todo el mundo que me lo pidió, clientes, el novio...

—Ya ha caído —le dijo, refiriéndose al pequeño que se había quedado dormido—. Voy a acostarlo. ¿No vienes a ducharte hoy?

—Prefiero hacerlo después.

—Está bien, luego subimos los bolsos.

Emma se quedó sentada, mientras Chris llevaba al pequeño a la cama, lo tapó y bajó al salón de nuevo. Se sentó a su lado.

—Vamos a ver, ¿qué pasa, pequeña?

—Tú lo sabes bien, había una mujer en tu habitación, ¿era Marlene?

—Sí, lo era, ya te conté que cada vez que iba con el ganado teníamos sexo, dos o tres veces al año. Por eso entró en mi habitación, es la dueña de un motel donde paramos siempre. Y tiene las llaves.

—¿No le habías dicho nada de nosotros?

—No, nena, no se me ocurrió, no me comunico con ella y he tenido bastante trabajo. Cuando entró, yo estaba en el baño, salí con la toalla y no me vio nada. Se sorprendió que le dijera que qué hacía allí.

—Eso lo oí.

—Pues entonces, le conté lo nuestro, lo entendió y además no sabía que tenía un hijo. Y se fue, no hubo más.

—Eso no lo sé.

—Lo sabes porque te estuve llamando y ya no me has cogido el teléfono, me has hecho sufrir y estoy enfadado contigo.

—¿Que tú estás enfadado conmigo?

—No he hecho nada con nadie. He sido fiel.

Y hubo un silencio entre ellos. Emma se mantuvo seria, él la miraba y se acercó a ella, la abrazó.

—Vamos, tonta, no he hecho nada malo, si todas las noches te he llamado, te quiero, lo sabes. No te lo he dicho antes, pero te quiero. No quiero a otra mujer.

—¿Me quieres?

—Sí, mírame, te quiero, no debería sorprenderte, Emma. No tengo tiempo para juegos, tengo una cierta edad, un hijo, tú, que estoy loco por ti y no me quieres y tengo que luchar por ti, por el rancho...

—¿En serio no has hecho nada?

—En serio, bonita. Ven aquí... —Y la besó apasionadamente. La vio llorar—. Por favor, vamos, chiquita, no llores, te juro por nuestro hijo que te he sido fiel. —Besó sus lágrimas.

—Es que lo he pasado tan mal...

—Tan mal como yo, así que deja de llorar. ¿Por qué quieres ser infeliz?, si tenemos todo para ser dichosos.

—Lo siento, no suelo ser tan llorona.

—Lo dudo, has estado sola mucho tiempo.

—¡Ay, Chris! —Y lo abrazó por el cuello. Él la abrazó fuerte.

—Te quiero, preciosa, venga, nos vamos a duchar y cenamos. La semana ha sido muy larga.

—Sí.

Y subieron como siempre. Se bañaron y Chris no intentó nada, solo la acarició y la secó. Dejó

que se pusiera el pijama.

Emma quería que le hubiese hecho el amor, lo deseaba con todas sus fuerzas.

Cenaron tranquilos y estuvieron un rato en el sofá abrazados. A veces en silencio y otras, Chris le contó cómo llevaban el ganado, cuándo había llegado, le preguntó cómo se había portado el chico esa semana... Hasta que le dijo que se fueran a la cama.

Se desnudaron como siempre y él la abrazó, pero no hizo amago de hacer nada, solo abrazarla y besarla, pero ella quería hacer el amor, lo necesitaba y tocó su miembro, que empezaba a crecer sin poderlo evitar.

—Nena, no pretendía hacer nada esta noche, solo abrazarnos, pero si me sigues tocando así tras dos semanas de ausencia, no podré aguantarte.

—Te necesito...

—Eso es un avance para mí. Que seas quien me lo pida, me alegra y me pone más duro.

Y no necesitó más que ponérsela encima y entrar en ella duro como estaba. E hicieron el amor con más pasión de la que lo habían hecho antes.

—Dios, nena... Te quiero, pequeña. Te amo.

A ella le costaba decirle esas palabras, quería estar segura y Chris supo que necesitaba más tiempo, pero a él no le importaba decírselas.

Explotaron en un clímax caliente y ella se quedó encima de él besándolo, abrazándolo y mirando sus grandes ojos negros, esos que la mataban.

—¿Qué pasa, pequeña?, ¿por qué me miras?

—Nada, eres tan guapo y *sexy*... —Chris se echó a reír.

—Y tú, tan tonta e ingenua. ¡Ah, mi pequeña!, qué voy a hacer contigo. Me has causado problemas desde que llegaste a este rancho.

—¿No será al contrario?

—No, y no me roces tanto los pechos, loca... —la abrazaba y acariciaba—. No me quieres, simplemente te gusto y te encanta el sexo conmigo.

—No es simplemente eso.

—¿Entonces?

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Ahora lo sé.

—¿En serio? —le dijo, besándola.

—Sí, pero fuiste tan imbécil... no sé por qué.

—¿Y qué ha cambiado en ti?

—Nada. Al contrario, me voy a España, vuelvo, y eres otro distinto.

—Entonces, ¿me quieres distinto?

—Sí, te quiero, pero...

—Nada de peros, bonita. —La besó y la puso bajo su cuerpo. Entró de nuevo en ella.

—Dime que me quieres, pequeña —le dijo, mientras entraba en ella.

—Te quiero —le soltó, mientras gemía.

—Otra vez, oh, Dios...

—Te amo, vaquero difícil.

—No soy difícil —susurró en su boca.

—¡Ah, madre mía, Chris!, oh, Dios...

Y tuvo un orgasmo sin poder remediarlo, pero Chris siguió hasta que le arrancó otro, y entonces dejó su semen en su interior.

—¡Ay, loco, loco!

—Te quiero, te quiero, nena. Y vas a vivir conmigo, y le venderás la casa a Mattias, necesita

una.

—Estás loco, sin duda ninguna.

—Sí, pero loco por ti, quiero pasar todas las noches contigo en el rancho. No tenemos problemas, estamos con nuestro hijo, nos queremos, ¿por qué vivir separados? Nos casaremos.

—Para casarnos vamos a esperar un tiempo.

—Bueno, pues me da igual, esperaremos, pero venirme, te vienes. Cristian es feliz aquí.

—Tengo que preguntarle a Popy.

—Le pagaremos un poco más, eso no es problema y si no puede, contrataremos a otra.

—Está bien, hablaré con ella el lunes. Tu hijo se va a poner contento.

—¿Cuándo vuelve Mattias?

—Hasta el siguiente lunes no se incorpora al trabajo, le di dos semanas pagadas para su luna de miel.

—¡Qué buena eres!

—Se lo merece, ha cuidado la empresa como si fuese yo, durante cuatro años.

—Es cierto.

—Espero ponerme al día antes de las vacaciones de verano. Y llevar ya algunos casos. La parte de derecho también ha crecido y Brando está todas las semanas en Helena.

—Yo no quiero que te vayas.

—Tendré que irme alguna vez, aunque procuraré que sea Brando quien se ocupe y yo llevaré la contabilidad de la empresa, las nóminas, y ayudar a unos y a otros.

—Eso me gusta, que no trabajes tanto y, sobre todo, que no viajes demasiado.

—Tendré que hacerlo, guapo. Me gusta mi trabajo, Chris. Y tengo que decirte algo, no quiero mentirte.

—Dime, pequeña.

—¿Recuerdas cuando me dijiste y cuando me dices que quieres otro hijo?

—Claro, y lo quiero, que no se lleve mucho con Christian.

—Pues el fin de semana antes de irte, dejé las pastillas, así que estos dos fines de semana no estoy tomando nada.

—¿De verdad?

—Sí, quería quedarme embarazada y darte una sorpresa, pero cuando oí la voz de esa mujer... Quise matarte.

—¡Qué boba!, me gustaría verte embarazada y esta vez no te irás a España.

—Bueno, tendré que dar de vez en cuando una vuelta a mi casa.

—¿No quieres venderla?

—No, me da pena, quiero ir allí en vacaciones, al menos algunas veces.

—Iremos. Pero tendrás que pensar que es una casa cerrada once meses al año, pequeña, si piensas quedarte aquí. Si quieres ir a España una vez al año, puedes o podemos alquilar una casa o quedarnos en un hotel, ¿no crees?

—Tienes razón, si no la vendo, se caerá a pedazos. Una casa debe estar habitada. Lo pensaré cuando vayamos. ¿Vendrás conmigo?

—Sí, iré a tu casa. Iremos el año que viene.

—¿Y si tenemos un bebé?

—Lo llevaremos, aunque tenga unos meses, o los dejaremos aquí, ya veremos. Si los llevamos, los bañaremos en la playa. ¿No está tu casa frente a la playa?

—Sí. Es preciosa. La dejé pintada, te encantará el sitio.

—Me tomaré unas vacaciones, no he tenido nunca.

—Pues dejarás un encargado e iremos un mes, y nos acercamos a los sitios cercanos de Andalucía.

—¿No será mucho viaje para los pequeños?

—Intentaré dar con Blanca y que se quede con ellos o con Christian, quizá no pueda tener otro...

—Lo tendremos, estoy seguro.

—No sé por qué ahora quieres tener hijos.

—Tengo un rancho y debo dejar mi herencia. Hay que ahorrar para las universidades, las vacaciones...

—Yo tengo, no te preocupes, pero debemos hablar de pagarte algo si me vengo al rancho.

—No vais a pagar nada, Emma, tú has pagado casi cinco años de la vida de mi hijo, y ahora no vas a pagar nada.

—Pondré algo para los seguros, la ropa y demás.

—Te digo que no, que no quiero, nena.

—¿Tú tienes una cuenta separada de la del rancho, no?

—Sí.

—Y tienes un sueldo de cinco mil dólares mensuales, lo sé por las nóminas.

—Sí, también, estás muy enterada.

—Me dejas la contabilidad, guapo.

—Bueno, ¿y qué con eso?

—¿Cuánto tienes?

—¿Quieres saber mis finanzas?

—Sí, quiero saberlo.

—¿Para qué?, ¿para ver si soy un buen partido? No tengo mucho en mi cuenta particular porque quise pagar el rancho. En la del rancho sí hay dinero, pero no quiero tocarlo, ahí meto todos los gastos de la casa, comida y nóminas, gastos...

—Sí, lo sé.

—Bueno, tengo unos cuarenta mil dólares. Meto casi todo lo que gano.

—Pues podemos hacer una cuenta conjunta ahí y pagar los seguros y la ropa, si salimos, las vacaciones, la guardería...

—Bueno, eso no estaría mal.

—Pues lo hacemos, la ponemos a nombre de los dos, meto lo que tú tengas e ingresamos todos los meses nuestros sueldos que son idénticos.

—¿Tú ganas cinco mil dólares?

—Sí.

—Bueno, accedo a eso, pero los gastos de la casa y comida, van por cuenta del rancho.

—Está bien. Pero el resto para los dos, además, tenemos una casa en España que, si la vendo, un rancho, una empresa, y yo tengo dinero ahorrado de mi padre por si lo necesitamos en un futuro y si vendo la casa de aquí.

—Ese dinero de las casas, lo guardas para ti, es tuyo.

—Está bien, tendré tres cuentas. Es una locura esto.

—Lo es, pero una locura maravillosa que estéis aquí.

—Estoy pensando que si vendo las casas podemos ampliar el rancho, quiero decir, comprar más caballos, si quieres.

—¿Estás loca, mujer?

—¿Por qué no? ¿No quieres un rancho más grande?, ¿no te cabe más ganado?

—Sí, sería magnífico tener más ganado. Todos los que tenemos rancho queremos que el nuestro sea el mejor. Antes no he podido comprar más, por eso no quiero quitar nada del dinero de la cuenta del rancho.

—Pues compraremos más caballos y si hay que hacer otras cuadras...

—¿Y las universidades?

—Tengo guardado para eso, no te preocupes.

—Son caros los estudios, nena.

—Tengo, tranquilo.

—¡Joder! —dijo incorporándose en la cama mirándola—. ¿Tanto tienes?

—Sí, cincuenta y seis millones ahorrados.

—¿Cincuenta y seis millones de qué?

—De dólares. De la herencia de mi padre. Tenía una clínica médica con otro socio y se la vendió, más lo que había ahorrado y un seguro de vida y la casa. Esa fue mi herencia, por eso pude quitar la hipoteca del rancho.

Chris pegó un salto.

—No me lo puedo creer, eso no...

—¿No te sentirás de nuevo inferior? Eso lo guardaré para nuestros hijos y si nos hace falta, lo utilizaré.

—No se tocará tu dinero.

—Se tocará si es necesario. Vamos a tener vacaciones y si tenemos más hijos estudiarán, y si podemos comprarles una casa o empresa le daremos ese dinero.

—Que es tuyo.

—Que será nuestro si nos casamos, como el rancho y la empresa.

—No puedo, Emma.

—¿No puedes qué?

—Casarme contigo, nena.

—Me has dado tu palabra y quiero un anillo el fin de semana que viene.

—Ahora la loca eres tú.

—Sí, exacto. Haremos lo que yo diga y el dinero de las casas lo invertiremos en el rancho.

—¡Dios, qué testaruda!

—¿No te gustaría? no es tanto, puedes hacer alguna obra, comprar una pequeña tierra y más ganado.

—Hay tierra suficiente, pero un par de cuadras más sí será necesario si compramos más caballos y algunos hombres, dos o tres, depende.

—Me encanta verte hacer planes.

—Con tu dinero es fácil.

—Sí, ven aquí, vaquero, y hazme feliz.

—¿Entonces nos casamos?

—Nos casamos si aceptas el dinero de las casas para ampliar el rancho.

—Está bien, acepto. Si es la única forma de casarme contigo... Comprándome...

—No digas tonterías, tú vales más que dos casas.

—¿Cuánto más?

—Tres casas.

—¡Tonta! —Y se echó encima de ella.

Empezaron a hacer planes al día siguiente para hacer dos cuadras nuevas, cuando dieron una vuelta por el rancho. De momento, sabía cuánto le iba a dejar la casa a Mattias, pero la de la playa no sabía a cuánto se vendería. Ya buscaría en internet o llamaría a alguna agencia inmobiliaria para que se dieran una vuelta, y la vieran.

Debían ir a la iglesia para ver cuándo podían casarse, los invitados... Ella pensó que el salón de Mattias era precioso y le había gustado, y decidieron meter algo más de dinero de la empresa y del rancho para la boda que iban a necesitar.

El martes siguiente, Chris fue al pueblo, desayunaron juntos y se dirigieron al banco, abrieron la cuenta cada uno con ciento cuarenta mil dólares. Ella se ocupó después de la contabilidad, hasta que volviera Mattias, de ese traspaso. Fueron a la iglesia y pusieron fecha para la boda: el cinco de abril.

Luego, la dejó en la empresa y fue a comprarle un anillo de compromiso, que se lo daría el fin de semana.

Aún les quedaba reservar el restaurante y hacer la lista de invitados. Eso lo harían el fin de semana cuando fuese al rancho con su hijo.

Y esa semana habló con Popy, porque en dos semanas, cuando volviese Mattias, se cambiaba al rancho con Chris. Popy estuvo de acuerdo; además, ganaba más dinero y no le importó ir al rancho. Estaba a solo a cinco kilómetros y solo tenía que ocuparse de las cosas del pequeño, porque Nani se ocupaba de la casa. Así que salía ganando, aunque tuviese que ir al pueblo y volver a irse, no le importó.

Esa semana se puso en contacto con una inmobiliaria de Torremolinos y aunque no podía darles las llaves, le estuvo explicando cómo era la casa. Quedaron en llamarla y decirles más o menos cuánto podía ser viendo el exterior.

Podía enviarles una llave también para enseñarla. Le enviaron por fax los documentos para ser los encargados de venderla e hicieron en un trato de la documentación y les envió las llaves cuando salió a desayunar.

Sería mejor así; si se vendía, iría en vacaciones ese año.

La semana pasó volando y el fin de semana siguiente, su hijo estaba loco por irse al rancho y montar a su poni, Yako. Nunca supo de dónde salió ese nombre, pero así le llamaba. Ese niño iba para rancho. No quería si no estar con su padre y preguntaba todo lo del rancho. Pero, desde luego, si ella vivía, antes tendría que hacer una carrera, y si tenían más hijos, también.

No quería que se sintiera inferior como su padre por ello. Y su padre estuvo de acuerdo en eso más que ella.

Ese fin de semana, cuando el pequeño se durmió el viernes, él le dio el anillo, se puso de rodillas y ella se emocionó porque era una romántica, pero nunca esperaba ese acto por parte de él, y es que como Chris decía, era otro hombre, y Emma iba descubriéndolo.

Hicieron el amor, como siempre. Ya estaban comprometidos, que era lo que quería, así como quería tenerlos en el rancho todos los días y todas las noches.

—Ahora tendré una mujer ricachona. No soy nada.

—Eres tan tontorrón... Eres un vaquero con un gran rancho gracias a tu esfuerzo, eres guapo, *sexy* y tienes algo que me encanta.

—Qué...

Y lo tocó. Él se derritió.

—Bruja.

El sábado hicieron la lista de invitados, la dejaron abierta por si se les había pasado alguien, llamaron al restaurante y por la tarde pasaron a elegir el menú y una orquesta. Dejaron parte pagado.

Ya apenas quedaba un mes para la boda. Y los chicos estaban entusiasmados. No le había bajado la regla ese mes. Esperaría un poco más. Se iba a casar embarazada siendo madre soltera. Era lo más...

Cuando se reincorporó Mattias al trabajo, lo saludaron todos y le dieron de nuevo la enhorabuena. Ella le estuvo explicando todo lo que había hecho de la agenda y le dejó su trabajo y el despacho, y ella se mudó al suyo para seguir revisando.

—Entonces, jefa, ¿me vas a vender la casa o tendré que buscarme una?, pero es que tu casa me encanta y la tengo al lado.

—¿Quieres mi casa de verdad?

—Pues claro, mujer.

—Te la vendo.

—¿No estarás hablando en serio?

—Muy en serio. La quieres, te gusta mucho y yo me caso en abril y me mudo al rancho el fin de semana que viene.

—¿Qué dices, te casas por fin con Chris?

—Sí, exacto, y me voy el fin de semana al rancho definitivamente. Quiero ir un fin de semana a Helena a comprarme mi vestido. Ya recibiréis las invitaciones.

—Madre mía, Emma, tantas sorpresas...

—Y quizá me case embarazada de nuevo.

—¡Joder!

—Pero eso es un secreto y eres el primero que lo sabe.

—Me alegro de verdad, es un buen chico, trabajador y te merece, sabes que te quiero mucho y que estáis hechos el uno para el otro.

—Y yo te quiero a ti también, y a todos vosotros, pero a ti en especial, lo sabes.

—Lo sé, bueno, ponle precio a la casa.

—Lo que me costó, y si quieres los muebles, te los dejo baratos, aunque han sido utilizados dos meses apenas.

—Venga...

—¿Trescientos cincuenta mil te parece bien?

—Me haces una buena rebaja, hace nada que se pintó, pero me interesa con muebles. Hecho. Antes de que te arrepientas.

—¿No quieres que tu mujer la vea?

—¿Podemos pasar esta tarde a las siete?

—Por supuesto.

—Pues allí estaremos, pero tu decoración le encantará a mi chica.

—Pues si estamos de acuerdo, cuando la quieras hacemos la documentación, me mudo este fin de semana al rancho.

—Vaya. Voy a llamarla y mañana te decimos lo que sea cuando la veamos esta noche.

—Perfecto.

Por la tarde pasaron a verla y a la mujer de Mattias, Laurie, le encantó.

—Bueno, jefa, voy a pedir al banco lo que me falta y en cuanto lo tenga, hacemos la compraventa

—Cuando tú me digas.

- Sabía que esa sería mi casa.
- ¡Cómo eres!
- Lo tuyo es tu rancho, mujer.
- Sí, es tan precioso y enorme... Y a mi hijo le encanta.

Ese fin de semana, Chris fue con una camioneta el viernes y ella se tomó la tarde libre y cargaron todas las cosas de Emma y el pequeño. Los muebles iba a dejarlos, pero las cosas personales se la llevaban entre el coche de ella y la camioneta de Chris. Lo que tenía en la nevera y su despacho, que no fue negociable, y mientras el padre fue a la guardería a por el pequeño, Popy y ella le dieron un poco a la casa, que quedó limpia. Luego, Popy se fue a casa y ya sabía que el lunes empezaba su vida en el rancho más temprano. Cerró con pena su casa tan bonita.

- ¿Qué pasa, nena? —le dijo Chris antes de salir con los coches para el rancho.
- Me da pena dejarla, es tan bonita...
- Tu rancho es maravilloso, y si quieres cambiar algo...
- Pero si está nuevo. En unos años, puede, de momento tenemos muchos gastos que no son la casa, precisamente.
- Es cierto. Y el fin de semana que viene vamos a Helena el sábado y regresamos el domingo, tenemos que comprar la ropa.
- Y cenaremos por ahí, estará bien pasar un día en un hotel. Lo reservaremos este fin de semana.

Sacaron el viernes todas las cosas, pero era tarde y las dejaron abajo en el salón, salvo la comida que llevaba, que la llevó a la cocina y las cosas de aseo.

Y el sábado, mientras el pequeño iba con su padre a montar su poni, ella se dedicó a colocar toda la ropa, y libros, documentos, solo dejó el despacho. Cuando vino Chris se dieron una ducha y le ayudó a meter el despacho junto al suyo, lo recolocaron y lo conectaron todo.

- Estoy muerta. Ya no me da tiempo de hacer algo de comer.
 - Hago unos sándwiches y esta noche podemos salir a cenar o pedimos algo.
 - Quizá pidamos chino.
 - Estaría bien.
 - Venga, date una ducha y descansa, mujer, has colocado todo.
 - Sí, espero que no te moleste donde he puesto los libros y las cosas.
 - No seas tonta. Esta es tu casa y no es una invitación, lo es.
 - ¡Ay, qué cansada estoy!
 - Mamá, nosotros hacemos la comida —le dijo su hijo.
 - La tomamos en el salón, quiero una cerveza en cuanto me duche.
 - Yo te la traigo.
 - Gracias, mi amor —le dijo, abrazándolo—. ¿Lo has pasado bien con tu poni?
- Y le estuvo contando lo bien que se lo pasó.
- Eres igual que tu padre —le dijo, mirando al padre—. Serás un buen ranchero y un vaquero guapo.
 - ¡Qué cara tiene tu madre!
 - Me echaré una buena siesta. Me quedan dos semanas para casarme y no tengo vestido.
 - Lo tendrás todo.
 - Eso espero. Ya casi todo está listo, las flores, nos faltan las alianzas.
 - Las compraremos en Helena.

—Buena idea.

Y subió a ducharse. Bajó en mallas y zapatillas de deporte y una camiseta. Se acercó a él por detrás que estaba poniendo la mesa, y lo abrazó.

—Ahora tengo que ir a trabajar todos los días en coche, guapo, por tu culpa, y antes tenía el trabajo al lado de casa.

—Eres la jefa, si tardas cinco minutos, nadie te dirá nada; además, tienes otras compensaciones durante la semana. —Y se abrazó más fuerte a Chris poniendo su cabeza en su espalda fuerte y ancha.

—También es verdad. Me compensa mucho.

—Tonta... —Se dio la vuelta y la besó en los labios.

Cuando tomaron la comida y el pequeño se echó la siesta, ellos hicieron el amor en el sofá.

—Dios, estoy deseando que pase la boda con tanto ajeteo, la boda y la venta de las casas.

—No pienses en eso ahora —le dijo Chris.

—Sí, pienso, no me ha venido la regla y tengo sueño siempre.

—¿De verdad?

—De verdad, me casaré embarazada, siendo madre soltera. —Chris se rio.

—Pero tu marido será el padre de tus dos hijos.

—Tienes razón. Tendré un hombre difícil domado.

—¿Domado?, ven aquí, pequeña, a ver quién doma aquí. —Y se la echó a los hombros.

—Ay, no, Chris, no seas loco. Te quiero, te quiero, me rindo.

Y la soltó de nuevo en el sofá, mordisqueándole los pezones.

—Oh, Dios, no me hagas eso, nene.

—¿No?

—Sí, digo no. —Se rio.

—A ver si nos aclaramos.

—Sí, me encanta. —Metió sus manos tocando su pene.

—Mala, estate quieta o te ataré.

—Ummm, eso no me lo has hecho nunca.

—¿Pero con quién me voy a casar, con una pervertida?

—Si eres tú el pervertido busca posturas...

Y entró en ella, sin espera, penetrándola hasta el fondo y haciéndola gemir de placer.

CAPÍTULO NUEVE

La semana siguiente vendió la casa a Mattias. Al final se le quedó en trescientos mil dólares después de pagar los impuestos.

Cuando llegó al rancho, le dijo a Chris por la noche:

—Ya tenemos un cheque... —Y se lo dio—. Esa es la venta de la casa.

—¿Sí?

—¿Con eso tenemos para hacer una cuadra nueva?

—Sí, una sola. Creo, no sé.

—Pues en cuanto nos casemos y vendamos la otra, lo haces, reformas un poco, si quieres poner vallas nuevas bonitas, puedes pintar todo y el resto para compra ganado.

—¿Qué eres, ranchera?

—Ahora sí.

—Es justo lo que tenía pensado, pintar todo y reformar lo que está anticuado, vallas nuevas y otra cuadra, pero creo que deberíamos esperar a que se venda la otra y que nos den un presupuesto. Luego con el resto voy a comprar ganado, pero si quieres podemos arreglar la casa.

—Pero si la casa está pintada nueva, dentro de unos cuatro años podemos reformarla, primero hay que ganar dinero de la inversión.

—Está bien, jefa, tú mandas. Pues guardamos ese dinero, en espera de la venta de la casa. Mañana vamos a la capital.

—Nos vamos temprano, sí, hay que comprar todo mañana sábado.

—Tú vas con el pequeño una vez que dejemos las cosas en el hotel. Ten mucho cuidado, y yo voy a por mi vestido y mis cosas. Luego cenamos.

—Está bien. Y no te preocupes. Le compraré algo precioso y tendré cuidado, bonita.

—¿Sabes que te quiero?

—Lo sé y vamos a tener un rancho reformado precioso. Si te dan lo mismo que esta casa, podemos hacerlo todo y comprar unas cien cabezas de ganado.

—Me darán más.

—¿Más?

—Claro, es una casa al lado de la playa, en primera línea, hombre, y el cambio a dólares, será más.

—¡Joder!

—Serás un vaquero con un rancho renovado y precioso lleno de animales, gracias a tu mujer.

—Eso es lo peor, que tengo que soportarte.

—Te gusta soportarme. Además, es nuestro rancho.

—Me encanta. El problema es que en vez de llevarte el 20 %, lo pones.

—No me importa y lo sabes.

—Por eso te amo tanto. Y te haré feliz toda la vida.

—Esa promesa me gusta.

—Quién me lo iba a decir, a una pequeña mujer...

Ir a Helena fue para ella maravilloso. Se quedaron en un hotel de cinco estrellas, una *suite* con un dormitorio independiente para el pequeño. Era fabuloso.

Cuando llegaron, dejaron las cosas y ella se marchó sola de compras. Habían parado a

desayunar por el camino. Era el primer viaje que hacían relajados y resultó como una pequeña escapada.

Se fue sola de compras por el centro, las calles llenas de tiendas y entró en una de tienda de novia y se probó unos cuantos vestidos hasta encontrar el suyo. Con su largo perfecto, sus tacones, medias, un velo largo y precioso, un pequeño ramo de flores de rosas del color del vestido, pequeño, blanco roto. Su ropa interior y un camisón erótico. Todo lo compró.

Se fue con su caja y sus bolsas al hotel y las dejó en un estante, y se dirigió a una cafetería y se pidió un plato combinado; los llamó y ellos también estaban comiendo en ese momento. Se tomó un café y un trozo de tarta apetecible y salió de nuevo de compras.

Había vestidos de primavera en los escaparates, maravillosa, y compró ropa de primavera para los tres. Se gastó más de lo debido, pero le encantaba, perfume, también para Chris y uno de colonia infantil para el pequeño, maquillaje, un poco de todo.

Cuando llegó al hotel, satisfecha de sus compras, ya estaban los chicos allí, y el pequeño echando la siesta, muerto de cansancio.

—Vaya, ¿no te has pasado? Ahí tienes unas cuantas bolsas y una caja que será el vestido.

—¿No habrás mirado?

—No, mujer, no he mirado el vestido, prefiero la sorpresa de verte en el altar.

—Gracias, guapo. —Y lo besó—. He comprado ropa para todos, de primavera, tu perfume favorito, el mío, una colonia para el pequeño presumido y maquillaje para la novia. Por último, ropa interior *sexy* para que mi vaquero me la quite.

—¡Estás un poco loca!

—¡Es preciosa, te gustará! Y tus camisetas también.

—Nadie me ha comprado ropa.

—Por eso. Nos quedan las alianzas.

—Las he comprado.

—A ver... Son preciosas, Chris, me encantan. Me queda perfecta.

—¿En serio?, si no te gustan las cambiamos, pero las ha elegido tu hijo.

—Me encantan. Esas serán las nuestras. Y si las ha elegido nuestro hijo, no pienso cambiarlas.

—Vamos a llevar el coche a tope.

—Sí —afirmó riéndose—. Bueno, ya está todo. Me doy una ducha.

—Te espero en la cama, ya me he duchado, luego salimos a cenar.

—Sí, mientras, creo que me echaré un rato cuando me duche.

Pero ese rato, lo aprovechó Chris para tenerla bajo su cuerpo y hacerle lo que a ella le gustaba, bajó a su sexo...

—Ay, oh, loco, como se despierte el pequeño y te vea...

—Estoy bajo la colcha. Disfruta, nena.

—Dios, Chris, madre mía —gimió.

—No hagas tanto ruido, que lo vas a despertar.

—¡Ay, Dios, voy a tenerlo!

—Tenlo, preciosa.

Y cuando lo tuvo, él entró en ella, y entre sus espasmos, la penetraba con fuerza hasta que los dos consiguieron llegar a la cima del deseo más absoluto.

—Por dios, vaquero, vas a matarme.

Y la abrazó por detrás cogiéndole los pechos.

—Creo que los tienes más grandes, nena.

—No voy a hacerme ninguna prueba hasta que nos casemos.

—Mejor, si no quieres más preocupaciones.

—Si al final de este mes no me viene, seguro que tenemos pequeño para primeros de noviembre.

—Buen mes para tener pequeños.

—¿Quieres una niña?

—Me da igual lo que sea, Emma, será nuestro y eso es lo más importante para mí. Trabajar para mi familia es una prioridad.

—Tú también trabajas, amas tu trabajo.

—Como tú el tuyo.

—Es verdad. —Y la abrazó fuerte.

—Te amo, pequeña.

—Y yo a ti.

Se quedaron dormidos. Fue el pequeño el que los despertó una hora y media más tarde.

Se vistieron y fueron a cenar y a pasear. Tomaron café y el pequeño iba de las manos de sus padres. No podía ser más feliz.

Fue una noche agradable.

Por la noche, Chris le dijo que debían aprovechar ese hotel tan bonito e hicieron el amor hasta cansarse.

—Ya no puedo más, loca.

—El incansable eres tú.

—Sí, claro.

—Esta española no se cansa. —Emma se rio.

—Es que este americano está muy bueno.

—Claro, pero vas a matarme, pequeña.

—Ummm, ven aquí.

—No te acerques —le dijo, jugando con ella.

—Ven, tonto, que no voy a tocarte, solo abrazarte para dormir, si estoy muerta...

Ella se puso encima de él.

—¿No eres tú el que me quieres?

—Te quiero, sí, más de lo que debía querer. Nunca he sentido esto por ninguna mujer.

—Y has tenido unas cuantas.

—Sí, celosa.

—Si lo pienso, sí, pero no quiero hacerlo.

—Yo tampoco con el abogado español.

—¿No vas a olvidarlo?

—No, porque por ser idiota, has tenido otro hombre.

—Pero eso fue bueno, pude comparar y sales ganando con diferencia.

—Eso no me consuela, pensar que te ha tenido como te tengo yo.

—No seas machista, eso puedo pensarlo yo, pero te amo a ti.

—¿Ves?, eso sí que me consuela.

—Eso debería bastarte y, además, vas a casarte con el amor de tu vida.

—¿Vas a ser el amor de mi vida?

—No será otra o la mataré.

—¡Qué miedo!

—Tonto. —Y lo besó en el cuello y la boca.

—Quieta, mujer. Déjame descansar.

—Ya me pedirás algún día que te haga esto y te diré que no.
—No, no me lo dirás, porque me amas.
—Ponte de lado, que te abraze, me gusta cogerte los pechos y pegarme a ti para dormir. Me encanta, vaquero.
—Ummm, esto es vida.

Al día siguiente por la mañana, Chris se levantó duro e hicieron el amor de lado como estaban.

—Loco...

—Es que por las mañanas me levanto así.

—Pues vamos a estar todo el día dale que te pego.

—¿Y no quieres?

—Sí.

—Entonces, muévete nena. —Y se movieron como la marea hacia la costa.

Se ducharon y se vistieron.

Bajaron entre los tres todas las cajas y bolsas, pagaron el hotel y en el *parking*, Chris metió todo en la parte de atrás.

—Menos mal que este coche tiene un buen maletero.

—Papá, tengo hambre.

—Por el camino desayunamos, pequeño.

—Vale.

—Como cuando vinimos, así salimos de la ciudad.

Cuando llegaron al rancho era mediodía, colocaron toda la ropa y lo que habían comprado y Emma hizo una tortilla y una ensalada.

Fue un fin de semana de compras y quedaba una semana para la boda. Era el sábado siguiente. Todo estaba listo, el viernes irían a la iglesia, al ensayo, y ya habían enviado las invitaciones.

El lunes la llamaron de España, habían recibido hacía dos semanas las llaves, pero eso ya lo sabía; enseñaron la casa y tenía un comprador para ella.

—No hemos hablado nada de precio.

—Es cierto, pero en esa zona, una de las mejores, con piscina, en primera línea de playa, está pintada y estupenda. Tiene trescientos metros cuadrados, pero hemos encontrado un comprador alemán que está interesado. En realidad, es un matrimonio mayor jubilado que quiere asentarse aquí y le ha encantado la casa. Y la quieren con muebles, tal como está.

—¿Y le habéis dicho algún precio?

—Cuatrocientos cincuenta mil euros. Los merece. Si se quedan y estás de acuerdo, ellos están, con los impuestos y nuestra parte, te quedarían unos cuatrocientos mil o poco menos.

—Me parece perfecto.

—Pues tienes que venir, lo siento, dejo todo preparado para las firmas. ¿Cuándo puedes estar aquí?

—En un par de semanas, me caso el sábado. Puedo ir la semana que viene si encuentro billete. Te llamo para decirte cuándo voy, el resto puedes prepararlo, estoy de acuerdo en el precio.

—Es un buen precio por la casa.

—Gracias, quedo en decirte cuándo voy para firmar.

—Estupendo.

Y enseguida llamó a Chris.

—¡Hola, amor!

—¡Hola, preciosa! ¿Qué pasa?

—¿Molesto?

—Tú nunca molestas, estoy en la parte norte del rancho. Dime, cielo.

—He vendido la casa de Torremolinos, pero debo ir la semana que viene a firmar y a por el dinero. ¿Vamos todos?

—Cielo, es mal momento ahora en el rancho. Y recién casados...

—Pero debo hacerlo, iré sola. No voy a llevar a Christian, así vendré antes.

—¿No te importa dejar nuestra luna de miel para el verano?

—No, tonto, podemos ir como pensamos a España, si no, el año que viene y estas vacaciones, más cerca.

—Sí, cariño.

—Pues saco un billete solo para mí, ¿tendrás cuidado con el niño?

—Tendré, no te preocupes, estaré a la hora que Popy se vaya.

—Vale, saco el billete entonces. A ver si hay para el miércoles.

—¿Me dejas solo?

—Haré el viaje de novios solita.

—Vamos, no estarás muchos días.

—Solo los que tarde. Te dejo, mi amor.

—Hasta luego, cielo.

Sacó el billete para el miércoles al final y llamó a la inmobiliaria por si podían quedar el viernes o el lunes.

La volvieron a llamar. El lunes a las diez de la mañana quedaron en la inmobiliaria. Tenía que pasar todo por el notario y tenían que hacerlo pronto antes de volver, que todo quedara listo y pagado.

Otra cosa solucionada, de momento.

Por fin llegó el sábado, el día de su boda. Estaba intranquila por la mañana.

—¿Estás nerviosa, nena?

—Mucho, no sé si arrepentirme ya.

—Ya no puedes, tenemos casi todo pagado, queda poco —le dijo, abrazándola.

—Espero que todo salga bonito.

—Saldrá, pequeña, no te preocupes tanto. Me vas a ver con un traje como te gusta.

—Estarás guapísimo.

—No más que la novia.

La novia estaba preciosa del brazo de Mattias, yendo hacia el altar de la iglesia.

Nani había llevado a Chris. El novio estaba guapísimo con un traje gris marengo y corbata a juego, una camisa blanca preciosa que le sentaba como un guante y el pequeño iba igual que el padre.

La novia iba preciosa con un traje maravilloso de manga larga, de encaje en blanco roto, con cuello a la caja, estilo sirena.

No tenía más ojos en la iglesia que para ella, estaba maravillosa bajo ese velo.

Cuando llegó al altar, se lo echó hacia atrás y su cara estaba iluminada.

Estaba enamorado de esa mujer, enamorado sin remedio. Era su media naranja, el amor de su

vida y se emocionó, él, que nunca lo hizo.

La ceremonia en la iglesia fue preciosa y la comida también, tenían a la gente que querían, sus clientes y amigos, algunos amigos del padre de Chris y la comida estuvo maravillosa. Bailaron hasta el amanecer.

Terminaron en el rancho a las cinco de la mañana. Pagaron el restaurante y dieron un donativo a la iglesia.

El niño iba dormido en la parte trasera del coche, iban Nani y su marido y unos cuantos coches con los vaqueros que fueron a la boda.

Cuando por fin se quitaron la ropa y se acostaron...

—Nena, ya eres mi mujer.

—Casi me lo dices un día después.

—Es que ha sido largo el día.

—Bailas bien, vaquero.

—Bailas tú mejor, yo bailo de otra forma.

—No sé si tendré fuerzas con estos tacones que me han matado.

—¿Ni uno siquiera en tu noche de bodas?

—Buenoooo. Uno.

Pero no fue uno. A través de la ventana, tapados con las colchas, vieron el amanecer. Después, se quedaron dormidos hasta casi mediodía del domingo.

Nani había ido a darle el desayuno al pequeño porque sabía que se levantarían tarde.

—Nani, ¿qué haces aquí?

—Darle de desayunar a este pequeño.

—Gracias, te quiero. —Y la abrazó.

—¡Qué bonita la boda, Emma!

—¿Verdad que sí?

—¿Y el marido?

—Aún está durmiendo.

—Vaya vaquero está hecho —dijo riendo.

—Hemos tenido unos días estresantes.

—¿Te tomarás unos días de vacaciones?

—Dos semanas. Me voy el miércoles a España.

—¿Te vas?

—Sí, voy a vender mi casa, no tiene sentido tener allí una casa.

—Eso es cierto, las casas vacías se estropean.

—¿Cuidareis del pequeño?

—Pues claro, además está Popy y su padre no lo deja, lo quiere mucho.

—Lo sé, Nani, soy feliz.

—Ha cambiado tanto...

—Lo amo.

—Y no me ames y verás —dijo Chris que había bajado en pijama y la oyó.

—¿Estabas escuchando? —Y la abrazó por detrás.

—No, entraba en la cocina, tengo ganas de un café.

—Está hecho, bueno, os dejo, el pequeño ha desayunado.

—Pues, vamos a desayunar nosotros también.

—¿Me vas a hacer huevos y beicon?

—Lo que quieras.

—Ummm. Tener una mujer que sabe cocinar tan bien...

—Pero tendrás que soltarme o no podré hacértelo.

—¡Házmelo!

—Gracioso... tu hijo está en el salón.

—Está bien, te ayudo.

Y desayunaron.

—¿Cuánto te tomarás de vacaciones por la boda?

—Dos semanas, el miércoles me voy, tengo que firmar el lunes y no sé cuánto tardaré en volver.

—Nena, no tardes mucho,

—En cuanto tenga todo listo.

—No me dejes solito muchas noches, preciosa.

—Debes tener mucho cuidado.

—Con nuestro hijo, lo sé, pesada.

—Y cuando venga, pides presupuesto para renovar todo.

—Está bien, lo haré.

—Tengo ganas de verlo renovado. Me gustan las vallas blancas de madera altas.

—Sí, quitaremos esas de alambre.

—Y un rótulo nuevo en la entrada.

—También, como las vallas. Doña creativa.

—Te quiero.

—Y yo.

El miércoles se despidió de ellos y se llevó su coche, pasó antes por el despacho para decirles que volvería en dos semanas, que iba a España. Desayunó con Mattias y después se fue a Helena. Dejó el coche en el *parking* y cuando facturó la maleta, llamó a Chris.

—Ya estoy lista para ir a Nueva York.

—Cuidado, preciosa.

—Te llamo cuando vaya embarcar a Málaga.

—Vale. Te quiero.

—Yo más.

Cuando llegó a Torremolinos era de noche, casi las doce y tomó un taxi a casa.

Solo se duchó y se durmió hasta el día siguiente a mediodía.

Ya estaba en su casa. Estaba preciosa. Habían doblado las sábanas que ella dejó en los muebles tapándolos. Sería para enseñarlos.

¡Cuántos recuerdos tenían esas paredes!, y lloró por su padre. Era como si lo viera leyendo los libros que siempre leía en su sillón, bajo la lámpara de lectura. Como si el tiempo no hubiese pasado.

Y le habló sola, le contó lo que le había pasado ese tiempo en Montana, que era feliz y que quizá tuviese otro nieto pronto. Que debía vender la casa, porque ya se quedaría allí y volvería alguna vez, eso seguro, pero había cumplido con lo que su padre le dijo, que no la vendiera hasta estar segura y encontrar su camino, y eso estaba haciendo.

Salió a desayunar y se sentó frente a la playa, en su balancín un rato, leyendo el periódico que

se había comprado para ver las últimas noticias de su país. Contemplar la playa y descansar.

Había algunos bañistas y gente tomando el sol en la playa y se animó casi al mediodía. Fue a dar un gran paseo y se bañó en el mar. El agua estaba algo fría, pero estupenda. Y estuvo tumbada un rato al sol. Luego, tomó unas tapas en una de las terrazas y se fue a casa. Se duchó y se echó una buena siesta.

Por la tarde, fue a Málaga en el autobús a dar un paseo y tomar un café. No pudo resistirse y compró ropa en la calle Larios, para todos, así como una maleta nueva, porque no le cabrían, a pesar de que había traído pocas cosas. Era tan bonita la ropa de España, colorida y juvenil.

Cuando llegó a casa, dobló la ropa y la metió en la maleta nueva, aún tenía espacio.

Hasta el lunes no harían nada, pero esa tarde mientras tomaba café en Málaga, llamó a la inmobiliaria, y los saludó. Les dijo que ya estaba en Torremolinos y le dijeron que ya tenían todo preparado, y si todo iba bien, el miércoles ya tendría el dinero, Hacienda pagada y podía irse, pero ella no quiso sacar el billete aún, si tenía que quedarse en un hotel un día o dos, se quedaría. Y hasta no tenerlo todo, no sacaría ningún pasaje.

Los llamaba todas las noches al rancho y hablaba con ellos, y el día siguiente, sábado, tomó el tren y fue a Sevilla. Era la feria, lo había leído en el periódico.

Pasaría allí ese día y volvería por la noche. Pasó ese día en Sevilla, recorrió la feria, comió en una caseta, en la municipal, donde pudo entrar, y luego, se fue al centro y tomó un café y un dulce. Se dio un paseo por la Avenida de la Constitución.

Estaba preciosa Sevilla en primavera, llena de gente, con muchos trajes de flamenca. Unos trajes preciosos y una alegría desbordante en las calles. Compró algunos recuerdos en las tiendecitas para turistas y unos libros, y cuando se cansó y quedaba poco, tomó un taxi que la llevó a la estación del tren de Santa Justa y fue casi dormitando todo el camino en el tren.

Estaba cansada, pero había sido una buena idea ir allí, y así se lo dijo a Chris por la noche; le estuvo contando cómo eran las ferias allí y le envió fotos y Chris estaba alucinado con los trajes de flamenca y la feria, hasta le envió un pequeño vídeo que hizo con el móvil para que oyera el jaleo de la feria.

—Nena, lo estás pasando bien, ¿eh?

—Claro, no voy a estar encerrada en casa, pero mañana domingo voy a descansar en la playa y en casa. Ahora voy a comer fuera.

—Lo mejor que haces, tómatelo de vacaciones.

—Y eso hago. Mañana, playita y descanso, leeré y el lunes por la mañana ya hacemos toda la documentación.

El lunes estaba en la inmobiliaria a las diez, como acordaron. Allí estaba la pareja alemana, muy simpática, que le dijeron que la casa era maravillosa, que estaban en un hotel y si podían entrar al día siguiente, martes, si pagaban, y ella les dijo que sí. Tendría que ser ella la que se cambiara esa noche a un hotel. No había problema. Se quedaría en uno cercano a casa. Podía ir andando.

Hicieron toda la documentación y le hicieron el ingreso por transferencia, y cuando la tuvo, pagó a Hacienda y a la inmobiliaria por sus gestiones. Solo faltaba el documento del notario, y fueron a la notaría que tenían cita a las doce y allí terminaron todo. La inmobiliaria podía enviarle los documentos por fax a Montana y eso lo prefería.

Sabían su fax y podía irse cuando quisiera.

Quedó con los de la inmobiliaria para darles la llave por la tarde. Solo tenía que recoger la

ropa e irse a un hotel.

Recogió toda su ropa y reservó el hotel por esa noche de momento. Se llevó las maletas y por la tarde volvió a dar las llaves y despedirse de todos.

Y esa noche, en el hotel, pidió que le llevaran la cena, estaba cansada. Metió en una carpeta todos los documentos de la casa. Y al final, le quedaron cuatrocientos diez mil euros. Si tardaba en buscar pasaje cambiaría a dólares en el banco.

Encontró vuelo a Nueva York el miércoles temprano, dos días después y a Montana ese mismo día, llegaría al rancho de noche y tarde, pero no quiso decirle nada a Chris o se preocuparía.

Así el martes fue a cambiar a dólares el dinero al banco. Cuatrocientos sesenta mil dólares. Ya podía cambiar su marido el rancho, renovarlo y comprar más ganado. Iban a tener un gran rancho nuevo y precioso. Pero sabía que las cuadras eran caras y pensaba sumar el medio millón de los ahorros también y Chris tenía que acceder.

Por la tarde fue a una farmacia, compró un test de embarazo y ya no iba si no a descansar hasta el día siguiente. Por supuesto estaba embarazada y tendría dos meses de embarazo, seguro.

Les daría la noticia a Chris cuando llegara y pediría cita al ginecólogo que la llevó cuando su primer hijo.

Se despidió de su Málaga porque sabía que, aunque querría volver, tardarían unos años; si iba a tener otro hijo, harían viajes más cercanos, pero hasta que el nuevo bebé creciera, no podía dejarlo ni llevarlo a sitios lejanos.

El viaje a Nueva York lo hizo en primera y dormitando. Llegó a las dos de la tarde y a las cuatro debía tomar el vuelo a Helena. Así que estuvo comiendo, aseándose un poco una vez que facturó las maletas.

Y a las siete, estaba montada en su coche, con las maletas y su bolso y arrancó camino del rancho. Si se cansaba se quedaría en un motel una noche, pero si podía iría de un tirón y descansaría en casa. Paró un par de veces a tomar café o a cenar, pero decidió continuar hasta el rancho.

Le pareció mentira ver las luces del rancho. Nunca se sintió más feliz que de volver a su casa, porque ahora esa era su casa, su marido, su rancho y sus hijos, Christian y el que venía en camino.

Abrió la puerta y todo estaba en silencio. Chris no sabía que llegaba esa noche y estaban dormidos, subió a la habitación con las maletas y las dejó en el suelo, entró en el baño, sin hacer ruido, y se dio una ducha. Y se metió en la cama. Abrazó a Chris.

Este la abrazó por inercia y ella lo besó.

—Pero, pequeña, ¿qué haces aquí?

—He vuelto.

—Pero, Dios mío, no me has dicho nada...

—Te quiero, vaquero, no podía pasar más tiempo sin ti. —La abrazó fuerte, y desnudo como estaba, la acarició y besó profundamente, y entró en ella sin espera.

—Oh, nena, tantos días, sin esto...

—No son tantos días —dijo ella gimiendo—. Oh, Dios, te he echado de menos.

—Este cuerpo que me mata, pequeña.

—Mi vaquero *sexy*, no pares.

—No pienso parar hasta hacer que te corras.

—Oh, mi madre, nene, no aguanto...

—No aguantes, cielo. —Y ella se dejó ir de deseo y placer con el cuerpo del amor de su vida, y Chris se estremeció en su cuerpo.

—Emma, guapa, estás caliente.

—Siempre estoy caliente para ti.
—No menos que yo. —Y besó sus pechos, mordiéndole sus pezones.
—Deja que me recupere, loco.
—Ummm. Es que hacértelo me da energía.
—¿Quieres saber cuánto hemos ganado?
—¿Cuánto? —preguntó, mientras mordía sus pezones a la vez y acariciaba sus caderas.
—Si me haces eso no voy a poder decírtelo.
—Estás deseando decírmelo, te conozco. —Ahora le besaba el cuello y ella se estiraba como una gata y entrelazó sus piernas con las de él.
—Cuatrocientos sesenta mil dólares.
—¿Tanto?
—Sí, y medio millón de mis ahorros, vamos a tener un rancho precioso, eso es para el rancho, si sobra, lo guardamos.
—Yo sé qué voy a aguardar ahora en tu cuerpo. —Y se la puso encima; cabalgaron juntos esa noche.
—No vas a poder levantarte mañana.
—Me levantaré y tú te quedarás descansando hasta el lunes. No pienso dejar que vayas a trabajar hasta ese día.
—No iré, tengo que pedir cita al ginecólogo, después del proyecto del rancho tenemos otro proyecto con una de las habitaciones. Menos mal que nos quedará una de invitados.
—¿Estás embarazada?
—Sí, segurísimo.
—Nena, esto hay que celebrarlo.
—Espero que me lo confirme el ginecólogo.
—Pide cita.
—A ver si me la da el viernes.
—Dios, mi vida. Estoy tan emocionado...
—Estás loco. Serán mis hijos, ya que tú no querías...
—¡Eh, eh!, sí que quiero y son míos, y el que venga también se parecerá a su padre, guapo y *sexy* o guapa y *sexy*.
—¡Qué tontorrón vanidoso y creído tengo de marido!
—Sí, y que te ama, te quiere y te consiente todo.
—He traído una maleta de más.
—No me digas que has comprado ropa.
—Sí, es tan bonita...
—Emma, loca, vamos a tener que ampliar los vestidores. Nunca he tenido tanta ropa.
—Te la mereces, quiero verte guapo y cabe. Los vestidores son grandes.
—Te quiero.
—Y yo.
—Vamos a dormir, deja que te abrace.
—Te amo.

CAPÍTULO DIEZ

Al día siguiente, jueves, no vio a su hijo. Estaba dormida y Chris se había levantado temprano y solo le dijo a Nani que no la despertaran, ya que había llegado muy tarde.

Popy llevó al pequeño como siempre a la guardería y volvió a recoger sus cosas.

Emma se levantó a las doce de la mañana.

Fue a la cocina, en mallas y zapatillas, pero antes de bajar llamó al ginecólogo y, por suerte, tenía una hora para atenderla al día siguiente.

—¡Hola, Nani!

—¡Hola, mi hija!, ¿qué tal te ha ido?

—Bien, algo triste por vender la casa de mi padre, pero no había otra opción, tener allí una casa cerrada...

—Tienes un rancho precioso.

—Vamos a pintar el rancho y hacer dos cuadras nuevas, comprar más caballos...

—¿En serio?

—Sí.

—¿La casa también?

—No, la casa está nueva, en unos cuatro años, quizás.

—Chris se alegrará.

—Está loco, esta noche cuando venga, que llame al constructor y que le haga un presupuesto.

—Vaya, vamos a tener un buen rancho.

—Y otro niño.

—¿De verdad?

—Sí, Nani, estoy de dos meses, aunque me lo confirmará el ginecólogo mañana. Tengo cita.

—Esto es una familia ya. Ya era hora. —La abrazó—. Me alegra tenerte en casa, Emma.

—Gracias, Nani.

—He oído que vas a tener otro chico —le dijo Popy entrando en la cocina.

—Exacto. Vas a tener trabajo por más tiempo.

—Y que no me falte. Estoy encantada con mi horario y mi sueldo, puedo ver a mi novio y tengo los fines de semana libres.

—Me alegro, Popy.

—Toma este desayuno —le dijo Nani—, tienes que comer.

—Gracias, Nani. —Y cuando comía, habló un rato más con ella.

Nani dejó la cena hecha y Popy arregló el despacho, porque como su hijo hacía allí deberes, ella se encargaba del despacho y la habitación de Christian, su ropa y recogerlo y bañarlo antes de irse sobre las cinco y media, cuando ella llegaba del trabajo.

Subió, recogió la habitación y el baño, sacó la ropa y dejó los regalos fuera para cada uno. Su hijo iba a alegrarse, le enseñaría la ropa y los regalos que le había traído.

Fue una tarde bonita los tres juntos cuando su marido vino del campo y se duchó.

—Me encanta la ropa, Emma, es bonita, y los recuerdos de España; gracias, cielo.

—Papá, mira qué bolis, y mi taza para el chocolate de España.

—Sí, tu madre me ha traído una jarra de cerveza con una bandera y una copa de vino con una bailarina andaluza.

—Es una flamenca y el toro. —Chris se rio.

—¿Mañana tienes cita con el ginecólogo? —le dijo, cuando estaban acostados.

—Sí, a las diez, creo que me iré a desayunar y pasaré por el despacho para decirles que vuelvo el lunes.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, tienes trabajo. Iré sola, además, tienes que llamar al constructor.

—El lunes, quiero hacer una lista de lo que vamos a hacer.

—Ya sabes el dinero que tenemos: un millón doscientos sesenta mil dólares para todo.

—Por eso. Hago la lista y quedo el lunes con él, que venga y me dé un presupuesto. Pero no deberías haber sumado ese medio millón, dijimos las casas solamente.

—Quiero que hagas dos cuadras y renueves el rancho. ¿Y las vallas?

—También me las ponen y la entrada. Espero que no nos cobren mucho y poder comprar al menos cien caballos.

—¿Cien?

—Eso no es mucho, sí, pero estaría bien tenerlas.

—Muy bien. Tú eres el gestor del rancho. Ese dinero es íntegro para el rancho.

—Ven aquí, preciosa. Eso es para nuestro rancho.

—Bueno... estoy esperando.

—Esperando qué...

—Estás tardando...

—Tardando para qué...

—¡Qué tonto eres cuando quieres! —Y se puso encima de él.

—Ah, te referías a eso...

—Vaquero *sexy*, voy a hacerte una cosita. —Y bajó a su sexo.

—¡Ay, Emma, por Dios, eso me encanta y me mata!

—Por eso.

—Aggg, Emma, Dios... nena, te amo.

El viernes fue al ginecólogo y todo iba perfectamente. Estaba de dos meses. Le hizo una analítica como en el primer embarazo: pasear, comer bien y descansar lo máximo posible.

Pero su trabajo era descansado, aún le quedaban un par de meses para ponerse al día.

Y se lo dijo a Chris cuando llegó al rancho y antes a los chicos de su empresa, que la felicitaron. Mattias estaba encantado en la casa, así se lo dijo.

El lunes, Chris tenía la lista hecha y pasó el contratista, y fue con él recorriendo el rancho. Iba anotando el constructor lo que iba diciéndole Chris. Hasta la casa de Nani la quería pintar, le hacía falta.

Al cabo de diez días, el constructor le dio el presupuesto, setecientos cincuenta mil dólares y se lo hacían en mes y medio.

Chris le dijo que sí.

Durante el mes y medio siguiente, el rancho se llenó de obreros y chicos de un lado para otro. Ella estaba terminando las revisiones, y solo le quedaba revisar las cuentas desde que llegó al rancho, que le llevaría poco más de medio mes. A ver si terminaba cuando acabase la obra del rancho, y así todo acababa a la vez, antes de empezar las vacaciones.

—¿Habéis pensado ya en las vacaciones? —les dijo una mañana al entrar.

—Sí, ¿tú cuándo te las vas a tomar, Emma?

—Este año no me voy a tomar vacaciones, porque en noviembre tengo al pequeño, me cogeré la maternidad solamente.

—¡Qué buena jefa!

—Siempre tendré a uno de vosotros aquí, espero estar al día y llevar la parte del que no esté.

—Perfecto, entonces.

Cuando estaba de cuatro meses, fue al ginecólogo con Chris que iba ya con ella todos los meses.

—Un niño —le dijo el ginecólogo cuando le hizo la ecografía.

—Otro niño —dijo Emma—. Y aquí cerramos.

—Me encanta, aunque no me hubiese importado tener una niña, pero Christian quiere un hermano.

—Me da lo mismo, así seré yo la única niña mimada de la casa.

—Vamos a desayunar, preciosa, esto merece un buen desayuno. Tenemos que pensar un nombre.

—Ya lo tiene, el de mi padre.

—Lo mereces, Juan Carlos, tendremos que traducirlo. John. Ese será su nombre.

—Precioso, en honor a mi padre.

—Me gusta, nena, te quiero tanto, gordita...

—Así tendrás dos ayudantes para tu rancho.

—Mañana terminan. Ya verás qué precioso ha quedado todo.

—Pues ahora a pagar y a comprar ganado.

—¿Cuánto vale un caballo?

—Depende.

—Bueno. Si te da para cien...

—Creo que me sobrará dinero.

—Si sobra, lo metes en la cuenta del rancho por si acaso o compras maquinaria nueva si hace falta.

—No vendría mal un tractor y un par de cosas más.

—Pues ya sabes.

—Ya veré. Lo que sé ahora es que te quiero.

CINCO AÑOS DESPUÉS...

Emma no podía ser más feliz. Si su padre la viera ahora... estaba en el pequeño cementerio que había en la cima del rancho, frente a la casa.

Desde allí se veían todas las casas y las hermosas cuadras, la casa de Nani y el horizonte. Si volvía la vista atrás, el arroyo que cruzaba el rancho y una cantidad de caballos preciosos esparcidos por los campos. Y los pinos a lo lejos.

Era primavera, sábado, y estaba sentada a lo lejos. Sus hijos jugaban a su alrededor, Christian, que ya tenía nueve años, le enseñaba a su hermano John, cómo jugar con el tractor de plástico en el que se habían subido.

El rancho desde que se renovó cinco años atrás era próspero, Chris había contratado a tres chicos más y hacía unos meses habían renovado toda la casa y las habitaciones de los pequeños.

Su empresa seguía igual de bien que siempre, no daba los beneficios del rancho, pero le dejaba una buena cantidad al final de año y daba trabajo a cuatro personas, incluida ella. La vida era maravillosa y su marido tal como le prometió, la hacía muy feliz, pero trabajaba tanto...

Su padre también estaría orgulloso si lo viese ahora. Y sabría que había tenido razón.

Habían viajado a Canadá y llevado a los niños a Disney, pequeños viajes, ya que aún eran pequeños.

Mattias tenía un niño de tres años y Brando se había casado dos años atrás y su mujer, la secretaria Lori, estaba embarazada.

Popy se había casado, pero seguía trabajando con ellos. Si tenía hijos, ella ya se haría cargo de los pequeños. Los llevaría a la guardería y al cole, y los recogería al salir o contrataría a otra chica, ya vería.

Ya estaba anocheciendo y les dijo a los pequeños que se iban. Christian le dio la mano a su hermano. Parecía hacerse responsable de él.

—Mamá, ¿y papá?

—Aún no habrá venido del campo, sabes que trabaja mucho. Vamos a esperarlo.

Y cuando llegaron a casa, allí estaba bañado y en pijama.

—¿Dónde está mi tropa? —Y los dos se sentaron encima de su padre abrazándolo.

Ella lo besó.

—Viendo el maravilloso rancho que tienes desde lo alto, cielo.

—Que tenemos, nena, es tuyo también.

—No deberías ir los sábados a trabajar.

—Solo ha sido este, mujer.

—Y algunos más, y no quiero.

—Vale, no iré más.

—Así me gusta. El sábado y el domingo, es para nosotros, solo te dejo un rato a dar una vuelta el sábado, pero no todo el día.

—Lo intentaré, preciosa.

—No, promételo.

—Te lo prometo.

—Así me gusta.

Y él se acercó a su oído.

—¿Cómo te gusta?

—Como tú sabes hacerlo, nadie mejor que tú —le dijo sonriéndole con esa sonrisa preciosa

que a él le encantaba.

—Mi chiquita. Te quiero. —Y la besó.

Los peques se reían.

—Besas a mama en la boca —dijo el pequeño.

—Es que tu mamá es muy guapa.

—Y tu padre muy *sexy*.

—Soy ya un cuarentón.

—Estás en tu mejor edad.

—Tú sí que estás en tu mejor edad. Tengo una sorpresa para ti.

—Sí, ¿y eso?

—Una que te va a encantar.

—A ver, dime...

—¿Cuándo tomas vacaciones este año?

—En agosto me toca.

—Pues en agosto vamos a España quince días los dos solos, a Torremolinos.

Y ella se emocionó.

—¿En serio?

—Exacto.

—¿Y los niños?

—Se los lleva Popy a su casa, ya está hablado, le pagaremos bien.

—Cielo, es...

—Luego los llevamos una semana donde tú digas, pero esos quince días son nuestros, nena.

Nos quedaremos un par de días en Nueva York, también.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Sí, pero no llores, mujer.

—Es que me he emocionado.

—Por eso he trabajado los sábados, estoy dando instrucciones a Mark que lo voy a dejar al tanto. Son más días de los que nos hemos tomado nunca, pero de que nos vamos, nos vamos.

—Te amo, vaquero *sexy*.

—¿Qué te parece que los duche y prepares la mesa?

—Sí, a ver si se duermen pronto, esta noche mereces un buen regalo.

—Ay, eso me gusta. Eso sí lo haces bien.

—¿Solo eso?

—Casi todo.

—¿Casi todo?

—Todo, nena. Gracias que viniste al rancho.

—Gracias que cambiaste, vaquero difícil.

—No soy difícil, soy tu vaquero *sexy*, toca...

—Los niños...

—Estoy de espaldas.

Y le llevó la mano a su miembro.

—Hay que esperar.

—Ummm, sí, pero un poquito...

AGRADECIMIENTOS

Agradezco esta novela a mis lector@s. Fieles y por las que me levanto cada mañana.

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CINCO AÑOS DESPUÉS...](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)